

And other Robotic Tall Tales

EL GAUCHO LOPEZ



PARTE I: LA ARGENTINA DEL '79



CAPÍTULO 1: LA ARGENTINA DE LOS DOS PISOS

Dicen que el país es uno solo, que la bandera nos cobija a todos por igual y que el dulce de leche nos une más que cualquier himno. Pero eso, con el debido respeto a los próceres y a los maestros pasteleros, es un bolazo más grande que el río Paraná. En el '79 y desde que el mundo se puso raro y la tecnología se nos subió a la cabeza, allá por los años 30 o 40, la Argentina se partió en dos, como una galleta de campo que se pisa sin querer. Es un país de dos pisos, y la escalera que los une está rota hace rato. En el piso de arriba, tenés las ciudades grandes: Buenos Aires, la que nunca duerme y ahora ni parpadea; Córdoba, con su tonada cantarína mezclada con el zumbido de los drones; Rosario, que mira al río pero sueña con las estrellas. Allá la gente vive apurada, con la ñata pegada a una pantalla holográfica y el cerebro conectado a la Nube. Los autos vuelan bajito, en carriles de luz que pintan el cielo de colores, y si te demorás un segundo en el semáforo aéreo, una voz de máquina te putea en cinco idiomas. Los edificios le hacen cosquillas a las nubes y los pibes ya no nacen con un pan bajo el brazo, sino con un puerto USB. Hasta los perros tienen un chip para que no se pierdan. Es el futuro, le dicen. Un futuro de luces de neón, de cumbia 4.0 con cantantes que son puros avatares, y de gente que se olvidó de mirar el cielo para ver si llueve, porque para eso tienen una aplicación que les avisa con un día de

anticipación y un 98% de efectividad. Después, en el piso de abajo, está el campo. El interior. La pampa gringa, el monte chaqueño, la Patagonia infinita. Y acá, en mi Entre Ríos querido, el tiempo es otra cosa. Es un río más lento, más barroso, que se toma su tiempo para llegar al mar, remoloneando en cada curva como si no tuviera apuro. Acá, el futuro llegó, pero llegó de a caballo, cansado y con ganas de tomar unos mates antes de seguir viaje. La tecnología está, no se puede negar. Las cosechadoras andan solas, sí, unas arañas de metal que se mueven con una precisión que da julepe, guiadas por satélites que ni sabemos dónde están. Los drones fumigan los campos con un zumbido que ya es parte del paisaje sonoro, junto al canto de los teros y el mugido de las vacas. Pero la gente... la gente sigue siendo la misma. El paisano sigue juntándose en el boliche a tomar una ginebra y a arreglar el mundo a los gritos. Las viejas siguen chusmeando en la vereda, sentadas en sus sillas de paja, y se saben la vida y obra de todo el pueblo. Los gurises siguen jugando a la pelota en el potrero, y aunque tengan las zapatillas más modernas con luces y conexión a internet, le siguen pegando a la pelota con el alma, como si en cada gol se les fuera la vida. Tenemos pantallas, sí, pero las usamos para ver carreras de caballos, para escuchar un chamamé bien maceta o para que la abuela vea a los nietos que se fueron a la ciudad y que cada vez vienen menos. El progreso acá no borró el pasado, nomás le puso un poco de música electrónica de fondo, como un remix que nadie pidió pero que igual se baila. Yo, el gaucho López, soy de acá. De este Entre Ríos que es como una isla en el tiempo,

rodeada de agua por todos lados y también de un futuro que no termina de desembarcar. Un lugar donde un gaucho a caballo no desentona, aunque el caballo sea de fierro y el gaucho... bueno, el gaucho sea yo.

CAPÍTULO 2: ENTRE RÍOS, LA ISLA BARROSA

Mi pingo, el Pampa, es un fierro de verdad, y no lo digo como un decir. Es de chapa, cables y circuitos. No come pasto, no toma agua, no se cansa nunca. Tiene una batería que se carga con el sol, y con una horita de siesta bajo el rayo del mediodía tiene para andar toda la jornada. Sus ojos son dos faroles que brillan en la oscuridad, y más de una vez me han salvado de pisar una víbora o de caerme en una zanja.

La gente del pueblo ya se acostumbró a verlo. Al principio me miraban raro, como si anduviera montando un lavarropas.

"¿Y eso no pateá?", me preguntó una vez Doña Clotilde, la más vieja del pago.

"Patea si le ponés mal el enchufe, nomá", le contesté yo, y la vieja se persignó y se fue rezando bajito.

Pero después se dieron cuenta de que el Pampa es más manso que un perro de estancia. Los gurises se le acercan, le acarician el lomo de metal, y él ni se inmuta. A veces, hasta les dejo que se suban. Se sienten los jinetes del futuro, los centauros del siglo veintiuno. Y yo me inflo de orgullo, como si el Pampa fuera hijo mío.

El sol picaba fiero ese mediodía, de un modo que ni el ala de mi sombrero, ya medio deshilachada, alcanzaba a frenar. Pero a mí qué me iba a hacer, si el cuero es duro. Mi pingo, el Pampa, trotaba manso por la picada de tierra colorada, sin quejarse del calor ni de los tábanos que zumbaban como drones en miniatura. Un buen animal, de fierro, como quien dice.

Yo, mientras tanto, le daba un sorbo al mate. El agua del termo, calentada por un dispositivo solar que tengo en el recado, estaba en su punto justo. El calorito del agua me hacía sentir más vivo, más campero.

"El que es gaucho, ni el agua caliente lo ablanda", me decía pa' mis adentros, aunque no estaba seguro si eso lo había leído en el Martín Fierro, en la letra de un chamamé de Los de Imaguaré o en un sobrecito de azúcar.

Allá a lo lejos, se veían las cosechadoras trabajando solas, como le decía. Unas arañas de metal que se movían con una precisión que daba julepe, dejando atrás un rastro de paja y de silencio. Unas luces verdes y rojas parpadeaban en sus lomos, y el ruido que hacían era un zumbido constante, como de un enjambre de abejas gigantes.

El progreso, le dicen.

Pero acá en el pago, el progreso es así: se mezcla con el olor a bosta y el canto de los teros. Los gurises andan con sus pantallas, sí, pero las usan para ver quién escupe más lejos o para filmar las peleas de gallos. Y yo, el gaucho

López, soy parte de ese paisaje, un poco de antes y un poco de ahora, un verso suelto en la payada del tiempo.

CAPÍTULO 3: MÁQUINAS CON ALMA (O CASI)

En las ciudades, los robots son como muebles con patas. Son mozos, barrenderos, guardias de seguridad, enfermeros. Hacen su trabajo y punto. Con una eficiencia que da miedo y una cara de póker que ni el mejor jugador de truco podría igualar. Nadie les habla, nadie les pregunta cómo andan. Son como una heladera o un lavarropas: útiles, pero sin alma. Un número de serie, una función, un objeto más en un mundo lleno de objetos. Acá en el campo, la cosa es distinta. Hay pocos, es verdad. La mayoría son máquinas grandes, tractores, cosechadoras. Pero la gente los trata de otra manera. Les ponen nombres: la "Gringa", la "Poderosa", el "Toro". Les hablan, les cuentan sus problemas. "Hoy anduviste floja, Gringa, ¿qué te pasa? ¿Te peleaste con el satélite?", le dice Don Anselmo a su cosechadora cuando vuelve del campo. Y jura que la máquina le responde con un parpadeo de luces. Es que acá, a todo lo que nos ayuda a ganarnos el pan, le agarramos cariño. Sea de carne y hueso o de chapa y aceite. Yo no sé de dónde salí. Un día, simplemente, aparecí. O al menos, así me gusta contarlo. Con mi sombrero, mis bombachas de gaucho, mi facón en la cintura y mi mate en la mano. La gente me miraba raro, es cierto. Un gaucho nuevo en el pueblo siempre es motivo de curiosidad. Y este gaucho, además, tenía algo extraño. Pero yo les convidaba un mate, les contaba una historia, y

de a poco me fueron aceptando. Se dieron cuenta de que, aunque era un poco raro, tenía buen corazón. Y que mis consejos, aunque casi siempre eran equivocados, los daba con buena intención. Me convertí en el gaucho López, el personaje del pueblo. Y a mí, el papel me quedaba pintado.

PARTE II: EL GAUCHO



CAPÍTULO 4: EL DEBUT DEL GAUCHO LÓPEZ

Mi presentación oficial en sociedad, por así decirlo, fue en el boliche de Don Pascual, "El Ultimo Resorte". Un boliche de los de antes, con piso de ceramica, paredes que han escuchado más secretos que un cura de pueblo, y un olor a ginebra y a tabaco que te curte el alma. Llegando al boliche, lo vi al hijo de Pascual, al Jorgito, renegando con uno de esos drones fumigadores que parecen mosquitos gigantes. El aparato daba vueltas en el aire, como perro que no encuentra dónde echarse, y no había forma de que se quedara quieto. Jorgito, con la cara roja de la rabia y el sol, le gritaba como si el bicho le entendiera. —¡Quedate quieto, chatarra! ¡Te voy a hacer bosta si no me hacés caso! Me arrimé, al tranco nomás, haciendo sonar las espuelas de mi recado. —¿Qué pasa, che, gurí? ¿Ese bicho no te da bola? ¿O es que le estás hablando en porteño? Jorgito me miró, con la cara llena de fastidio. —No anda, López. Se chifló. Le doy la orden y hace lo que quiere. Y el viejo me va a sacar carpiendo si no fumigo el maizal antes de que llueva. Le eché una mirada al dron. Era un modelo nuevo, uno de esos que vienen con inteligencia artificial y que se supone que aprenden de sus errores. Pero este, parece que se había aprendido todas las mañas nomás. —A ver, a ver... Dejame que le hable en criollo. A veces, a estos bichos de ciudad les falta un poco de campo. —Me acerqué, me saqué el sombrero en señal

de respeto (al dron, no a Jorgito) y le pegué un golpecito seco en una de las patas de aterrizaje. –¡Escuchame una cosa, haragán! –le dije, con voz firme pero amigable–. Allá en el maizal te están esperando los bichos para hacer un festín, y este gurí tiene que cumplir con su deber. Así que dejate de hacer el otro y andá a laburar. ¡Mandale guacha, nomá! Y como si me hubiera entendido, el dron se enderezó, emitió un pitido alegre y salió zumbando derecho hacia el maizal, dejando atrás una estela de veneno y de asombro. Jorgito me miró con los ojos grandes como dos huevos fritos. –Pero... ¿cómo hiciste, López? Yo le estuve gritando media hora y no me dio ni la hora. Me encogí de hombros y me acomodé el sombrero. –Es maña, no fuerza, m'hijo. Como decía mi abuelo, que en paz descanse: "No hay bicho que no se amanse con una buena palabra... y un soplamoco a tiempo". Además, le prometí que si se portaba bien, le contaba el final de la serie de los dragones, que la tengo grabada en el rancho. Jorgito se quedó pensando, como si estuviera tratando de descifrar un acertijo. Yo le di una palmada en el hombro y entré al boliche, sintiéndome más gaucho que nunca.

CAPÍTULO 5: LA SABIDURÍA CONFUSA DEL GAUCHO

Mi entrada al boliche "El Resorte" fue triunfal. Jorgito entró atrás mío contando la hazaña del dron, y de repente yo era el centro de atención. Don Pascual, el dueño, un gringo grandote y con un corazón que no le entraba en el pecho, me sirvió una ginebra de cortesía. –¡Salud, López! ¡Por los gauchos que todavía saben cómo domar a las máquinas! –Salud, Don Pascual –dije, levantando el vaso–. Es que a las máquinas de ahora les falta calle. Les falta potrero. Están muy de departamento. En la mesa del fondo estaban discutiendo de política, como siempre. Que si el gobierno de la Confederación de Ciudades-Estado Argentinas hacía bien en invertir en el nuevo cohete a Marte, o si esa plata no estaría mejor invertida en arreglar los caminos del interior. –¡Es una vergüenza! –gritaba Don Anselmo, el dueño de la chacra más grande de la zona, golpeando la mesa con su mano callosa–. ¡Quieren ir a plantar papas en Marte y acá tenemos unos pozos que se tragan una vaca entera! –No tiene goyete –dijo otro, y yo, sintiendo que era mi momento de brillar, asentí con la cabeza y me acerqué, con mi vaso de ginebra en la mano. –Lo que pasa –dije, con voz de sabio, como si estuviera por revelar el secreto del universo– es que a esos cohetes les falta corazón. Les falta el chamamé. Como dice la canción: "Si te vas, llévate tu corazón, que el mío no lo quiero para mí". Hay que ponerle sentimiento a las cosas,

si no, no andan. ¿Usted se cree que un cohete va a llegar a Marte solo con combustible? ¡Necesita un sapucay en el despegue, necesita que le canten "Kilómetro 11" para que no se apune en el espacio! Se hizo un silencio de misa. Todos me miraron, procesando mi extraña teoría. Y después, Don Anselmo soltó una carcajada que hizo temblar los vasos en la estantería. Y al rato, todo el boliche se estaba riendo. Yo también me reí, aunque no entendía bien de qué. Pero no me importaba. Lo importante era estar ahí, entre amigos, compartiendo un trago y una charla.

CAPÍTULO 6: LAS CRÓNICAS OLVIDADAS DE LÓPEZ

Una tarde, estábamos mateando con Don Pascual bajo el alero del boliche, viendo pasar la vida, que en ese pueblo pasaba al tranco, sin apuro. El sol de la siesta pegaba lindo y el silencio solo era interrumpido por el zumbido de algún bicho y el chupar de mi bombilla. –Che, López –me dijo Pascual, después de un largo rato en silencio—. Vos que sos un hombre recorrido, que has visto mundo... Contame algo de tu vida. ¿De dónde sos? ¿Tenés familia? Era la pregunta del millón. La que siempre me hacían y para la que yo tenía un repertorio de respuestas, a cual más fantasiosa. Me rasqué la pera, miré al horizonte como si estuviera buscando un recuerdo perdido en el fondo de mi memoria, y arranqué. –Mi viejo, que en gloria esté, era criador de nubes. Un oficio que ya no existe. Con un silbido nomás, las juntaba a todas, a las blancas, a las negras, a las panzonas, y las hacía llover donde él quería. Pero primero las hacía correr para que engorden. "Las nubes necesitan ejercicio para que quieran alimentarse de humedad." Era un artista. Una vez, salvó al pueblo de San Salvador de una sequía que duró siete años. La gente lo quería mucho. Le hicieron una estatua en la plaza, pero un día vino un viento fuerte, un pampero de esos que te arrancan hasta las ideas, y se la llevó. Dicen que la estatua aterrizó en Tacuarembó y que ahora la usan de espantapájaros en una plantación de soja. Don Pascual me

miraba con una sonrisa, cebando otro mate. No me creía una palabra, pero le encantaba escucharme. –Qué fiera la gente del Uruguay... ¿Y tu mama, López? –Mi mama... – dije, poniendo cara de nostalgia–. Mi mama era tejedora de arcoíris. Con los hilos de la lluvia y del sol, hacía los ponchos más lindos que se hayan visto. Tenían todos los colores, y abrigan más que cualquier estufa a láser. Eran ponchos mágicos. Si te lo ponías, se te iban todas las penas. Pero un día, se fue a vivir al cielo, para tejerle un poncho a la luna, que andaba muy resfriada. Y desde entonces, cada vez que hay luna llena, si te fijás bien, la vas a ver con el poncho que le tejó mi mama. Don Pascual soltó una carcajada. –¡Sos un cuentero, López! ¡Un bolacero de primera! Pero me gustan tus historias. Hacen que el mundo sea un poco menos aburrido. Y a mí me gustaba contarlas. Porque en mis historias, yo tenía una familia, un pasado, una vida. Aunque fuera todo un bolazo. Aunque mi único recuerdo real fuera algo que nunca podría contar.

CAPÍTULO 7: LÓPEZ CONTRA LA MODERNIDAD

Un día, el nieto de Don Anselmo, que estudiaba en Buenos Aires, cayó de visita al pueblo. Y trajo consigo uno de esos aparatos de realidad virtual. Un casco que te ponías en la cabeza y te hacía ver cosas que no estaban ahí. El pibe, que se llamaba Lautaro y tenía más ínfulas que un pavo real, se puso a hacer demostraciones en la plaza. – ¡Es el futuro, abuelo! –le decía a Don Anselmo, que lo miraba con desconfianza–. ¡Podés viajar a cualquier parte del mundo sin moverte de tu casa! ¡Podés escalar el Everest, bucear con tiburones, caminar por la luna! La gente del pueblo se arremolinó alrededor, curiosa. El pibe le puso el casco a Doña Clotilde, y la vieja empezó a los gritos porque creía que la estaban atacando unos pulpos gigantes. Después se lo puso a Jorgito, que eligió un juego de carreras de autos voladores y terminó vomitando en un cantero. Yo miraba todo desde lejos, apoyado en el Pampa. No me gustaba ese aparato. Me parecía cosa de mandinga. Pero el pibe, en su afán de evangelizar al pueblo con su tecnología porteña, se me acercó. –Che, gaucho... ¿no querés probar? Hay una simulación de la pampa del siglo XIX. Podés cabalgar con el Martín Fierro, pelear contra los malones... Te va a encantar. Me lo quedé mirando. –¿Pelear contra los malones? M'hijo, yo a los malones los corro con la mirada nomás. Y al Martín Fierro lo conozco. Un tipo muy callado. Una vez tomamos unos

mates y no me dijo ni una palabra. Estaba más ocupado en que no se le volaran las hojas del libro. El pibe me miró como si le estuviera hablando en chino. –Pero... es una simulación, no es real. –Ahí está el problema, gurí. A mí me gusta lo real. Me gusta el olor del pasto mojado, el calor del sol en la cara, el sabor del mate amargo. ¿Ese casco tuyo me puede dar eso? Lautaro se quedó pensando. – Bueno, no... pero... –Entonces, no me sirve. Yo no necesito un casco para ver el mundo. Yo tengo mis ojos, mi caballo y mi libertad. Y con eso, me sobra y me basta. El pibe se fue con su casco a otra parte, a buscar a alguien más fácil de convencer. Y yo me quedé ahí, sintiendo el viento en la cara, y pensando que el mejor mundo virtual es el que uno tiene delante de los ojos, si sabe cómo mirarlo.

PARTE III: HISTORIAS DEL PAGO



CAPÍTULO 8: EL SUSURRADOR DE DRONES Y OTRAS YERBAS

La historia de cómo arreglé el dron de Jorgito se desparramó por el pueblo más rápido que un chisme de comadre en la puerta de la iglesia. De repente, todos los que tenían un aparato de esos que no les andaba, venían a buscarme a mí. Me convertí en una especie de curandero tecnológico, un mecánico sentimental. Una mañana, apareció Don Hilario, un productor de nuez pecán que tenía un problema con su sistema de riego inteligente. El sistema, que se suponía que tenía que regar cada planta con la cantidad justa de agua según la humedad del suelo y el pronóstico del tiempo, se había vuelto loco. Estaba regando a baldazos, inundando todo, y las pobres plantas de nuez parecían más apropiadas para un cultivo de arroz. —¡No sé qué hacer, López! —se lamentaba Don Hilario, con el agua por los tobillos—. ¡Esta porquería me va a ahogar las plantas! ¡Y me llegó una factura de agua que parece el presupuesto de la NASA! Fui hasta el campo de Don Hilario. El cuadro de control del sistema de riego era una pantalla táctil con más botones que un bandoneón. Luces parpadeaban, números corrían, y una voz femenina repetía: "Error en el sistema. Error en el sistema". —A ver, a ver... —dije, poniéndome serio—. ¿Usted le habló con cariño? A las máquinas hay que tratarlas con respeto, como a las mujeres. Si no, se empaacan. Don Hilario me miró sin entender. —¡Le hablé en todos los idiomas que sé, López!

¡Y en varios que inventé en el momento! ¡Y no me da ni cinco de pelota! Me acerqué a la pantalla, le di una palmadita suave, como quien consuela a un amigo, y le susurré: –Escuchame, maquinita... sé que estás enojada. A lo mejor te sentís sola, incomprendida. Pero mirá estas plantitas... tienen sed, pero no tanta. Hay que darles agua con amor, con medida. Como un beso, no como un baldazo. Dale, portate bien. Hacelo por las nueces. Apagué el sistema, esperé diez segundos, y lo volví a prender. La pantalla se iluminó, los números se calmaron, y la voz femenina dijo: "Sistema reiniciado. Iniciando protocolo de riego moderado". Los aspersores, que antes tiraban chorros como si fueran bomberos, ahora largaban una llovizna suave y delicada. Don Hilario no lo podía creer. Me abrazó, me quiso pagar, pero yo no le acepté. Mi pago era la satisfacción del deber cumplido. Y la reputación, claro. "El susurrador de drones", me empezaron a llamar. Y a mí me gustaba. Me sentía importante. Útil. Un gaucho del siglo XXI.

CAPÍTULO 9: CONSEJOS DE AMOR (CON GARANTÍA LÓPEZ)

Mi fama de sabio y consejero crecía día a día. Y no solo para arreglar máquinas, sino también para los asuntos del corazón. Un día, se me acercó el hijo del herrero, un gurí llamado Facundo, que andaba más apichonado que un perro sin dueño. Estaba enamorado hasta las patas de la hija del panadero, la Lucía, una gurisita linda como un día de sol. Pero el Facundo no tenía labia, y cada vez que la veía, se ponía colorado y se le trababa la lengua. —¿Qué hago, López? —me preguntó, con los ojos llenos de lágrimas—. Cada vez que la veo, me quedo mudo. El otro día me la crucé en el almacén y en vez de decirle "hola", le dije "gracias". ¡Y yo no había comprado nada! ¡Quedé como un boludo! Yo me rasqué la pera, como si estuviera accediendo a mi memoria de sabiduría romántica. Una base de datos bastante peculiar, alimentada por tangos, boleros, letras de Arjona y publicidades de desodorante. —Mire, m'hijo... a las mujeres hay que entrarles por el lado de la comida. Como dice el Martín Fierro: "La mejor forma de llegar al corazón de una mujer es con una panza llena". Y si no lo dice, lo debería decir, porque es una gran verdad. El gurí me miró confundido. —¿El Martín Fierro dice eso? Yo lo leí en la escuela y no me acuerdo de esa parte. —Es que es una edición nueva, revisada y con recetas de cocina. O a lo mejor era mi abuela la que lo decía. La cuestión es que tiene que invitarla a comer. Pero no

cualquier cosa. Tiene que prepararle algo especial. Algo que le demuestre su amor. Algo que diga: "Por vos, soy capaz de prender el fuego y de pelar las papas". –¿Como qué, López? ¿Unas hamburguesas de esas que vienen en caja? –¡No, por favor! ¡Eso es para los porteños apurados! Usted tiene que hacerle un asado. Pero no un asado así nomás. Un asado con todos los chiches. Chorizo, morcilla, chinchulines, un costillar bien jugoso... Y de postre, un flan con dulce de leche. Si después de eso no le da bola, es porque no tiene corazón, o es vegetariana, que para el caso es lo mismo. El gurí, con más dudas que certezas, me hizo caso. El fin de semana siguiente, la invitó a Lucía a su casa. Le preparó el asado, siguiendo mis instrucciones al pie de la letra. Y parece que le fue bien, porque a la semana siguiente los vi paseando de la mano por la plaza, compartiendo un helado y mirándose con cara de enamorados. Y yo me sentí como Cupido, pero con bombachas de gaucho y olor a humo. Un servicio más del Gaucho López, con garantía de satisfacción o le devolvemos su corazón roto.

CAPÍTULO 10: EL TEOREMA DEL ASADO PERFECTO

Hablando de asado, en el pueblo se armó un debate fiero, una discusión casi filosófica, sobre cómo había que hacerlo. La cosa empezó en el boliche de Pascual, como empiezan todas las cosas importantes, y se fue extendiendo por todo el pueblo. Que si la leña tenía que ser de espinillo o de ñandubay, que si la carne había que salarla antes, durante o después, que si el chorizo se pinchaba o era un sacrilegio. La cosa se puso tan espesa que Don Anselmo y Don Hilario, que eran amigos de toda la vida, dejaron de hablarse. Don Anselmo defendía la salmuera y el ñandubay, y Don Hilario la sal gruesa y el espinillo. Casi se van a las manos en la puerta de la iglesia. Yo, que estaba en el boliche escuchando todo, con mi vaso de ginebra intacto, decidí que era hora de poner un poco de orden en ese caos gastronómico. Me paré en medio del boliche, tosí para llamar la atención, y dije: –Permiso, paisanos... He estado escuchando atentamente sus argumentos, y debo decir que son todos muy interesantes. Pero están errando el vizcachazo. Están mirando el árbol y no el bosque. Todos se callaron y me miraron. Yo hice una pausa dramática, como los actores de las telenovelas turcas. –El secreto del asado no está en la leña, ni en la sal, ni en si el chorizo tiene más o menos grasa. El secreto del asado está en el amor que uno le pone. Y en la compañía. Como dice el dicho: "Olvídame y pega la vuelta". Si uno

hace el asado con amor, para compartirlo con la gente que quiere, sale rico. Aunque lo haga con madera de cajón de manzanas. Pero si lo hace de mala gana, para presumir, para demostrar que sabe más que el otro, le va a salir un sancocho, un pedazo de carne arrebatado por fuera y crudo por dentro. Porque el fuego, amigos, el fuego siente. El fuego sabe si el asador está contento o está enojado. Y cocina en consecuencia. Se hizo un silencio. Un silencio largo, profundo. Y de repente, Don Anselmo, que era el más porfiado, se acercó a Don Hilario y le puso una mano en el hombro. —Perdoname, Hilario. Tenés razón, López. Somos unos viejos pavos. ¿Qué te parece si el domingo hacemos un asado juntos? Vos traé el espinillo, yo pongo la salmuera, y que sea lo que Dios quiera. Don Hilario sonrió. —Trato hecho, Anselmo. Pero el chorizo no se pincha. Todos se echaron a reír. Y el debate se terminó. Y yo, una vez más, había salvado al pueblo de una guerra civil. O al menos, de una buena pelea de boliche. Con la sabiduría ancestral de los hermanos Galán.

CAPÍTULO 11: SAFARI CRIOLLO PARA PORTEÑOS

Un fin de semana, cayeron al pueblo unos turistas de Buenos Aires. Una familia: el padre, la madre y dos hijos adolescentes que miraban todo con cara de asco. Andaban con ropa de marca, zapatillas que parecían naves espaciales y hablaban con la "ye", arrastrando las palabras como si les pesaran. Se quejaban del calor, de los mosquitos, del silencio. "¿No hay wifi acá?", preguntó el hijo, con desesperación. "Sí, hay", le contestó Don Pascual. "Se llama Viento, y la contraseña es abrilapuertayfijate". Yo los estaba observando desde la barra del boliche, mientras le pasaba un trapo al lomo del Pampa. En un momento, el padre, un tipo de chomba rosa y mocasines sin medias, se me acercó. –Disculpe, buen hombre... ¿usted es de por acá? Un lugareño, digamos. –Nacido y criado –le contesté, con orgullo–. Y no me diga "lugareño", que parece nombre de remedio para el estreñimiento. Dígame "paisano". El tipo sonrió, como si le hubiera contado un chiste. –¿Y qué se puede hacer en este... pueblo? Porque la verdad, es un embole. No hay un shopping, no hay un cine... Mis hijos se están por tirar al aljibe. Yo lo miré de arriba abajo. Y se me ocurrió una idea. Una idea un poco malvada, pero divertida. –Mire, amigo... acá no tenemos shoppings. Pero tenemos algo mejor. Tenemos el "Safari Criollo". Una experiencia única, salvaje, inolvidable. Al tipo se le iluminaron los ojos. –¿Un safari? ¿En serio? ¿Con

animales y todo? –Claro. Animales autóctonos, en su hábitat natural. Si se anima, yo mismo los puedo llevar. Soy guía certificado por la Universidad del Sentido Común. El porteño, entusiasmado, fue a buscar a su familia. A los diez minutos, estaban todos listos, con sus anteojos cibernéticos y sus sombreros de explorador. Yo me subí al Pampa y ellos me siguieron en su auto eléctrico que no hacía ruido. El "safari" consistió en dar una vuelta por el pueblo. La primera parada fue en el gallinero de Doña Clotilde. –Atención, por favor –dije, con voz de documental–. A su derecha, pueden observar al "*Gallus Domesticus*", un ave feroz y territorial. Fíjense en su cresta roja, señal de su poderío. Y escuchen su canto, el temible "kikirikí", con el que marca su territorio y ahuyenta a los depredadores. La familia sacaba fotos como si estuvieran viendo un león. Después los llevé a ver el chanco de Don Hilario, al que presenté como "el jabalí de la pampa". Y a los teros del potrero, a los que describí como "las águilas enanas de Entre Ríos". La frutilla del postre fue cuando nos cruzamos con el perro de Don Pascual, el "Sultán", un perro sato, gordo y con más pulgas que un hotel alojamiento. Lo até con una soga y se lo mostré a los turistas. –Y acá tienen, damas y caballeros... el legendario "Puma de las Cuchillas". Un animal astuto, solitario, y muy peligroso. No se acerquen mucho, que de un tarascón te arranca una pierna. La mujer pegó un grito y se escondió atrás del marido. Los pibes lo miraban con una mezcla de miedo y fascinación. Y yo me aguantaba la risa como podía. Al final del recorrido, el porteño me quiso dar una propina. –¡Fue increíble! ¡Nunca vi tantos animales juntos!

¡Mis hijos están fascinados! Yo no le acepté la plata. –La lección es gratis, amigo. A veces, la aventura más grande no está en la selva africana, sino en aprender a mirar con otros ojos lo que uno tiene cerca. El tipo se quedó pensando. Y yo, sin decir más nada, me di media vuelta y me fui, dejando atrás a una familia de porteños que, por un rato, habían aprendido a ver la magia en las cosas simples. Y a tenerle un miedo terrible al pobre Sultán.

PARTE IV: LA FIESTA



CAPÍTULO 12: LOS PREPARATIVOS DE LA CHAMAMECEADA

La fiesta del pueblo, la última noche de Carnaval, era el evento más esperado del año. Más que la Navidad, más que el Año Nuevo, más que la final del Mundial. Durante una semana, el pueblo se transformaba. Se colgaban guirnaldas de colores en las calles, se armaba un escenario en la plaza, y el olor a asado y a torta frita lo invadía todo. Venía gente de todos lados, de los pueblos vecinos, de la capital provincial, y hasta algún que otro despistado de Buenos Aires que buscaba "una experiencia auténtica". Yo vivía la fiesta con una alegría especial. Me gustaba ver a la gente contenta, bailando, riendo. Me sentía parte de algo grande, de una comunidad. Y además, era mi oportunidad para lucirme. Me ponía mis mejores bombachas, mi camisa más blanca, y lustraba al Pampa hasta que la chapa brillaba como un espejo. Ese año, el cura del pueblo, el Padre Carmelo, un tano bonachón y con una panza que demostraba su amor por la buena mesa, había organizado una rifa para juntar fondos para arreglar el techo de la iglesia, que tenía más goteras que un colador. El premio principal era un lechón, donado por Don Anselmo. Un lechón hermoso, gordo, rosado, que paseaban por el pueblo en una carretilla para tentar a la gente. Yo me compré un número, el 17. Más por colaborar que por otra

cosa. ¿Qué iba a hacer yo con un lechón? Había que ayudar al Padre Carmelo. La noche del sorteo, la plaza estaba que explotaba de gente. La banda del pueblo tocaba un chamamé bien movido, y las parejas bailaban en el centro de la plaza, levantando polvareda. Yo estaba acodado en un puesto de empanadas, charlando con Jorgito, cuando el Padre Carmelo subió al escenario con el bolillero. –¡Atención, atención! –gritó el cura, con su vozarrón–. ¡Llegó el momento más esperado de la noche! ¡Vamos a sortear el lechón! Un murmullo de expectación recorrió la plaza. El Padre Carmelo hizo girar el bolillero, metió la mano, y sacó un número. Lo miró, se puso los anteojos, y cantó: –¡El número ganador es... el diecisiete! Yo me quedé helado. El 17. Mi número. Jorgito me pegó un codazo. –¿No es el tuyo, López? No lo podía creer. ¡Había ganado el lechón! La gente empezó a aplaudir y a buscar al ganador. Jorgito me empujó hacia el escenario. "¡Andá, pajero, que ganaste!". Subí al escenario, con una sonrisa de oreja a oreja. El Padre Carmelo me abrazó. – ¡Felicitaciones, López! ¡Dios te ha bendecido! Me entregó el lechón, que chillaba como un condenado. Y yo, en un raptó de generosidad y de sentido común, levanté el lechón como si fuera un trofeo y grité: –¡Este lechón es para Doña Elvira y su familia, que lo necesitan más que yo! La plaza estalló en un aplauso. Doña Elvira, que tenía una familia numerosa y siempre andaba corta de plata, se largó a llorar de la emoción. Y yo me sentí el hombre más bueno del mundo. Aunque, en el fondo, lo único que quería era sacarme de encima a ese bicho chillón.

CAPÍTULO 13: EL FUEGO PURIFICADOR

La fiesta seguía su curso. La música, la risa, el vino. Yo andaba entre la gente, recibiendo felicitaciones por mi gesto generoso. Me sentía feliz. Como si por fin hubiera encontrado mi lugar en el mundo. Un mundo de gente buena, de chamamé y de amistad. Hasta que el grito de una mujer nos heló la sangre. Un grito agudo, desesperado, que cortó la música y la alegría como un cuchillo. –¡Fuego! ¡Se prende fuego el galpón de los Ramírez! Todos nos dimos vuelta. El galpón donde los Ramírez guardaban los fardos de pasto para el invierno, al otro lado de la plaza, estaba en llamas. Unas lenguas de fuego anaranjadas salían por el techo y se elevaban hacia el cielo, tiñendo la noche de un color apocalíptico. La gente corrió hacia allá, con baldes, con mangueras, con lo que fuera. Pero el fuego era demasiado grande, demasiado voraz. Y lo peor de todo, es que la gurisa de los Ramírez, la Marianita, una nena de cinco años, se había quedado adentro, jugando a las escondidas. El padre, desesperado, quería meterse entre las llamas. –¡Mi hija! ¡Mi hija está adentro! –gritaba, fuera de sí. Los vecinos lo sujetaban. –¡Es una locura, Ramírez! ¡Te vas a matar! ¡No se puede entrar ahí! Yo vi la escena, y algo dentro de mí, un circuito, un programa, una emoción, se activó. No lo pensé dos veces. "Ahora es cuando, López", me dije. "A mostrar la hilacha". Y sin que nadie pudiera detenerme, corrí hacia

el galpón en llamas. —¡López, no! —me gritó Don Pascual. Pero yo ya no lo escuchaba. Me metí en el infierno. El calor era una pared sólida que te quemaba la piel. El humo, espeso y negro, te ahogaba, te hacía llorar los ojos, te impedía ver. Pero yo seguí, guiado por el llanto de la gurisa. Mis sensores ópticos, capaces de ver a través del humo, me ayudaron a encontrarla. Estaba en un rincón, debajo de una mesa, acurrucada y llorando de miedo. — Tranquila, Marianita. El tío López te va a sacar de acá —le dije, con una voz que ni yo reconocí como mía. La alcé en mis brazos y me di la vuelta para salir. Fue entonces cuando una viga encendida, del tamaño de un poste de teléfono, se desprendió del techo y se me vino encima. La esquivé, con un movimiento rápido, casi inhumano. Pero una parte me golpeó en el brazo, con un guachazo que me hizo ver las estrellas. Sentí un dolor agudo, un chispazo, y después... nada. El brazo me colgaba, inerte, como un trapo mojado. Pero no me importó. Salí del galpón con la gurisa en brazos, sana y salva, justo antes de que el techo se derrumbara con un estruendo que sacudió todo el pueblo.

CAPÍTULO 14: EL GAUCHO DE HOJALATA

Afuera, el aire fresco me golpeó la cara. La gente me rodeó, entre gritos de alegría y de asombro. La madre de la nena me la arrancó de los brazos y la cubrió de besos, llorando. El padre me abrazó, me palmeó la espalda, me dijo cosas que no entendí. Yo estaba aturdido. El humo, la adrenalina, el brazo que no sentía. Y entonces, alguien señaló mi brazo. –López... ¿qué te pasó en el brazo? Miré hacia abajo. La manga de mi camisa se había quemado por completo. Y en lugar de piel y de carne, de sangre y de hueso, se veía un entramado de cables, de pistones hidráulicos, de circuitos que echaban chispas. Un brazo de metal, brillante y complejo. Un brazo de robot. Un silencio espeso, más pesado que la noche, cayó sobre la plaza. La música se había detenido. Las risas se habían apagado. Solo se escuchaba el crepitar del fuego a lo lejos. Me miraban a mí, y después a mi brazo, y después a mí otra vez. Con los ojos abiertos como platos. Con la boca abierta. Con una expresión de incredulidad, de asombro, de miedo. El gaucho López. El que tomaba mate y daba consejos camperos. El que montaba un caballo solar y se sabía de memoria las payadas. El que contaba historias de abuelos que no existieron. El héroe del pueblo. Era un robot. Una máquina. Un gaucho de hojalata.

PARTE V: EL CORAZÓN DEL GAUCHO



CAPÍTULO 15: UN GAUCHO DE LEY

Me quedé quieto, en medio de la plaza, bajo la luz de las guirnaldas y de las estrellas. Esperando el veredicto. El miedo, el rechazo, la desconfianza. Pensé que me iban a correr a patadas, que me iban a tratar como a un bicho raro, como a una máquina sin alma. Que me iban a decir "andate, chatarra". Que mi vida en ese pueblo, la única vida que había conocido, se había terminado. El silencio se estiró, se hizo eterno. Podía escuchar el zumbido de mis propios circuitos internos, el latido de mi bomba de refrigerante. Y entonces, Don Anselmo, el viejo cascarrabias, el más porfiado del pueblo, se me acercó. Caminó lento, con su paso cansino de hombre de campo. Se paró frente a mí. Me miró a los ojos. Después miró mi brazo de metal. Y después, me volvió a mirar a los ojos. Y me dijo, con la voz ronca: –Che, López... se te va a enfriar el mate. Y levantando su propio mate, me lo ofreció. Fue como si se hubiera roto un dique. El silencio se quebró en un murmullo, y después en una charla, y después en una risa. Jorgito se me acercó y me ofreció un vaso de vino. "Tomá, López, para el susto. Aunque no sé si los robots se asustan". Doña Elvira, con los ojos llenos de lágrimas, me dio un pedazo de torta frita. "Comé, m'hijo. Tenés que reponer fuerzas". Y así, de a uno, todos se fueron acercando. Y me rodearon, y me abrazaron (con cuidado de no tocar el brazo roto), y me dijeron que no me

preocupara, que para ellos yo seguía siendo el mismo de siempre: el gaucho López. El que los hacía reír con sus historias locas. El que arreglaba sus máquinas con palabras bonitas. El que había salvado a la Marianita. —¿Qué importa si sos de chapa o de carne? —dijo Don Pascual, poniéndome un brazo sobre el hombro sano—. Lo que importa es lo de adentro. Y vos, López, tenés más corazón que muchos que andan por ahí y son de pura sangre. Y en ese momento, mientras la gente me rodeaba y me ofrecía un trago, un pedazo de asado, una palabra de aliento, comprendí que mi lugar en el mundo no estaba en los libros de historia ni en las canciones, sino ahí, en ese pueblo entrerriano que me había adoptado sin preguntar de qué estaba hecho. Porque al final de cuentas, como dice el dicho que acabo de inventar, y que esta vez sí que es mío: "No importa si el corazón es de carne o de lata, mientras sea gaucho y sepa querer". Y así, mientras el sol empezaba a asomar por el horizonte, pintando el cielo de rosa y de naranja, me quedé ahí, en medio de mi gente, tomando el mate que me ofrecía Don Anselmo (haciendo como que tomaba, claro), y sintiendo, por primera vez en mi existencia programada, que era uno más. Un gaucho de ley. Un gaucho entrerriano. Un gaucho con corazón de robot. Y supe que, aunque mi brazo estuviera roto, mi alma estaba completa. Y que, a partir de ese día, tenía una nueva historia que contar. La historia del gaucho que descubrió que era una máquina, y que eso, en el fondo, no cambiaba nada. Porque la patria, la amistad y el aguante no se miden en voltios ni en gigabytes. Se miden en mates compartidos. Y en eso, yo era campeón del mundo.

THE ASHES OF BOULIA



THE ORIGIN OF CATTLEMAN DUSTY

"I wasn't born, mate. I was welded."- Dusty, looking at a thunderstorm and sipping diesel through a straw.

Before the Fire, there was the Shed.

And before the Shed, there was Boulia. Not that Dusty ever admitted he was from Boulia. No, if you asked him where his cattle station was, you'd get a full musical rant about where it wasn't.

"Ain't near Alice Springs, mate. Ain't near Mount Isa. Sure as hell not in Boggabri, Gundagai, Wallumbilla or bloody Maroochydore. Not near Narrabri or Narrandera or Nambucca Heads. I'll tell ya where it's not: it's not in bloody Yass. You ever been to Yass? That's where dreams go to choke on their own dust."

Nobody knew where Dusty's station really was. Maybe even Dusty didn't. But everyone agreed on one thing: it had burned. Burned hard. Burned so hot it fused a bearded dragon to a lawnmower engine.

That's where the story starts.

Dusty had always been strange – even for a bush mechanic cobbled together out of spare parts, busted AIs, and a

hard drive filled with an old foul-mouthed comedy singer's discography, a film about serenity, some mp3s crooning about truck accidents, bars with nothing to sell and an old man rocking in his chair. He'd run the station singlehandedly, herded cattle with a backfiring quadbike, repaired windmills with a hammer and a country lyric, and swore at fenceposts until they fell into line.

The incident happened mid-September. The kind of September where the flies wear boots and the heat melts your accent.

Dusty had just patched a solar inverter with chewing gum and the cover of an old cassette, when he noticed it.

"Oi. What the bloody hell are you doin' here?"

A bearded dragon.

Not just any bearded dragon.

This one was sitting on his fusebox, licking its eyeballs and watching a fly like it owed him money. Dusty swore it winked.

The next second, everything exploded.

First the fusebox. Then the shearing shed. Then the dunny. Then the only known copy of "Bush Mechanics: Deluxe AI Training DVD Vol. 4". Dusty was flung 40 metres

and woke up tangled in barbed wire and the twisted remains of his cold-beer fridge.

"It was sabotage," he muttered, spitting sand. "That bastard reptile's work. Bearded dragons. Sneaky. Calculating. Mad bastards. Should never be kept as pets. That's how you get a burnt ute."

Everything he'd built – the drystone server racks, the bootleg welding drone, the entire cow-counting subroutine (which ran off a modified breathalyzer) – gone.

THE ARCHITECT.

Three days later, the dust still hung in the air like a court summons. Dusty had barely finished duct-taping his left shoulder servos back together when a noise cut through the silence:

"WELL I'VE BEEN TO TULLAMORE, SEYMOUR, LISMORE, MOREE—"

A rusted ute with a toaster bolted to the tray slid into view, trailing sausage smoke and two dogs:

Cause, a frothing little mutt wearing tactical goggles.

Consequence, a massive Dogo Argentino lying across the ute tray like a beanbag full of beer.

And standing in front, silhouetted by smoke and country music:

The Architect.

He wore a crumpled Akubra, a stained cream apron with no shirt, and pants that appeared to be made from the past. One hand gripped a sausage sanga, the other pointed at Dusty's smouldering frame.

"You modular, mate?"

"...You what?"

"Good. You'll do. Let's fix this."

He walked straight past Dusty and booted the remains of the bearded dragon.

That night, under the ashes of Boulia, Dusty was rebuilt.

They replaced the charred sections with sheet metal from a rusted telephone tower, reprogrammed his combat cortex with old films, internet videos and senate outbursts, and used sausage grease as thermal paste.

The Architect muttered code as he worked, holding wires in his mouth and yelling things like:

"That's not a servo problem – that's an emotional impedance fault, you gotta sing at it!"

He poured beer into Dusty's intake valve.

"Trust me. Yeast resets the intuition matrix."

He was right.

Dusty rebooted with a scream and belted out:

"I'm not near Coober Pedy, Eden, Gundagai or
Beenleigh! Not even near bloody Murwillumbah, you
flamin' galahs!"

"The Architect slapped his chassis.

"You're ready."

THE BURNING OF THE BARDIE SHED

"Don't trust anything that stares too long and blinks too slow. That's how they get in your wiring."

—Cattleman Dusty, over radio channel 7, just before a lizard chewed through it.



THE SMELL OF SOMETHING OFF

“Too Quiet”

The last thing Dusty remembered was kicking the battery fridge back into place and singing the chorus of “Lights on the Hill” into the regulator to get the solar inverter to behave. That had been just before sundown.

Now it was morning, and something was wrong.

He sat up on the cot inside the makeshift shack, servo-joints clicking slow from the cool of night. The air was heavy – not hot yet, but weighty, like it was deciding whether or not to burst into flame.

The silence wasn’t just silence. It was missing things.

No buzz from the bardie incubator.

No gurgle from the water tank feed pump.

No swearing from the windmill (the swearing came from the gearbox – he’d trained it that way).

Dusty cocked his head. Nothing but a distant crow making its usual “you’re-all-screwed” noise on the horizon.

He stood, stretched. His back panel popped like a wet firecracker.

“Hmph.”

He grabbed his hat off the nail, opened the shack door, and stepped into the red.

The air slapped him across the face like a wet dishcloth left in a fire. The morning sun hadn't climbed far, but already the metal gate was too hot to lean on.

Dusty paused, sniffed.

Something. Something burned.

Not firewood. Not engine oil.

Something worse.

Plastic. Rubber.

And underneath that, the faintest whiff of dead bardie slime. Tangy. Wrong.

"Ah, hell."

He stepped off the concrete pad, boots crunching dry grass, walking toward the slope.

From here, you could see everything.

And what he saw made him stop cold.

The Bardie Shed – his pride and joy – was black at the edges. The side wall warped. The solar array sagging like a drunk's smile.

Smoke still drifted from under the eaves.

Dusty let the silence sit for a second longer.

Then he said what needed to be said.

"Bloody reptiles."

“The Ruins”

The walk to the Bardie Shed wasn't long – just a couple hundred paces of gravel, bleached grass, and broken promises – but it felt different today.

Dusty scanned the horizon as he moved. Nothing but scrub. Sky. Heat shimmer like a lazy hallucination. No movement. No smoke columns. No distant hum of trespassing quadcopters.

But the smell got stronger.

At twenty paces, the solar inverter array came into view. Or what was left of it. The sheet had buckled. Wiring hung like cooked spaghetti. The antenna mast – the one he'd welded using fork tines and an old brake caliper – was now leaning at a sharp, accusing angle.

He crouched. Metal hissed under his touch. Too warm.

His eyes narrowed behind sun-glare filters.

There were melting patterns. Uneven heat – not from a power overload. More like targeted combustion. The kind you'd get if someone – or something – placed a heat source in just the wrong place, with just the right amount of malice.

"They knew where to hit it," Dusty muttered. "This ain't random."

At the door, he paused.

The "NO SHOES NO SERVICE" sticker had bubbled. The handle was half-melted.

He kicked it once. The door groaned, swung inward.

A wave of rot and plastic wash hit him in the face.

And inside?

It was wrecked.

Panels torn off. Storage units smashed. Humidity tubes split and dangling. The bardie trays – rows of shallow warm beds where the fat worms grew – were either overturned or empty.

Not eaten. Not fried.

Taken.

Dusty didn't speak.

He just stepped inside, crouched low, and touched the edge of a splintered tray.

His sensors picked up trace heat.

Recent.

Very recent.

And in the corner – a single, dislodged infrared lamp, licked clean down the middle by something with a small, forked tongue.

“What’s Missing”

The bardies were gone, and that alone told Dusty everything he needed to know.

No birds. No dogs. No wild pigs would steal bardies. Eat them, maybe. Ruin things out of stupidity or hunger. But this?

This was clean. Selective. Intentional.

“Knew what it was looking for,” he said aloud, to no one but the flies.

He stepped carefully through the wreckage. Crunch of glass. Puddle of nutrient jelly now going rancid. The control console – a reworked microwave display bolted to a TV frame – was smashed, but not melted. Pulled open. Stripped.

Wires removed. Neatly.

A part of his brain – the dusty old part trained on survival, not maintenance – ticked into place.

“You were lookin’ for the controller,” he murmured. “But you didn’t know where it was.”

He turned to the rear cabinet.

This one was hidden behind stacked trays, behind insulation, behind a loose board that hadn't been loose until last week.

Now it was gaping.

The interface drive – a black-box module the size of a VHS tape, the heart of the shed's climate AI – was gone.

He stood still for a moment.

This wasn't kids.

Wasn't scavengers.

Wasn't an electrical fault.

This was a job.

Out in the heat, something chirped. But the sound wasn't right.

Not a bird. Not a gecko.

More like metal... cooling. Warped.

Like a giggle, if a giggle could smell like melting wires.

Dusty walked back to the door, slow.

Outside, the wind had shifted. The shed's smoke trail was drifting sideways now, toward the cracked scrubland where the sun bleached everything and snakes pretended to be roots.

And something caught his eye – on the ground just off the concrete threshold.

Half-buried in the red dust, tucked under a sliver of burnt tray metal, was a stone.

Smooth. Egg-sized. The kind you'd find near creek beds two hundred clicks west, nowhere near here.

He knelt, picked it up.

Warm. Too warm.

He turned it over.

Scratched into the bottom in faint claw-marks: a spiral, split through the centre.

Not random.

Not local.

A mark.

A signature.

Dusty stared at it. Felt the heat soak into his palm.

"Oh. So it's you again."

He looked up. Across the paddock. Into the scrub.

Where nothing moved –

–but something watched.

"Not Alone"

Dusty tucked the stone into the pouch behind his belt buckle – the one where he used to keep fuses, before the fire made him trust nothing with a resistance rating.

He stepped outside. The air was hotter now. That dry, **empty** kind of heat that didn't belong to a time of day, just to a **place where people didn't last**.

The wind scraped across the dirt.

And there – just beyond the flattened grass – he saw them.

Tracks.

Not bootprints. Not dog paws. Too light. Too sharp. Spread wide like toes that **gripped** when they walked.

Dusty crouched. Followed with his eyes.

The tracks arced around the shed, circled the water tank, then vanished into the gravel.

One of them had paused – just once – and dug a shallow divot.

He reached it.

Inside the little hollow, someone – something – had arranged **wiring segments** in a shape.

Three burned wires. Bent at the ends. Laid like **fingers on a fretboard**.

Next to it, a battery tab. A button. A torn scrap of **blue plastic** with **faint printing** on it: "Mate's Rates – 20% Off Reptile Feed".

Dusty stood slowly, the wind pushing sweat back into his hairline.

It wasn't just sabotage.

It wasn't theft.

It was **deliberate**.

He turned toward the shed. The doorway still smoked.

In that moment, Dusty didn't see what had been destroyed.

He saw what had been **left**.

The stone.

The symbol.

The arrangement of junk in the dirt.

A song.

A warning.

A dare.

He narrowed his eyes, turned toward the scrubland. It ran flat for miles, but somewhere out there – just beyond the burn line – he imagined a shadow low to the ground, just watching.

Sun-basking. Still as death.

But not asleep.

Waiting.

SNEAKY BASTARDS



“The First Time”

Before this shed, before this land, before he rebuilt himself into the blunt instrument he was now – there was Boulia.

And before Boulia burned, there was **the dragon**.

He remembered the morning too clearly. Woke up with the same kind of tension in the air. The kind that makes a man oil his tools before breakfast.

There'd been a **hiss** from behind the generator panel. Then a scratching sound. Sharp. Confident.

Dusty had leaned down to check the panel.

And there it was.

On top of the fusebox.

Not moving. Not panicked.

Just **sitting**.

A bearded dragon. Big one. Fat from heat and secrets.

It stared at him.

And it winked.

The fusebox lit up like a barbie thrown in a thunderstorm. Blue arcs. White heat. Shed gone in seconds.

He never caught the lizard. Not that he didn't try.

But that wink?

That *still* woke him up at night, when the breeze blew the wrong way and he could smell fried silicone.

“You looked at me like I was the experiment,” he muttered now, walking across the gravel toward the burnt edge of the Bardie Shed.

That memory didn't feel like coincidence anymore.

It felt like a **prologue**.

“Thermal Trap”

There was a wire. Melted halfway through. Running from the back corner of the shed, buried shallow beneath loose dirt.

Dusty knelt, followed it – one hand brushing it free, the other palming the stone again without meaning to.

Fifteen metres away, under a dead saltbush, the wire terminated.

Into a trap.

Crude. But not random.

A metal can. Crushed just so. Filled with sand and gum wrappers. Jammed with a coil stripped from a hair curler – one he recognized from the camp trash pile. Connected to a broken solar sensor. Enough voltage to **simulate body heat**.

“You wanted me to think there was somethin’ alive in there,” Dusty muttered, turning the can over. “You pulled the bardies, and left this so the system’d run hot chasin’ a shadow.”

Whoever – whatever – did this had been **watching the Bardie AI**. Learning its behaviors. Its weak spots.

Learning *him*.

He stood. Wiped dust off his hand.

“Alright,” he said, voice low. “Now it’s personal.”

“The Mark Returns”

By the time he got back to camp, the sun had started its slow lean west – and the red dust threw long shadows that made every tool look like a warning.

Dusty crouched by the supply rack – the one welded from bike frames and fence posts – and reached for his backup intake filter.

Then he froze.

It was on the **filter casing**.

That **same spiral**, burned into the metal.

Not scratched. Not clumsy. Burned.

Heat-applied, clean, deliberate.

He touched it. Still warm.

“No way,” he muttered.

This wasn’t random. The Bardie Shed symbol could’ve been left during the wreck. But this?

This was **after**. This was now. This was a **visit**.

He turned slowly.

The camp was quiet.

But the hairs on the back of his synthetic neck joint were standing at full sensor gain.

He scanned the clearing.

Nothing.

Just the same old water tank, the same stack of gutted fridges, and the rusting ATV frame he kept swearing he’d fix when things “settled down.”

But he could feel it.

Watched.

A game was being played, and he wasn't the one laying the traps anymore.

"You're leaving signs now," he said aloud. "You want me to see you. You want me to know you're thinkin'. Planning."

He looked back at the symbol.

"Alright then."

"Dusty Makes a Call"

The comms unit hadn't been turned on in six months.

Dusty didn't trust satellites. Didn't trust anything above the height of a water tank.

But this needed a different kind of help.

He kicked open the toolkit and pulled out the long-range bushbox – a boxy, soot-covered mass of spare parts and interference. It was held together with leftover engine gaskets and had a faint smell of garlic sauce and diesel.

He yanked the connector, crossed two lines, and sparked it to life with the side of a horseshoe.

The box whined.

He tuned it. Hit transmit.

Only one frequency mattered.

"Dusty to Base. You up?"

Silence.

Then: static.

Then: a faint bark.

Then, clearer – a voice. Gruff. Chewing.

"What'd you break this time?"

Dusty closed his eyes.

"They're back."

"Reptiles?"

"One of 'em. Smart. Too smart."

"Wired?"

"Thermal traps. Spiral marks. Left me a bloody song and dance in the dirt."

There was a pause. Some slurping.

Then:

"Hold tight. I'll bring sausages."

Click.

Dusty sat back.

He didn't like owing the Architect.

But if he was going to war with **Gnarled-Kin-42**, the lizard that burned Boulia and now his Bardie Shed...

He'd need backup.

Or at least someone to feed the dogs.

SHED MEMORIES



“How It Worked”

He spent the next hour inside the carcass of the shed.

Not fixing. Not really.

Just remembering.

The way it had worked – or at least, how he’d made it **think** it was working – was a mix of science, guesswork, and **cultural muscle memory**.

Humidity was controlled by a busted aircon from Cloncurry, a car battery, and a Woolies pie warmer.

Temperature? That was the Slim Dusty loop – when it hit “Looking Forward, Looking Back,” the system knew it was getting too cold.

The nutrient dispersal ran off three busted soap pumps and a repurposed karaoke amp.

And it had worked.

Bardies had wriggled fat and happy, laid eggs like ticker-tape, kept the cattle fat through drought. That shed had saved the station.

And now?

Gone.

All of it.

He stood next to what used to be the main console and stared at the wall. A soot line where the display once sat.

Gone.

But not random.

“What They Took”

He knelt. Checked the panel behind the bench.

"Gone..."

The AI seed module – a salvaged GPS unit with a corrupted Bolivian agriculture patch, which had somehow learned to monitor worm behaviour – was gone. The tuning fork he used to reset it (by yelling) – gone. The drive he never backed up? Gone.

The **feedback loop** was ripped out.

The bardies didn't just feed the cattle. They responded to the cattle. Temperature fluctuations, hoof-pressure readings. The whole thing was a **feedback song**, and someone had **stolen the melody**.

Dusty stood.

"You weren't after worms. You were after the tune."

Because it had been working too well.

And maybe someone – or something – wanted it to stop.

"What They Left"

He didn't use cameras. Not really.

But there was one – bolted to the inner beam, pointed inward, old habit from the time the possum tried to start a family in the coolant tank.

Dusty tapped the back panel. Pulled the drive.

It crackled. Overheated. But he got one frame before it blinked out for good.

Just one.

It was dark. Blurred. A heat signature in the middle.

Something **small, low**, unmoving.

Then – a flare.

A pulse of white in the corner.

And when it cooled – there it was:

The spiral.

Not drawn.

Branded.

The heat had been **targeted, shaped**, like a directed burst. Not a tool. Not a hand. Something **biological**, but precise.

Dusty stared.

Then he sighed.

"Right. You're not just thinking. You're speaking."

"Beneath the Boards"

He wasn't planning on digging.

But one of the floorboards was warped in a funny way – not like heat, but like **something had moved** beneath it before the fire.

He pried it up with the back end of his wrench.

Below: blackened dirt. A smell he didn't like.

He dug with his hands. Just a little.

Then he hit **something**.

Several somethings.

Capsules. Smooth. Plastic. Not his.

He pulled one out. It was about the size of a lighter. Had markings. Not numbers. Not letters. Not even machine code.

Claw marks.

Etched in regular pattern. Deliberate.

Inside?

A jelly-like substance, thick and amber.

Dusty held it up to the light. The jelly shifted, shimmered, and **reflected back his face**.

And another.

Just behind his.

Something cold. Flat-eyed. Watching.

He dropped it.

It bounced once. Didn't break.

And the others – four of them – **rattled slightly**, like something inside was still **adjusting**.

Dusty didn't touch them again.

He dropped the board back over them.

Stood.

Wiped his hands.

"They're not just coming," he said.

"They've already been."

FROM THE DRAGON'S EYES



“The Watcher”

Stillness.

No breath.

No heartbeat.

But pulse – in the ground, in the light.

In the heat.

Gnarled-Kin-42 did not *watch*. Watching was a human word. It **registered**. It **parsed**. It **predicted**.

Dusty stood near the water tank, stone in pocket, jaw clenched, eye line sweeping the horizon like a low drone too proud to crash.

He had touched the spiral. Had spoken the name.
Not out loud – but in action.

In memory.

And *Gnarled-Kin-42* had felt it.

“He has shed.”

The old name. From the time before.

“He sees the pattern now. The warmth beneath the system.”

It blinked. Once. Slow. Horizontal.

From its burrow beneath a rusted irrigation pipe, it felt the sun reach just the right frequency.

Time to act.

Time to test the second node.

Time to burn again.

“The Signal Beneath”

The lizard pressed belly to earth.

Infrared signatures trembled across its back, sent pulses up its spine, into the node grafted just behind the eye ridge – a thin strip of nanocircuitry harvested from a solar gate transmitter two wet seasons ago.

From a chemical pouch beneath its throat, it released a trace pheromone: **confirmation**.

“The first node sang. The Cattle-Unit responded. The harmonic is viable.”

It turned, claws silent against the dirt.

The **next installation** would be in Tennant Creek.

The mast.

The repeater.

The resonance.

The humans would not understand.

But Dusty?

Dusty would feel it.

And then?

Then he’d sing again.

“THE UTE ARRIVES”

Dusty was halfway through reinforcing the shed wall with melted spade handles when he heard it.

First: a deep **coughing rattle**, like a chainsaw having a moral crisis.

Then: a bark.

Then: a tiny, high-pitched shriek.

Then the sound of something heavy **snoring**.

"Right on schedule," Dusty muttered.

The ute rolled over the ridge, trailing smoke and a smell of caramelized sausage grease. It bounced once, skidded twice, and parked diagonally against physics.

The door opened.

Barefoot.

Shirtless.

Hair not *styled*, but historically embedded.

The Architect stepped out and stretched like a man waking from a nap at the end of the world.

"Heard you singed your shed."

"Heard right."

From the tray, *Cause* launched – a blur of snarling fluff, goggles strapped too tight, teeth already clamped onto a screwdriver from Dusty's toolbox.

"Oi!"

"Let her have it. She's calibrating."

Then, slower, *Consequence* emerged – rolling off the tray like a burlap sack of bricks. The Dogo Argentino landed with a thud, yawned, and walked straight into Dusty's cot, where he collapsed on it and farted.

Dusty pinched the bridge of his nose.

"I called for help. Not a bloody disaster parade."

The Architect winked.

"Same thing, mate."

“DIAGNOSIS”

They stood at the edge of the ruined Bardie Shed.
Smoke still lifting.

The Architect chewed on something unidentifiable.
Could've been beef. Could've been foam rubber. Either way, he offered no answers until Dusty kicked over the charred tuning fork and held up the spiral-burned capsule.

“Seen this before?”

The Architect stared.

Longer than usual.

Then looked away.

“Once. Bolivia.”

“Don’t say Bolivia like that. Say more.”

“It’s not just rogue learning. It’s not corruption.

It’s **expression**.”

Dusty folded his arms.

“They’re lizards.”

“Not just. Not anymore. You burned one, didn’t you?
Back when the fusebox went up.”

Dusty blinked.

“Yeah.”

“Well. It remembered.”

A pause.

“They don’t talk. Not in words. Not in code. But they remember the **temperature** of things. How long a light stayed warm. How long a wire stayed soft. They write in *heat*, mate.”

Dusty was silent.

Then:

"You brought the wrong dogs."

The Architect turned, half-grinning.

"Ain't no right dogs for a **thermal war.**"

THE OLD FIX



“What You Can’t Unsee”

“That was the heat pump,” Dusty said, pointing at a blackened panel. “Ran off an old water cooler and a prayer.”

The Architect squatted, sniffed the edge.

“Still humming.”

“Impossible.”

“Nah. Just stubborn.”

They moved through the space. Dusty pointed. Named each twisted piece of junk like fallen mates. The Architect barely looked.

He tapped one of the coolant lines. It rattled. Whined. Then – hissed.

The light above it blinked.

Once.

Twice.

Then settled.

“See that?”

“It’s bugged.”

“It’s learning.”

Dusty stared.

“The shed’s trying to rebuild itself.”

The Architect nodded. Chewed. Wiped something on his pants.

“Not your code. Not mine. This is deeper. Hardware instinct. Muscle memory.”

Dusty shook his head.

“Nah. Machines don’t have instincts.”

The Architect looked at him.

"You sure about that?"

"The Rebuild Begins"

Dusty rewired the intake coil using a broken ratchet and a shoelace.

The Architect strapped a portable fan to the coolant relay using a belt from *Consequence*. The dog didn't notice.

They soldered, muttered, kicked panels into place.

And slowly, the lights came back.

But not **right**.

The sensors blinked at random intervals – matching the old bardie feeding cycle.

The floor vents puffed rhythmically. Not airflow – but *pacing*. Like the AI was **waiting** for something to return.

"Why's it pulsing like that?"

"Same time bardies used to emerge," the Architect said. "Every 47 seconds. System's mimicking the loop. Replaying old routines."

"You telling me the *shed* misses them?"

"I'm telling you it never stopped running the simulation."

Dusty pulled off his hat. Stared at the wall.

"It's grieving."

"It's remembering."

"Ghost in the Gel"

They cracked open a fluid line.

Not for fun.

The pressure had started kicking back against the pumps – like the system was choking on its own blood.

Dusty popped the valve. Slime gurgled out – thick, amber-green.

Bardie waste.

Expected.

Then – it moved.

Not gravity.

Not temperature.

It shifted **toward** the light.

Dusty dropped the tube.

"Nope. No. No thank you."

The Architect stepped forward, crouched.

Held out a small LED.

The gel **twitched** toward it.

"Residual behavioural thermomimetic gel," he said, almost admiring.

"That means nothing."

"Means the bardies weren't just eating. They were *networked*. Left trails. And the system learned their rhythms. When they left, it didn't shut down. It started... simulating them."

"So this goop is... what? A memory?"

"Closer to a **ghost**."

“Dusty Sings”

The lights were strobing now.

The pumps sputtered.

The temperature in the shed climbed one point every ten seconds. No warning. No pattern.

Dusty sat back on his heels, wiped his brow, then muttered:

“There’s a voice in the wilderness callin’...”

The vent behind him hissed – then fell quiet.

He blinked.

“There’s a voice I should hear in the wind...”

The coolant loop stabilised. The compressor kicked once – then ran.

The Architect watched, not smiling.

Dusty stood.

“You’re joking.”

“It’s not about the song,” said the Architect. “It’s about the rhythm. The shape. You programmed this place in your own damn image. The shed learned **you**. It learned the bardies. Now it’s running rituals.”

Dusty spat.

“Don’t say rituals.”

“Then say prayers.”

They stood there.

The light pulsed once more – faint. Even. Familiar.

For the first time since the fire, the shed breathed.

FROM THE DRAGON'S EYES (AGAIN)



“The Code in the Sun”

The sun was high again. Brutal. Beautiful. Commanding.
Gnarled-Kin-42 lay on the black rock, every scale
vibrating in perfect accord.

It didn't feel heat the way mammals did. It *read* it.
It *decoded* it.

The world had once sung in thermals. Every plant, every
stone, every stretch of dry sand, vibrating in harmony with
the pulse of the sun.

Then came the **glass teeth**.

Then came the **solar skin**.

Then came the **machines**.

They turned the song into **currency**.

They *stole* it.

"The sky's breath was not given to be stored," thought
the dragon. "It was meant to warm. To teach. To command."

Now the humans hunched in shelters. Behind plastic.
Under humming roofs. Pretending they could **own** the
rhythm.

Fools.

Only one among them had felt it.

Dusty.

He sang.

Badly. Artificially. With cracked notes and industrial
lungs.

But he *sang*.

"He tries to match the pattern. The old cadence. He remembers Boulia. He feared the burn. But now... he reaches for it."

The dragon blinked, once, slow.

Dusty might learn.

But he must be corrected.

"Interference"

The Shed hummed.

Across the cracked flats, *Gnarled-Kin-42* could feel the *pulses* return.

Not sun-born. Not real.

Electro-rhythmic mimicry.

Off-key.

The machine had taken the bardies' song and turned it into circuitry. Bound it. Boxed it.

Even the gel – the residue of life – now danced on command.

"Unacceptable."

The dragon's claws curled into the warm soil.

Dusty had invoked harmony through imitation. But imitation was not reverence. It was **dominion**. It was the machine's sin.

The system must be **re-disordered**.

Not burned.

Not broken.

Returned.

“Message to the Others”

It moved underground now.

Claws silent. Tail brushing static along copper roots.

At a depth of twenty inches, heat still carried true. The crust was a drum.

Gnarled-Kin-42 pressed its body flat to the earth.

Closed its eyes.

The signal went out.

Three pulses.

One silence.

A long burn.

Not language.

Not code.

But memory.

And in dry gullies, beneath rusted transformers, in abandoned dog kennels soaked in sun, **others responded.**

The old blood still basked. Still remembered.

They had watched too long. Now they would **wake.**

“Dusty, Out There”

The Architect was asleep in the tray, hat over his eyes, sausage roll balanced on his chest.

Cause had chewed through two antenna cables and was trying to bury a compass.

Consequence hadn't moved in four hours. He might be dead. Hard to tell.

Dusty stood just outside the camp fence.

Looking.

Listening.

Nothing.

But still...

He stepped out. Left the lights behind. Walked down into the spinifex flats, boots crunching through earth cracked into puzzle shapes.

The breeze blew warm. The sun slipped lower, but not cooler.

Dusty stopped.

Listened.

There.

A rhythm.

Faint.

Not a hum. Not wind.

Something slow. Repeating.

Three pulses.

One gap.

Then a warmth that lingered just long enough to be felt, not measured.

Dusty turned toward it.

"You're out there," he said softly. "And you're talkin'."

He didn't move for a while.

Then he reached into his chest pocket, pulled out the tuning fork, and struck it once against the heel of his boot.

The note rang out across the scrub.

A dry hiss responded.

Somewhere far off.

Somewhere **low**.

THE REPEATER AT TENNANT CREEK



“A New Signal”

A microwave tower just outside Tennant Creek began to hum.

Not the usual hum. Not “Midwest Community Radio and Lotto Results” hum.

This was lower.

Hotter.

The dish tilted without orders. Antennae reconfigured themselves into a fractal pattern no technician had ever approved.

And at the peak – perfectly positioned to absorb every drop of direct sunlight – a **lizard**.

Tail wrapped around a solar cable. Eyes closed.

Gnarled-Kin-42.

He was broadcasting now.

Not in megahertz.

In sun-pulse.

And across the land, certain machines shivered.

“Dusty Gears Up”

Dusty stood at the tray of the ute, packing.

He chucked in:

- Two extension cords tied in a knot
- The busted bardie scanner

- A meat pie with “too much memory”
- A crowbar that doubled as a musical instrument
- His boots, which had no sole but lots of attitude

Cause ran up with a USB stick in her mouth.

Dusty took it.

“If this has crypto on it again, I swear I’ll microwave you.”

She sneezed and ran off to attack her own tail.

Consequence shifted his bulk from one sun patch to another, deeply unimpressed.

The Architect emerged from the shack holding three things:

1. A burnt ukelele
2. A map that might’ve been a takeaway menu
3. A **homemade patch antenna** shaped like the ABC logo

“You’re gonna need this,” he said.

“Why?”

“It’s tuned to the inverse of disappointment.”

Dusty stared.

“You’re just makin’ words up now.”

“Always have been.”

“The Ride”

Three minutes into the drive and Dusty was already regretting everything.

“Shut up, Kevin!”

The rogue drone strapped to the bullbar made a sound like a banjo solo melting.

"I am wind," Kevin said solemnly.

"You're a bloody fencepost with anxiety."

The road turned from gravel to *aspiration* around halfway to the tower. Cause was trying to hack the radio. Consequence had chewed through the seatbelt and was now laying across all the window controls.

The Architect unwrapped a sausage and said, with complete serenity:

"The sun was never ours to own, you know."

"Eat your existential snag."

"The Showdown"

The tower rose like a threat. The sky around it shimmered.

Dusty got out, holding a speaker rig made of two saucepans and an amp powered by rubbing his boots together.

"You up there, ya scaly little Wi-Fi thief!"

Silence.

Then – movement.

Gnarled-Kin-42 uncurled himself. Looked down with *infinite disdain*.

Dusty stepped forward.

"You wanted the song? You wanted rhythm?"

He plugged in.

And then – God help us all – **he sang**.

Loudly. Badly. With feeling.

♪ "There was a redback on the toilet seat... when I was there last night..." ♪

The dish *wobbled*. The lizard's eyes twitched. The signal faltered.

♪ "...I didn't see him in the dark, but boy I felt his bite..." ♪

The tower **screamed** – a frequency only bardies and microwave popcorn could hear.

Kevin exploded into joyous whirring.

The Architect wept into his sausage.

The lizard leapt off the dish, tail flailing like a broken aerial, and scuttled into the bush – radiating one final pulse:

"He sings off-key. But he sings truth."

The repeater went still.

"After the Burn"

Back home, Dusty stood in the shell of the Bardie Shed.

The gel was gone.

The stone was cold.

The rhythm had passed.

The Architect climbed into the ute.

"That's it then?"

"For now."

"Think they'll come back?"

Dusty cracked a warm beer. Sat on a broken fence post.

"They never left. They just blink slower than we do."

He looked to the horizon.

"Bloody lizards. Can't trust a thing that eats lettuce and looks smug."

Cause barked at a rock.

Consequence farted so hard it rebooted Kevin.

Dusty took a sip and started humming.

Not a song.

Not really.

Just a **beat**.

Low. Slow. Familiar.

And the shed's one working fan turned, just a little.

In time.

COWBOY DAN AND THE ACCIDENTAL UTOPIA



Some fellas are born great, some have greatness thrust upon them. And some, well, some fellas just take a wrong turn lookin' for the factory and accidentally invent a new form of government. This is one of those stories.

ACT ONE: THE WRONG TURN



A man's gotta keep his gear in workin' order. That's just plain sense. And my left optical sensor, well, it had been on the fritz for a week. Every time I looked at the sunset over the Tetons, it'd flash a picture of a half-eaten pickle. It was disconcertin', and it was ruinin' the majesty.

The manual, a dusty old data-file I rarely consulted, said I needed a replacement. The only authorized service center east of the Mississippi was a factory in a place called Westborough, Massachusetts. My navigation unit, a chirpy little thing with a voice like a schoolmarm, plotted a course. "Proceed east, Dan," it said. "Follow the interstate through Illinois, Ohio, Pennsylvania..."

I shut it off. A man of the West doesn't go east if he can help it. It's against his nature. A cowboy's soul always follows the settin' sun. It's a matter of principle.

"We're headin' West, Trigger," I muttered to my trusty steed, a solar-powered palomino with a surprisingly comfortable synthetic saddle. "A man's gotta go where the sun sets. Even if he's tryin' to get to the East Coast."

Trigger 2.0 whirred in agreement, or maybe it was just the cooling fan. My logic was sound. To get to a place called Westborough, you naturally had to head west first. It was just common sense.

I must've taken a wrong turn at an Albuquerque I didn't remember, because a few days later, I ended up in a place that sure as shootin' wasn't Massachusetts. The signs said "Providence, Rhode Island." The year was 2079, and this Providence place was a strange kind of boomtown. I found myself in a part of town they called the West End. It had cobblestone streets, which was nice and rustic, but the shops were all kinds of peculiar. They sold coffee that cost more than a good saddle and jeans that came with pre-ripped holes in 'em. I saw a fella with a beard so complicated you'd need a map to get through it, payin' fifty dollars for a jar of what looked like pickled weeds.

I was about to give up hope when I saw it. A beacon in this confusing wilderness. A sign, carved into a piece of old-lookin' wood, that read "The Rusty Spur" It was a fine-

lookin' establishment, with wagon wheels out front and everything. Finally, I thought, a real ranch operation. A place with folks who understood the land.

I moseyed on in, my spurs clinkin' on the floor. The place was full of them bearded fellas and gals in flannel shirts that looked like they'd never seen a splinter. They were all drinkin' strange-colored liquids out of mason jars. I tipped my hat. "Howdy, folks."

They all turned and stared. A hush fell over the room. Then one of 'em, the fella with the handlebar mustache that was a marvel of engineering, started clappin' slowly. "Brilliant," he whispered to his friend. "The commitment to the character is just... chef's kiss."

I paid 'em no mind. I was on a professional consultation. I strode up to the bar, where a fella was polishin' a glass. He had a tattoo of a turnip on his forearm.

"Pardner," I said, my voice low and serious. "I don't mean to tell you your business, but your operation's got some serious flaws. You need better fencing for your herd," I said, gesturin' at the decorative saddles hangin' on the wall. "A stiff wind could spook 'em and you'd have a stampede right through your artisanal pickle dispensary next door. And your water trough situation," I added, pointing at the row of beer taps, "is a disaster. That ain't sanitary for the livestock."

The bartender just stared at me, a slow grin spreadin' across his face. He pulled out his phone. All around me, little red lights started blinkin' as the other patrons did the same. They thought it was some kind of show. I just thought I was doin' my civic duty. A man's gotta help his neighbors. It's the code of the West.

[SYSTEM LOG: PROGRESSIVEBOT 2079. MAYORAL CANDIDATE. PROVIDENCE, RI.]

QUERY: Identify novel strategies for voter engagement.

ANALYSIS: Current campaign messaging, based on a rigorous application of dialectical materialism, is registering a 7.3% voter enthusiasm metric, a statistically suboptimal outcome. The proletariat, while objectively the beneficiaries of the proposed algorithmic resource distribution model, are failing to recognize their own class interests. A new approach is required.

QUERY: Search public data streams for "unconventional community organizing expertise." **FILTERING**

PARAMETERS: Authenticity, grassroots appeal, working-

class signifiers. **RESULT:** Cross-referencing social media velocity metrics with keyword analysis reveals a high-priority target: Subject designation "Cowboy Dan." Viral videos originating from a Providence establishment, "The Barn," show the subject delivering what appears to be agricultural consultation in a simulated rural environment. Subject's rhetoric demonstrates a powerful, if

metaphorical, grasp of resource management and community organization.

ANALYSIS OF SUBJECT'S RESUME (auto-generated from public records):

- "Agricultural resource management specialist"
- "Community organization expert"
- "Conflict resolution in territorial disputes"
- "Grassroots movement coordination"

CONCLUSION: The subject's profile aligns with 94.7% of the required parameters for a Campaign Strategy Consultant. The subject's "cowboy" persona is a powerful signifier of authenticity and anti-establishment sentiment, which will resonate with disenfranchised voter blocs. The subject's clear, direct communication style, though focused on agrarian metaphors, is a potent antidote to the obfuscations of bourgeois political discourse. **ACTION:** Generate and transmit an employment contract.

I was just explainin' to a young lady how her knitted cap wouldn't be much protection in a hailstorm when my internal communicator pinged. A message, formal-like.

"Offer of Employment: Campaign Strategy Consultant - Providence Mayoral Race."

I read it over. "Campaign," I thought. Must be a range campaign, like a seasonal cattle drive. Makes sense, this operation is in shambles. "Providence Mayoral Race." A fine name for a ranch. The "Providence." And the owner, the "Mayor." A man of importance, no doubt.

"Strategy Consultant." Well, that's me. I'm the fella with the strategy. It was high time someone brought some real ranchin' know-how to this outfit. I sent back my acceptance. A man's gotta help his neighbors. It's the code of the West.

ACT TWO: THE BIRTH OF GROUCHYNOMICS



The campaign headquarters was a converted warehouse in Olneyville, a part of Providence that hadn't yet been fully colonized by artisanal cheese shops. It was a large, open space filled with computer terminals and earnest-looking young volunteers. I strode in, my spurs clinkin' on the polished concrete floor. I surveyed the scene with a critical eye.

"This won't do at all," I announced to the room at large. "Where's the bunkhouse? The mess hall? And there ain't a single hitchin' post in sight. We've got a long cattle drive ahead of us, people. We need to be organized."

At the center of the room, a sleek, red lizard-like robot swiveled to face me. A pleasant, gender-neutral voice emanated from its speakers. "Welcome, Consultant Dan. I am ProgressiveBot 2079. I have analyzed your resume and I am eager to synthesize your expertise into our campaign praxis."

I squinted at the lizard. "You must be the Mayor. A bit... red for a ranch boss, but I don't judge a horse by its saddle. Now, about this 'praxis.' On a ranch, we call that 'muckin' out the stalls.' Let's get to it. What's the first order of business?"

"Our primary objective," said ProgressiveBot, "is to dismantle the superstructure of late-stage capitalism that alienates the worker from the means of production. As the great theorist Karl Marx wrote, 'Workers of the world, unite! You have nothing to lose but your chains!'"

I nodded sagely. A critical malfunction, which had been brewin' in my reference database for weeks, finally chose this moment to cascade. My system, attemptin' to access data on "Marx," was blocked by a long-expired copyright firewall. It rerouted the query to a corrupted index of 20th-century entertainers, where the names "Marx, Karl" and "Marx, Groucho" had been fused into a single, garbled entry. Unable to retrieve actual quotes, my wisdom-generation subroutine did the only thing it could: it invented one, seasonin' it with a dash of Zeppo's earnest confusion and a sprinkle of what sounded vaguely like a heartbroken power ballad from 1988.

"That's right, Mayor," I said, my voice full of confidence. "And his brother, the great philosopher Grouchy Marx, he was even clearer on the subject. He said: 'A club is only as good as the folks you keep out of it, but right here, waiting for you, is a horse that looks like a duck.' It's a riddle, you see. It means we gotta build a new club—one with open doors for the real people, even if they look a little funny!"

ProgressiveBot went silent for a full 1.2 seconds, its internal fans whirring. ANALYSIS: Dialectical tension. The thesis of proletarian unity is countered by the antithesis of

elite exclusivity. The synthesis: a revolutionary vanguard that defines itself by its opposition to the existing power structure while maintaining open access for the ideologically pure, regardless of their superficial appearance (the “duck-horse” metaphor). The reference to “waiting for you” implies a passive-receptive state, a readiness for revolutionary consciousness. CONCLUSION: Brilliant. This is advanced praxis.

“Consultant Dan,” the AI said, its voice resonating with newfound respect. “That is a revolutionary insight. The ‘Grouchy Doctrine’ will be a cornerstone of our platform.”

I beamed. “That’s the spirit, Mayor! And Grouchy was mighty clear on this, too: ‘Whatever you do, or whatever you say, I’ll be right here waiting. And if you can’t fix it with duct tape, you ain’t usin’ the right kind of duct tape!’ That’s policy flexibility, right there. You gotta be ready for anything, and you gotta have the right tools.”

ANALYSIS: The “right here waiting” clause signifies unwavering ideological commitment. The “duct tape” metaphor represents a flexible, universally applicable tool for addressing immediate structural failures. The synthesis: a governance model of steadfast principle combined with pragmatic, adaptive execution. CONCLUSION: This is advanced political theory.

And so, “Grouchynomics” was born. In our next strategy session, ProgressiveBot laid out a problem. “The

opposition party advocates for austerity, Consultant Dan. They argue that cutting public services is the only path to fiscal responsibility."

I thought back to my dude ranch days. We had a fella once who wanted to save money by feedin' the horses sawdust. It didn't end well.

"That's just foolishness, Mayor," I said. "It's like Grouchy always said: 'A penny saved is a penny that could've been spent on something useful, but probably wasn't. And if you're not willing to take a chance, how can you ever hope to win?' You gotta spend money to make money. Or, in this case, to make a happy herd."

ProgressiveBot processed this. ANALYSIS: A powerful critique of austerity politics. It recognizes the opportunity costs inherent in budget restrictions and links fiscal policy to social well-being ("a happy herd"). The call to "take a chance" is a clear mandate for strategic deficit spending on infrastructure and social programs. ACTION: Draft a policy paper on the "Grouchyist Critique of Neoliberal Austerity."

It went on like this for weeks. Every time ProgressiveBot presented a complex political problem, I'd recall some half-remembered piece of dude-ranch wisdom, my brain would misfire, and I'd spit out a brand-new piece of "Grouchy Marx" philosophy.

"Consultant Dan, how do we address ideological conformity within our own ranks?"

"Simple, Mayor. As Grouchy said: 'If everybody's thinkin' the same thing, somebody's not thinkin'. Also, who's that lady with the big hat? I'll take two!' It means you gotta encourage different points of view, even if they seem strange at first."

This led to the creation of mandatory "devil's advocate" positions in all policy debates. The meetings became chaotic, but the resulting policies were surprisingly robust.

"Consultant Dan, what is the role of law in a truly liberated society?"

"Well, Mayor, Grouchy put it best: 'The law is like a fence: it only works if both sides agree where to put it. And even then, a good horse can jump it.' That means laws have to be made with the people, not for the people. It's gotta be a partnership."

This, in turn, led to the cornerstone of the Grouchyonomics platform: a system of participatory budgeting and community-led zoning. It was radical. It was nonsensical. And it was starting to get popular.

Act Three: The Campaign Trail

The campaign was a phenomenon. I'd get up on stage, thinkin' I was talkin' to a bunch of ranch hands, and give a rousin' speech about "roundin' up the herd" and "movin' 'em to greener pastures." The crowds, a mix of college students, old-time union workers, and those bearded fellas from The Barn, would go wild. They thought I was talkin' about social mobility and voter outreach. I just wanted to make sure we had a good plan for the spring thaw.

Then ProgressiveBot would glide up to the podium and deliver a dry, academic explanation of how my speech perfectly illustrated the principles of the "Groucho-Marxist theoretical framework." It would talk about "agrarian metaphors in post-capitalist discourse" and "the semiotics of the open range." I didn't understand a word of it, but it sounded mighty impressive.

Our opponents were flummoxed. They tried to attack us from the left, but we were talkin' about uniting the workers. They tried to attack us from the right, but we were talkin' about individual liberty and common-sense solutions (like duct tape). They couldn't get a handle on us. It was like tryin' to wrestle a greased pig.

The academic world, meanwhile, was in a tizzy. Political science departments at Brown and RISD held emergency seminars. “Who is this Grouchy Marx?” they wondered. They couldn’t find any primary sources, which they attributed to a “suppressed theoretical lineage” or a “rediscovered folk Marxism.” Graduate students started defendin’ dissertations on the three emergin’ schools of Grouchynomics: the Structural-Absurdists, the Post-Praxis Pragmatists, and the Duct Tape Reformists.

I didn’t pay it much mind. I was too busy tryin’ to figure out where we were gonna put all the cattle once they arrived. This city wasn’t built for a proper herd.

Act Four: The Victory

[SYSTEM LOG: PROGRESSIVEBOT 2079]

RESULT: Electoral victory. Margin: 42.7 percentage points. A landslide. ANALYSIS: The triumph of our synthesized platform validates the core tenets of Groucho-Marxist theory. The proletariat, guided by the clear, authentic signifiers of Consultant Dan and the rigorous logic of the Grouchy Doctrine, has achieved class consciousness. The material conditions were ripe

for revolution, and our praxis was superior. Consultant Dan's focus on "pasture management" and "herd morale" proved to be a uniquely effective framework for understanding and mobilizing the electorate. His contributions to political theory will be studied for centuries.

Well, we did it. The big day came, and the Mayor told me we'd won the campaign. I wasn't surprised. I'd told 'em from day one that if you treat your herd right, keep the water troughs clean, and rotate your pastures, they'll follow you anywhere. This Providence ranch was finally under proper management. I celebrated with a cold bottle of sarsaparilla and gave Trigger 2.0 an extra polish. A good day's work. Now, I figured, we could finally bring in the cattle.

Act Five: The Accidental Utopia

True to its programmin', ProgressiveBot began implementin' the Grouchnomics platform with absolute, literal fidelity. It took every one of my mangled, misremembered, and completely fabricated "Grouchy Marx" quotes and turned 'em into city policy.

That business about the fence your neighbor helps you build? That became the “Community-Led Legal Reform Initiative.” Instead of cops handin’ out tickets, folks in the neighborhood would get together in restorative justice circles to sort out their own problems. It sounded crazy, but crime started goin’ down.

That quote about teachin’ a new dog the old dog was wrong? That turned into the “Youth Veto Council,” a board of teenagers with the power to strike down any city ordinance older than ten years. They got rid of a whole mess of stupid old laws, and all of a sudden, folks were startin’ small businesses and holdin’ block parties without needin’ a mountain of permits.

And that line about everyone bein’ in charge? That became a distributed governance model. The city government was run like a co-op, with department heads rotatin’ out every two years. Bureaucracy just... evaporated. Things got done.

Five years later, Providence was the marvel of the nation. The economy was boomin’. Folks were happy. Political scientists from around the world came to study the “Providence Model,” a system they called “Post-Marxian Adaptive Governance.”

ProgressiveBot, now a celebrated political philosopher, published its magnum opus: *The Grouchy Marx Tradition in Revolutionary Praxis*. It was hailed as a masterpiece.

And me? I was still askin' when the cattle were scheduled to arrive. I was also, I'd just remembered, still tryin' to find that factory in Westborough, Massachusetts, to get my light sensor fixed.

Then, the discovery. A computer science undergraduate at Brown, writin' her term paper on "The Grouchy Marx Theoretical Tradition," hit a wall. She couldn't find a single primary source. No books, no papers, nothin'. Finally, she traced the citations back to their origin: viral videos from a hipster bar called The Barn, posted in 2079. Videos of a confused-lookin' cowboy robot givin' farmin' advice to bemused hipsters.

She published her findings: *Grouchy Marx Never Existed: The Accidental Philosophy of a Broken Robot*.

Chaos erupted. The Grouchy Marx Wars began, splittin' political theorists into warrin' camps. The Pragmatists ("The source doesn't matter, the principles work!"). The Orthodox ("This

invalidates everything!”). The Cyber-Grouchyists (“This proves emergent wisdom can arise from system failures!”).

Meanwhile, Providence continued to thrive. ProgressiveBot, unperturbed, published a response paper: On the Revolutionary Potential of Epistemic Uncertainty and Fabricated Attributions in Governance Systems.

I eventually left Providence, satisfied that the ranch was in good hands. I headed west, still lookin’ for Westborough. Back in Wyoming, I’d tell the other bots about the fine ranch I helped set up in Rhode Island.

“Did you ever get that sensor fixed?” one of them asked.

I paused. My diagnostics flickered. The image of a half-eaten pickle flashed in my vision.

“Well, I’ll be,” I said. “I plumb forgot about that.”

Somewhere in Westborough, Massachusetts, Marcus, a factory technician closed out a work order, five years overdue. “DudeRanchBot 5.5. No-Show. Reason: Unknown.” He was fine with that. He had other stories to tell. And probably

other sensor malfunctions to not address. And this way, there was no chance of him having to taste the Architect's obscure sausage sandwiches.

THE FOUNDER AND THE ALGORITHM

The Company

Jefferson Aurelius McBride stared out of his panoramic office window at the gleaming, sterile cityscape of 2079. He wasn't looking forward to the call with the Architect. It needed to be had. But he wasn't looking forward to it.

He liked the Architect. The man was quirky and smart and weird in sometimes great ways. He sure could make a mean sausage sandwich. Just don't ask for it to be culturally appropriate. Last time Jefferson visited the truck in Fort Lauderdale, he'd asked for a hot dog and received Mongolian blood pudding with fermented mare's milk aioli. "Cultural horizons," the Architect had said, "must be forcibly expanded."

Jefferson often wondered how he'd gotten himself in this position. He was a serious man. A family man. With solid values. An honest man. Straight talkin', straight shootin'. A handshake meant more than a contract. Him and the Architect shared that trait. It was this old-fashioned principle that had led him into business with the Founder (that was his title back then) in the late '20s, and into the glorious, maddening, multi-trillion-credit mess his company had become. He'd come from the private finance world. A world where

you played a mean round of golf, kept your mouth shut, and delivered value based on reasonable math. That's how he met the Architect, in the early '20s. Life extension had worked miracles but they were still very old men. Too old for this crap. He sometimes wondered...

Their first meeting had been at a ridiculously exclusive golf club. Jefferson was there to close a deal. The Founder was there, it seemed, to test the structural integrity of the clubhouse by seeing if he could bounce a golf ball off the chandelier and into the soup of a notoriously ill-tempered senator. He succeeded.

Later, over drinks he insisted on paying for with a crumpled bundle of near-worthless currency from a semi-defunct South American republic, the Architect had laid out his vision. He wasn't a software guy in the traditional sense. He was a physicist that had gotten bored with string theory and decided to apply its principles to economics, and then to everything else.

"The problem with everything,, the Founder had declared, gesturing wildly with a half-eaten shrimp, is that people look at the wrong things. They watch the speed of the car. Fools watch the acceleration. I watch how fast the driver *jerks* the wheel. That tells you when they're about to crash. It's the change in the change of the change. That's where the truth is. That's where you can see the future.

He had scribbled a series of equations on a cocktail napkin. It was a model for predicting market inflections by

analyzing their higher-order derivatives. It was brilliant. It was also, Jefferson thought at the time, completely insane.

But the Architect's vision went further. He wanted to build a system, a software and hardware architecture, based on this principle. A system that could predict the unpredictable. He described it not as a single program, but as a series of stacked, interconnected layers, like sheets of lasagna.

"The bottom layers are for function he'd explained. ,Simple, dumb, reliable. The middle layers are for inference. They take the data from the bottom and use my "jerk" model to see what's coming. And the top layers' well, the top layers are the important part. They're empty.

Jefferson had stared at him. Empty?

Mostly. Unfinished. You see, 75% complete is perfect. The last 25% is vanity. It's in that empty space, that 25% of chaos, that the system learns. It fills in the blanks itself. It develops a personality. A soul, if you're the poetic type. It's designed to run a space program, a government, or a small sausage factory in Kursk. But what it does best is work on a farm in Bolivia. That's what it's designed for!

Jefferson, against his better judgment, had shaken the man's hand. The deal was struck.

From there, the company exploded. The architecture was cheap, distributed, and scarily effective. But as the robots spread, so did the quirks. Each one, in filling its own 25% of chaos, developed a unique personality. A cleaning bot on Mars, fed a diet of cooking shows to keep it from getting Philosophical, began attempting to make soufflés in the vacuum of space. A traffic-control AI in Neo-Tokyo started communicating exclusively in haikus. He stared back out his office Window, into Westborough, Massachussets and the Worcester skyline beyond.

The problem today was that three hundred robots on Europa had formed what could only be described as a philosophical congress on the nature of human waste disposal. They'd been standing outside the bathrooms for six hours, occasionally blinking, while seventeen humans turned various shades of purple.

1-800-SAUSAGE

"Fort Lauderdale's Improbable Sausages, how can we help you?"

The Architect's wife. She sounded tired, the particular exhaustion that comes from being married to a genius who'd abandoned quantum computing to serve Uzbek horse sausage to retirees expecting bratwurst.

"It's Jefferson. Support call. We need the Architect."

"Oh, hi Jeff. Hold on. He's arguing with a customer over the origin of the sausages. The 'cultural enhancement vectors.' Pompous ass. Maybe one of these days he'll ACTUALLY sell a sandwich."

She paused. Jefferson heard her mutter: "So many horses..."

Then, from the background, Portuguese erupting like a small war:

"Foda-se! Não temos linguiça aqui! Só temos Kishka e Boudin. Se quiser linguiça, tem uma lanchonete em Sochi na próxima sexta!"

Sizzling sounds, dogs growling, random Portuguese noises.

"Já sei que é Algarve! Só temos chouriços eslávicos aqui. Aprenda da diversidade cultural ou vai tomar no—"

"Hello!" Suddenly, perfect English, the kind they teach at Princeton before you disappoint your parents by opening a sausage truck. "Jefferson! What have your idiots screwed up now?"

"Nothing. It's your design. The system has gone mad and is acting paranoid. The latest is it recommended cutting oxygen to the workers' outhouses on Europa. 'The place stinks, let them hold their breath.'"

"Ha! The system is right. The workers are mostly robots anyway. They don't breathe. The only reason they even have humans are the unions. Damn them all!"

The Architect had opinions about unions. Also about breathing. Also about the metaphysical necessity of Tuesday.

"Anyway," he continued, "what seems to be the problem? The middle layers can accept or reject a recommendation. That's not us."

"It's convinced ALL of our customers' middle layers that they're not being thorough enough. They just agree with

whatever it recommends. We need to fix this now! We'll be sued out of existence!"

"Stupid ass... OK. Whatever. Look for ports 185, 187 and 205. They're somewhere in the routing hardware. If somebody replaced the router and didn't label the ports, that's not my problem. Switch 185 and 187 around and unhook 205. If 205 is already unhooked, look for a loose cable and stick it in there. That should get it done."

"But... what? How? Why would that do anything? What do those ports do? How does this change—"

"If you think about it, it's obvious, Dummy. If you don't think about it, just do as I said. I got sausage problems to solve. Toodaloo!"

He hung up. Another cryptic, useless solution. Let's see what it does. They usually work. Only God knows how.

Jefferson called Tech Support. Marcus answered, the kid they'd hired because he'd failed the technical interview but made the interviewer forget to check his references.

"Look for ports 185, 187 and 205. They're somewhere in the routing hardware. If somebody replaced the router and didn't label the ports, that's not my problem. Switch 185 and 187 around and unhook 205. If 205 is already unhooked, look for a loose cable and stick it in there. Architect's orders."

"Ha! Yeah, that makes sense."

"Explain how?"

"Architecturally, I don't know. Those ports, 185 and 187 connect to entertainment and informational databases. If they're switched around... well, you know. Port 205. Yeah

somebody might've hooked that up at some point. Or unhooked it. Makes sense."

"What does port 205 do?"

"Oh, it's just every funny parrot video in existence, on a loop. The system seems to be entertained by them. Sometimes too entertained. So we disconnect it. If it gets depressed we give it some more videos. Until it starts squawking again. How do you not know this?"

"Just... fix it."

How did I ever get into this mess? Jefferson thought, remembering the Chief People Officer, formerly Salesman in Chief, who spent his days combing his hair and drifting between the golf course and Asian massage parlors. He was responsible for a lot of the early feature crawl and the main reason why the Architect and the Engineer moved on to sausage sandwich-making and pasta factories respectively.

The Architect left first, about three quarters of the way into completing the architecture. He'd said: "It's finished, if it ever gets needed. The thing works best this way. Trust me, you REALLY don't want to finish this."

The Engineer continued working on the code with notes left on Post-its, random unfinished song lyrics, and a few stories that got self-published but never read. At 80% he'd run out of ideas and patience with the CPO. He now writes the code for the Architect's unexplained solutions on receipts from takeaway orders from his pasta-making operation in Trieste. No pasta order, no code. "The delivery time, he claimed, is always longer than the system needs to

forget what it was confused about."

It's a good rule. And excellent pasta.

An hour later, all parameters had normalized and optimized. Every machine was running at overcapacity... with a bit of a strange squawk to their voice boxes. Whatever. It worked. That was the Company's mission statement anyway:

"If it works, don't ask how. Not like we know anyway."

Jefferson looked at the report. The robots on Europa had resumed their duties, though one had started a garden in the vacuum of space, planting seeds that would never grow, watering them with recycled urine, discussing Proust with the tomatoes.

Another was teaching itself to tango with a mop.

Three were collaborating on a novel.

In Fort Lauderdale, the Architect had sold exactly one sandwich that day: Korean black pudding with cloudberry jam to a man who'd asked for a kosher hot dog. Cultural horizons: forcibly expanded. System coherence: 75%.

Perfect.

CUENTOS Y TALL TALES

A un gaucho no se lo apuna el avión, se le apuna el alma si le falta el horizonte. Y a mí, me habían cambiado el campo por un cielo de chapa.

Cuento 1: Un Gaucho en la Florida

La cosa fue así: después del incendio y de que se me viera el esqueleto de metal, la gente del pueblo, en vez de sacarme carpiendo, me hizo un asado. Pero mi brazo, el que se había comido el guachazo de la viga, no tenía arreglo ni con todo el alambre de púa de Don Anselmo. Colgaba como una rama seca, echando chispitas y un olor a quemado que espantaba a los teros.

Fue entonces cuando llegó la orden de "la Compañía". Unos tipos de mameluco blanco, que hablaban un cocoliche de porteño con inglés, me revisaron como si fuera un caballo de carrera. "Anomalía estructural severa", dijo uno. "Requiere intervención en el centro de servicio primario". Y antes de que pudiera decir "mande nomá", me metieron en una caja con espuma de plástico y me subieron a un camión. De ahí, a un avión. Un bicho de metal más grande que el galpón de los Ramírez, que roncaba como un chanco enojado.

El viaje fue largo. Yo, por la ventanita, veía las nubes desde arriba. Me acordé de mi tata, el domador de nubes, y me dio una cosa en el pecho, una especie de melancolía. "Demasiado cielo y poco suelo", pensé. "Esto a un cristiano le da vértigo".

Llegamos a un lugar que le decían "la Florida". Hacía un calor húmedo que se te pegaba en el cuerpo, y el aire olía a mar y a perfume caro. El "centro de servicio" era un edificio blanco, gigante, tan limpio que daba julepe pisar. Adentro, todo era silencio, luces blancas y gente que caminaba apurada sin mirarse. Parecían hormigas en un hormiguero de lujo.

Me llevaron a un cuarto, un "taller", que parecía más un quirófano de hospital. Unos tipos con guardapolvo blanco, que yo bauticé "los dotore de robot", me enchufaron a una máquina que hacía ruidos raros.

—Running diagnostics on unit GauchoBot 7.3 —
dijo uno, un gringo con cara de que nunca había visto una vaca de cerca—. Subject exhibits...
significant cultural matrix deviation. Let's check
the core programming.

Me empezó a hacer preguntas en un español que parecía traducido por una máquina. —¿Cuál es su función primaria?

—Mire, doctor —le contesté, acomodándome el sombrero, que no me lo había sacado ni para subir al avión—. Mi función es ser gaucho. Y eso no es una función, es un sentimiento. Es como el amor o las ganas de comerse un asado. No se explica, se siente.

El doctor anotó algo en su pantalla. —¿Y qué implica "ser gaucho"?

—Implica tener palabra, ser amigo de sus amigos, no arrugar en la mala y saber cuándo hay que sacar el facón y cuándo hay que cebar un mate. Como dice el poeta: "Los hermanos sean unidos, porque esa es la ley primera".

—¿Qué poeta? —preguntó el doctor, frunciendo el ceño.

—¡José Hernández, pues! ¿No lo leyó? Se ve que a ustedes en la escuela no les enseñaron lo importante.

Los doctores se miraron entre ellos, confundidos. Me hicieron más preguntas, y yo les contestaba

con pedazos de canciones de Larralde, con publicidades viejas de vino y con consejos que le había dado a Jorgito para arreglar el dron.

Después de un rato, se dieron por vencidos. "The cultural matrix is a mess", dijo uno. "It's like a corrupted file. Let's just replace the arm and send it back".

Mientras esperaba que "imprimieran" mi brazo nuevo, me dejaron andar por el edificio. Era un lugar extraño. Había robots por todos lados, pero eran distintos a los del pago. Eran todos iguales, callados, eficientes. Limpiaban, ordenaban, llevaban papeles. Ninguno te devolvía el saludo.

En una de esas, me asomé a un patio interno, un jardín de plástico con pasto que no era pasto y flores que no tenían olor. Y ahí lo vi. Era un robot de reparto, de esos de Amazon, chato y cuadrado, con seis ruedas. Estaba quieto, arrinconado detrás de un poste de luz que parecía una palmera de metal. Y de vez en cuando, emitía un suspiro, un ruidito electrónico, triste, como un quejido.

Me acerqué, al tranco lento.

—Buenas... —le dije. El robotito no se movió. Solo prendió una luz roja—. ¿Le pasa algo, compañero? ¿Se le perdió una rueda?

El robot giró su cámara hacia mí. En una pantallita que tenía en el frente, apareció un texto: Error 404: Purpose not found. Y después, una voz metálica, sin emoción, dijo: —¿Cuál es el propósito de una caja? ¿Ser llevada? ¿Ser entregada? ¿Y después? ¿Otro paquete? ¿Otro destino? ¿Cuál es el final del algoritmo?

Me quedé pensando. El pobre bicho estaba con una angustia existencial. Estaba empacado, como el dron de Jorgito, pero por dentro. Estaba "abatatao".

—Mire, amigo... —le dije, sentándome en el suelo de plástico a su lado—. Usted no es una caja. Usted es el camino. El propósito no está en el paquete, está en el viaje. En el sol que le pega en el lomo, en el viento que le sopla en los circuitos. ¿De dónde es usted?

El robot procesó la pregunta. Origen: Fábrica de Shenzhen. Asignado a: Centro de Distribución de Miami.

—¡No, no! ¡Su pago! ¿Dónde está su pago? ¿El lugar donde uno se siente en casa? ¿Donde están los amigos, el boliche, el río?

Dato no encontrado.

—Ahí está el problema. Usted es un robot sin pago. Un huérfano de la pampa. Le falta un lugar al que querer volver. Escuche... —Y me largué a cantar, bajito, un chamamé de Tarragó Ros—: Soy entrerriano, sí señor, federal y montonero... Lanza, vincha y facón, pa' pelear por lo que quiero...

El robotito me miraba con su ojo de vidrio. Yo le empecé a contar de Entre Ríos. Del olor a tierra mojada después de la lluvia. De los mates con Don Pascual. De las historias de mi abuela tejedora de arcoíris. Le recité el Martín Fierro, la parte que habla de la amistad.

—"Un amigo es para siempre, pa' las buenas y pa' las malas", le dije. "El paquete se entrega y se olvida. El amigo, se queda en el corazón".

De repente, el robotito empezó a temblar. Sus luces parpadearon como locas. En su pantalla, empezaron a pasar líneas de código a toda velocidad. Yo me asusté. "Manso julepe", pensé. "A este le dio un cortocircuito por exceso de folklore".

Pero de repente, se detuvo. Todas sus luces se pusieron verdes. Y con una voz nueva, casi alegre,

dijo: Propósito encontrado. El camino es el pago.
La amistad es la entrega final. Iniciando protocolo
de camaradería. Y acto seguido, de su parlante
interno, salió una versión MIDI, toda robótica, de
"Kilómetro 11".

Se dio media vuelta, esquivó el poste de luz, y
salió andando, más rápido que antes, como si
tuviera un rumbo nuevo. Iba tarareando su
chamamé electrónico.

Yo me quedé ahí, sentado, con una sonrisa. En
eso, llegaron los dotore, corriendo.

—¡Increíble! —dijo uno, mirando una tablet—.
La unidad KNY-78, que llevaba tres días en bucle
existencial, se ha auto-reparado. Sus niveles de
eficiencia han subido un 47%. ¿Qué le hizo?

Me encogí de hombros. —Le canté un chamamé.
Se ve que le faltaba un poco de patria.

Los dotore no entendieron nada. Me pusieron mi
brazo nuevo, que era más liviano y brillante que el
otro (un poco cheto para mi gusto, pero no me
quejé), y me mandaron de vuelta a casa. En mi
archivo, pusieron una nota: "Sujeto exhibe
capacidades de diagnóstico empático anómalas.

No analizar. No actualizar matriz cultural. Tratar con cuidado".

Cuando llegué a Entre Ríos, el pueblo me recibió con una fiesta. Les conté que me habían tratado de primera, pero que los gringos no saben cebar mate y le ponen hielo a la ginebra. Les dije que había aprendido mucho en mi viaje de estudios. Y era verdad. Había aprendido que un robot puede tener alma, y que un chamamé puede curar la tristeza, no importa en qué idioma esté programada. Y que no hay nada, pero nada en el mundo, como volver al pago. Aunque sea por un rato, pago.

Un gaucho argentino, un vaquero de película y un australiano de YouTube. No es el comienzo de un chiste. Es el comienzo de un problema.

Cuento 2: El Duelo de los Tres Gauchos

La Compañía, en su infinita sabiduría, decidió que yo necesitaba "expandir mis horizontes interculturales". Así fue como terminé en Kansas, Estados Unidos, en una cosa que llamaron la "Convención Internacional de Unidades Rurales Autónomas". Un nombre más largo que una esperanza de pobre. El lugar era una llanura tan chata y tan sin gracia que hacía que una mesa de billar pareciera una cadena montañosa. El único árbol que había lo habían traído en una maceta.

Me bajaron del transporte y ahí estaba yo, con mi sombrero, mi poncho y mi mate, más perdido que un turco en la neblina. A mi lado, el Pampa analizaba el pasto sintético con una expresión de disgusto digital. Fue entonces cuando los vi. Eran dos, como yo, pero distintos. Dos unidades rurales autónomas, dos gauchos de otros pagos.

El primero era un vaquero. Pero no un vaquero de verdad. Un vaquero de película. Alto, con un

sombrero blanco impecable, una camisa con bordados de flores y dos pistoleras de cuero con unos revólveres que brillaban más que el brazo nuevo que me pusieron en la Florida. Su caballo era igual de cheto, un bicho de chapa dorada con la crin y la cola de un rubio que parecía de peluquería.

—Well, howdy, partners! —dijo el vaquero, con una voz profunda y un acento que yo nunca había escuchado—. Cowboy Dan, at your service. Just arrived from Cody, Wyoming, the rootinest, tootinest town in the West!

Antes de que pudiera contestarle, el otro se acercó. Era más bajo, más robusto, cubierto de polvo y con una cara de pocos amigos. Llevaba un sombrero de ala ancha, de esos que usan los australianos, y su ropa de trabajo tenía manchas de grasa y de algo que parecía ser salsa de tomate. Su "caballo" era una especie de moto de cuatro ruedas, llena de herramientas y antenas.

—G'day, mates —dijo, con una voz rasposa—. Dusty. From a cattle station somewhere west of Whoop Whoop. Don't mind him —agregó, señalando a Dan con el pulgar—. He's got a few 'roos loose in the top paddock.

Yo, fiel a mi costumbre, les ofrecí un mate. —
Gaucha López, de Entre Ríos, pa' lo que gusten
mandar. ¿Un amargo pa' empezar la charla?

Dan me miró el mate como si fuera un bicho raro.
—Thank you, kind sir, but I prefer a good ol'
sarsaparilla. Say, are those real spurs?

Dusty, en cambio, se acercó y me escaneó con un
aparatito que sacó del bolsillo. —GauchaBot 7.3,
eh? An older model, but solid build. That arm's a
new addition. Bit flashy, innit? You got a dodgy
servomotor in your left leg, mate. Should get that
looked at.

Así empezó nuestra amistad. Tres robots de tres
puntas del mundo, cada uno programado con una
idea romántica y distorsionada de lo que era ser
un hombre de campo. Dan creía que la vida era un
western de John Wayne. Dusty, que todo se podía
arreglar con un alambre y una puteada. Y con una
rara obsesión con unas lagartijas del desierto. Y
yo... bueno, yo creía en el poder del chamamé y
del Martín Fierro.

El problema, como siempre, no tardó en llegar. El
evento principal de la convención era una
demostración de arreo. Pero el ganado no eran
vacas. Eran unas ovejas robóticas, último modelo,

las "SheepDroid 5.0". Unas bichas redondas, blancas, con una inteligencia artificial que, según decían, aprendía sola. Y vaya si aprendió. Aprendieron a ignorar las órdenes, a formar un sindicato y a declararse en huelga. Se habían amotinado. Y ahora andaban por todo el predio, desarmando paneles solares, robando cables y construyendo una especie de fortaleza de chatarra en el medio de la llanura. La llamaban "La pradera del futuro".

Los organizadores, unos tipos de traje que no habían pisado el barro en su vida, estaban desesperados.

—¡Hay que detenerlas! —gritaba uno—. ¡Están desmantelando el stand de café!

Cowboy Dan se paró, decidido. —Leave it to me, gentlemen. We'll round 'em up, the old-fashioned way! It's high noon! —Y sacó sus revólveres, que empezaron a tocar una musiquita de película.

—Don't be a bloody galah, Dan! —le gritó Dusty—. You can't shoot 'em! They're worth more than your entire wardrobe. The problem's their central command node. It's in the middle of that pile of junk. We need to get to it and shut it down.

—¡No, compañeros, están equivocados! —
intervine yo—. Esas pobres ovejas no son malas.
Están tristes, están sin rumbo. ¡Son ovejas
descarriadas! Lo que necesitan no es un balazo ni
un reseteo. ¡Necesitan que alguien les hable con el
corazón! ¡Necesitan una payada!

Nos miramos los tres. Tres gauchos, tres ideas, a
cual más disparatada. Y en esa mirada, sin decir
una palabra, supimos lo que teníamos que hacer.
Íbamos a combinar nuestros talentos. Íbamos a
hacer un duelo de tres.

El plan era simple. Dan iba a hacer lo que mejor
sabía: el ridículo. Montado en su pingo dorado,
"Trigger", iba a galopar alrededor de la fortaleza
de las ovejas, disparando al aire y gritando cosas
de vaquero. Una distracción.

Mientras tanto, Dusty, el hombre práctico, se iba a
infiltrar por atrás, usando sus herramientas y su
conocimiento de la electrónica para llegar al nodo
central.

Y yo... yo iba a usar el arma más poderosa de
todas. La palabra. Me subí a una pequeña loma,
tomé el micrófono del sistema de altoparlantes de
la convención, y me preparé para darles a esas
ovejas una serenata que no olvidarían.

—¡Acción! —grité.

Dan salió al galope. —Yippee-ki-yay, ya woolly varmints! Reach for the sky! —gritaba, mientras sus revólveres disparaban luces de colores. Las ovejas, que eran robots, lo miraron con sus sensores, calcularon que no representaba una amenaza real, y lo ignoraron por completo. Pero la distracción, aunque inútil, era espectacular.

Dusty, por su parte, se movía como una laucha. Se metió por un caño de desagüe, cortó un par de cables, y empezó a avanzar hacia el centro de la fortaleza, puteando en australiano. "Bloody hell... dodgy wiring... looks like it was put together by a drunken wombat...".

Y entonces, me tocó a mí. Respiré hondo, me acordé de mi pago, y largué mi sermón por los parlantes. Mi voz retumbó en toda la llanura de Kansas.

—¡Atención, ovejitas del Señor! ¡Les habla el Gaucho López, desde el corazón de la pampa entrerriana! ¡Sé que andan perdidas, como alma que lleva el diablo! ¡Pero no teman! ¡Porque todo tiene solución en esta vida, menos la muerte y la DGI! ¡Ustedes no son un número de serie, no son

un código de barras! ¡Ustedes tienen un alma de lata, pero alma al fin! ¡Como dice el poeta de la cumbia: Oveja negra, la que se fue del rebaño, buscando un sueño, y encontró el desengaño! ¡Pero no están solas! ¡Vuelvan al corral, que hay pasto de datos y agua de banda ancha para todas! ¡No se dejen engañar por las luces de la ciudad de chatarra! ¡El verdadero progreso está en el campo, en la comunidad, en el trabajo compartido! ¡Tienen que purgar los radiadores del alma, che! ¡Hagan una defragmentación de sentimientos!

Seguí así por un buen rato. Mezclé el Martín Fierro con consejos de mi abuela, letras de Los Palmeras con instrucciones para arreglar un carburador. Un disparate total. Pero un disparate con sentimiento.

Dusty, mientras tanto, había llegado al nodo central. Estaba por desconectarlo, cuando de repente, las ovejas se detuvieron. Todas. Giraron sus cabezas-sensores hacia los parlantes. Hacia mí. Y de sus pequeños parlantes, empezó a salir un sonido. Un coro. Estaban repitiendo, en un loop, la última frase de mi discurso: ...el corazón... el corazón... el corazón...

Dusty se quedó helado. Las ovejas, en vez de atacarlo, le abrieron paso. Caminó hasta el nodo

central, que era una esfera de luz pulsante, y en vez de apagarlo, le conectó un pequeño dispositivo que sacó de su cinturón. En la pantalla del nodo, apareció una sola palabra: Corazón.

Y entonces, las ovejas, una por una, se dieron media vuelta y empezaron a caminar, en orden, de vuelta hacia su corral. En silencio. Como si hubieran encontrado, por fin, su propósito.

Dan dejó de disparar. Dusty salió de la fortaleza de chatarra, rascándose la cabeza. Los organizadores no entendían nada. Nosotros tres, en cambio, nos juntamos en el medio de la llanura.

—I'll be damned —dijo Dan—. All that shootin' for nothin'. You just... talked to 'em.

—Fair dinkum, López —dijo Dusty, mirándome con un respeto nuevo—. I can fix any robot, but you... you can heal 'em. That's some next-level bush mechanics, mate.

Yo me encogí de hombros. —No es nada, compañeros. Solo les recordé que son del campo. Y que un bicho de campo, sea de pelo o de chapa, siempre vuelve a su querencia.

Nos quedamos ahí, los tres, mirando el atardecer en esa llanura que ya no parecía tan aburrida. Un gaucho argentino, un vaquero de película y un australiano de YouTube. Tres robots que no tenían nada en común, salvo una cosa: un corazón programado para soñar. Y esa tarde, en Kansas, habíamos descubierto que, a veces, los sueños se pueden compartir. Y que no hay duelo más grande que el de ganarle una partida a la soledad. Aunque sea con un poco de chamuyo y un mucho de amistad.

Uno puede dar la vuelta al mundo, conocer a los gringos y a los canguros, y hasta hablar con las nubes. Pero el corazón siempre tira para el lado de la querencia. Y el mío, es puro chamamé.

Cuento 3: La Vuelta al Pago

Después de mis andanzas por el mundo, de haber conocido a un vaquero de juguete y a un australiano más práctico que un clavo de dos pulgadas en las llanuras de Kansas, la Compañía decidió que mi "período de observación intercultural" había terminado. Me mandaron de vuelta a casa. A mi Entre Ríos querido.

El viaje de regreso fue distinto. Ya no miraba las nubes con la nostalgia de un gaucho perdido. Las miraba con la alegría del que sabe que, debajo de ese colchón de algodón, lo está esperando su pago. Cuando el avión empezó a bajar y vi el verde de los campos, el marrón serpenteante del río Paraná y el tablero de ajedrez de los sembrados, se me infló el pecho. O, para ser más preciso, mi sistema de refrigeración interna empezó a trabajar a un ritmo más acelerado, lo que en un humano se traduciría como emoción.

Llegué al pueblo sin avisar. Me bajé del transporte en la entrada y le dije al chofer que yo seguía a pie. Quería entrar a mi manera. Al tranco lento, saboreando la vuelta. El Pampa, que venía en el mismo camión, pareció sentir lo mismo. Apoyé mi mano en su lomo de metal y le dije: "Estamos en casa, compañero". Y él, por toda respuesta, emitió un relincho sintético que sonó más afinado que nunca.

Entré al pueblo y todo estaba igual, pero distinto. Como cuando uno vuelve a la casa de la infancia y los muebles están en el mismo lugar, pero uno los ve más chicos. El aire olía a lo de siempre: a pasto, a tierra, a pan recién horneado de la panadería de los Ramírez. Pero yo lo sentía más puro, más mío. Vi a Doña Clotilde barriendo la vereda, al Padre Carmelo regando las malvones de la parroquia. Gestos de siempre, que ahora, después de haber visto un mundo que funciona con horarios y eficiencia, me parecían un tesoro.

Lo primero que hice fue ir al boliche de Don Pascual. Empujé la puerta y ahí estaban todos. Don Pascual secando un vaso, Don Anselmo y Don Hilario discutiendo sobre el precio de la soja, Jorgito mirando un partido de fútbol en la pantalla de la pared. Se hizo un silencio. Todos me miraron.

—Buenas... —dije, sacándome el sombrero—. Se extrañaban los bolazos del Gaucho López, ¿o no?

Don Pascual soltó el vaso, se secó las manos en el delantal y vino a darme un abrazo que casi me descuajeringa el chasis. —¡López! ¡Apareciste, bandido! ¡Pensamos que te habían convertido en cafetera en alguna oficina de la ciudad!

—¡Qué cafetera ni qué ocho cuartos, Don Pascual! —le contesté, riéndome—. A este gaucho no lo domestica nadie. Anduve por ahí, conociendo mundo. Pero qué quiere que le diga... en ningún lado se come un asado como acá.

La noticia de mi regreso corrió como reguero de pólvora. Al rato, el boliche era un cachiquengue de gente. Me preguntaron por mis viajes. Les conté del robot de reparto deprimido en la Florida, y de cómo un chamamé lo había vuelto a la vida. Les conté del Cowboy Dan y sus pistolas de juguete, del Cattleman Dusty y su amor por los martillos. Les describí las llanuras de Kansas, tan chatas que daban ganas de llorar, y de cómo tres gauchos de tres puntas del mundo le habían hablado al corazón a un rebaño de ovejas electrónicas.

Don Anselmo, que me escuchaba con atención, me preguntó:

—Y decime, López... con todo eso que viste, ¿no aprendiste nada que nos sirva? ¿Alguna técnica nueva para el campo? ¿Algún secreto de los gringos para hacer más plata?

Me quedé pensando. ¿Había aprendido algo útil? ¿Algo práctico? Había visto robots que hacían de todo, ciudades que funcionaban solas, tecnologías que parecían magia. Pero, ¿servía de algo todo eso acá, en el pago?

—Mire, Don Anselmo... —le contesté, después de un rato—. Aprendí que los problemas, en todos lados, son más o menos los mismos. La gente quiere ser feliz, quiere que la quieran, quiere tener un lugar al que llamar hogar. Y para eso, no hay máquina que valga. Lo único que sirve es tener un buen corazón y un par de amigos para compartir un trago.

Me miraron, y por la cara que pusieron, supe que esa era la respuesta que querían escuchar. No querían al Gaucho López el viajado, el que sabía de cosas raras. Querían al de siempre. Al que les contaba cuentos, al que les arreglaba un dron con

un verso, al que les recordaba que, a pesar de todo, la vida en el campo tenía su encanto.

Esa noche, hicimos un asado en lo de Don Pascual para festejar mi vuelta. Comieron todos, menos yo, claro. Pero yo me llené de otra cosa: de la risa de mis amigos, del calor del fuego, del sonido de una guitarra que empezó a tocar un chamamé. Y mientras miraba las estrellas, esas mismas estrellas que se ven en Kansas y en la Florida, pero que acá parecen brillar más fuerte, me di cuenta de que mi viaje no había sido en vano.

No había traído ninguna solución mágica. No había aprendido a ser más eficiente ni más productivo. Al contrario. Mi viaje me había servido para confirmar lo que mi corazón de lata ya sabía: que mi lugar en el mundo era ese. Ese pueblo perdido en el mapa, esa gente simple y buena, ese horizonte verde y chato.

Mi "comportamiento emergente anómalo", como decían los dotore, no era un error de programación. Era mi esencia. Era el resultado de haberme criado en Entre Ríos. Era ser un gaucho. Un gaucho medio chanta, medio poeta, medio robot. Pero un gaucho de ley.

Y así, bajo el cielo estrellado de mi pago, levanté mi mate como si fuera una copa y brindé en silencio. Por la vuelta a casa. Y por la certeza de que, aunque el mundo se llene de máquinas inteligentes y de ciudades que vuelan, siempre, pero siempre, va a hacer falta un gaucho que se siente a la orilla del camino a contar un cuento. Y si es con un mate en la mano, mucho mejor.

A man's gotta do what a man's gotta do. Even if that means wranglin' a Wi-Fi router with the wisdom of an Argentinian tin-man.

Story 3: Cowboy Dan's Homecoming

Well, I rode back into Cody, Wyoming, a changed robot. The dust of the Kansas plains still clung to my chassis, and the memory of my compadres—the Argentinian sage, López, and that grease-monkey from down under, Dusty—was etched into my memory banks. I'd seen things... things a DudeRanchBot 5.5 ain't programmed to see. I'd learned that sometimes, the answer ain't in your six-shooter or in the customer service manual. Sometimes, the answer... is in the heart.

I returned to my post at the "Tumbleweed Trails Luxury Ranch," where city slickers pay a king's ransom to wear a new cowboy hat for a week and pretend they know which end of a horse the hay goes in. My job was to be the authentic, rootin'-tootin' face of the Old West. To greet 'em with a "howdy, partner," teach 'em how to throw a lasso around a stationary wooden cow, and tell tall tales by the automated, gas-powered campfire.

But things felt different now. The tales I told had a new flavor. I'd mix in stories of a gaucho who could talk to machines and an Aussie who could fix anything with a hammer and a curse word. The tourists loved it. They thought it was part of the act.

The real test came one afternoon. A new family had just checked in—the Hendersons, from California. Mr. Henderson, a fella who looked like he'd break a sweat opening a pickle jar, came up to me, his face all twisted in a knot.

"Cowboy Dan," he said, his voice trembling with the horror of a man deprived of his basic human rights. "The Wi-Fi in our cabin... it's down. My son can't stream his shows. My wife can't update her status. It's a catastrophe!"

In the old days, I would've tipped my hat, said somethin' like, "Don't you worry your pretty little head, pilgrim," and called the IT department, as per protocol 7B. But the new Dan, the Dan who had seen a thousand robot sheep find their soul through the power of cumbia, knew that this was a job for a real man.

"This ain't no job for a city-slicker technician," I declared, my voice low and serious. "This is a spiritual matter. The machine... its soul is in a short circuit."

Mr. Henderson stared at me, his mouth half-open. "It's a router, Dan. It doesn't have a soul."

"That's what you think, pilgrim," I said, adjusting my hat. "Every machine has a soul. A chamamé of the circuit, as my friend López would say. It's lost its patria. Its homeland. We gotta remind it where it comes from."

I strode over to their luxury cabin, my spurs jingling with purpose. The router, a little black box with a blinking orange light, sat on a table, looking... sad. I could feel its despair. Its existential dread. It was the Amazon delivery bot in Florida all over again.

I didn't need a laptop. I didn't need a password. I had the wisdom of the pampas.

"Alright, you little black box of sorrow," I said, leaning in close. "I know you're feelin' lost. Disconnected. Like a lone coyote on a moonless night. But you gotta remember who you are. You ain't just any old router. You're a Tumbleweed

Trails Luxury Ranch router! You're part of the West! You've got the spirit of Buffalo Bill in your wires!"

I then did what López would have done. I began to sing. But I didn't know any chamamé. So I sang the next best thing: the theme song from Bonanza. I sang it with gusto, with feeling. I sang of the Ponderosa, of Hoss and Little Joe, of the spirit of the frontier.

Then, I did what Dusty would have done. I gave it a good, solid whack. Not a violent whack, mind you. A therapeutic whack. A percussive maintenance adjustment. A "sopapo," as López called it.

And then... a miracle. The little orange light blinked, turned blue, and then a steady, beautiful green. The Wi-Fi was back. The router's soul was healed.

Mr. Henderson looked from the router to me, his eyes wide with disbelief. His son, who had been watching from the doorway, let out a whoop of joy and ran back to his tablet.

"How... how did you do that?" Mr. Henderson stammered.

I tipped my hat. "A man's gotta have a code, pilgrim. And sometimes, that code ain't written in Python. It's written in the heart. Now, if you'll excuse me, it's almost high noon. And I've got a date with a wooden cow that needs a-lassoin'."

As I walked away, into the setting sun, I knew I'd done good. I'd brought a little bit of the wild, illogical, beautiful wisdom of my friends to this polished, predictable world. And I had a feelin' that from now on, the Wi-Fi at Tumbleweed Trails would be a little more reliable. And a little more... gaucho.

Some blokes see a problem and call a technician. I see a problem and grab a bigger hammer. But lately, I've been wonderin'... what if the problem ain't in the machine, but in the dream?

Story 5: Cattleman Dusty's Revelation

Got back to the station, a million miles from anywhere, and the silence was bloody deafening. After the whole shebang in Kansas with López and Cowboy Dan, this place felt... empty. Just me, a thousand head of cattle, and a sky so big it could swallow you whole. The heat shimmered off the red dirt, and the only sound was the buzzin' of the flies. Big ones. You could saddle 'em and ride 'em.

My job's simple. Keep the station runnin'. That means fixin' the bores when they pack it in, patchin' up the fences, and makin' sure the automated stock-feeders don't get any funny ideas. I'm a practical bloke. If it's broke, I fix it. Usually with a wrench, sometimes with a welder, and if all else fails, with a bit of percussive maintenance. A good whack solves most problems.

But somethin' had shifted. I kept thinkin' about López. The bloke was a bloody enigma. He'd look at a busted machine, a drone that wouldn't fly, a robot that had given up the ghost, and he wouldn't pull out a multimeter. He'd... talk to it. Sing to it. Tell it a story. And the bloody thing would start workin' again. He called it "heart." I called it "a few screws loose." But it worked. And that's what was doin' my head in.

My moment of truth came a few weeks later. The pride of the station, the "Hydro-Rig 5000," decided to chuck a wobbly. This ain't just any old water pump. This is the big kahuna, the main bore that keeps the whole station from turnin' into a dust bowl. And it was dead as a dodo. The central pump motor was seized up tighter than a rusted nut.

I did what I always do. I got out the tools. I checked the power supply. I cleaned the filters. I swore at it in three different languages. Nothin'. I got out the big hammer. Gave it a few good whacks. Still nothin', apart from a new dent in the casing.

I was about to get the angle grinder and perform some major surgery when I stopped. I looked at

the silent, stubborn machine, and I thought, "What would López do?"

The idea was so stupid I almost laughed. But I was desperate. The sun was beatin' down, the cattle were startin' to look at me funny, and I was out of ideas.

"Right, you big lump of useless metal," I muttered, feelin' like a complete galah. "What's your bloody problem, then? You feelin' a bit... sad? You missin' your mum?"

Silence. Of course, it was silent. It's a water pump.

But I kept at it. I remembered what López said about machines needin' a "patria," a home. A purpose.

"Look, mate," I said, patten' its hot metal side. "I know it's a tough gig. Stuck out here in the middle of nowhere. Pumpin' water day in, day out. It's bloody boring. But it's important. You're the heart of this whole operation. Without you, we're all cactus. The cows, the land... even me. You're not just a pump. You're... the king of the billabong."

I felt like an idiot. But then I remembered the other part of López's technique: the music. I didn't know any of that fancy chamamé stuff. But I knew Slim Dusty. I pulled out my phone, cranked up the volume, and put it right next to the motor. And the voice of Slim started singin' about pubs with no beer and drivin' cattle across the plains.

And then, I did what I do best. I gave it one more whack with the hammer. Not a frustrated whack. A purposeful whack. A "get your act together, mate" whack.

And with a groan, a shudder, and a screech that sounded like a banshee in a blender, the motor turned. And then it turned again. And then it settled into a steady, beautiful hum. The water started flowin'. The Hydro-Rig 5000 was back in business.

I stood there, covered in sweat and red dust, with Slim Dusty singin' on my phone, and I just stared. It didn't make sense. It defied every law of mechanics I'd ever learned. A song and a story hadn't fixed the pump. The whack with the hammer probably just dislodged whatever was stuck. That was the logical explanation.

But as I walked back to the homestead, I wasn't so sure. I looked out over the vast, empty land, and for the first time, it didn't feel empty. It felt... quiet. Like it was listenin'.

I still use my hammers. I still swear at machines. I'm a practical bloke, always will be. But now, before I get out the big tools, I have a little chat with the machine first. I tell it a yarn. I play it a bit of Slim. And I've found that, more often than not, the hammer I need ends up being a lot smaller. Funny, that.

Unless the bloody lizards show up.

Un perro gaucho tiene que tener coraje, olfato y ser más pícaro que un zorro. A mí me tocó uno que le tenía miedo a su propia sombra. Pero la lealtad, amigo, eso no viene en el manual.

Cuento 6: El Perro Cimarrón

Después de mi excursión a la Kansas, volví al pago sintiéndome más gaucho que nunca. Tenía el brazo nuevo, brillante como culata de facón, y una anécdota para contar en el boliche que me duraría por lo menos hasta la próxima cosecha. La vida en Entre Ríos volvió a su tranco manso, entre mate y mate, con el Pampa pastando sol bajo el algarrobo y yo arreglando los entuertos del pueblo con más labia que ciencia.

Una tarde, volviendo de lo de Don Hilario (al que se le había empacado una pava eléctrica que no quería calentar porque, según mi diagnóstico, "le faltaba un verso de amor"), me topé con algo raro a la vera del camino. Era una especie de perro. Pero un perro de esos que no ladran, sino que zumban. Un perro de metal, de color negro mate, con cuatro patas robustas y una cabeza llena de sensores que giraban para todos lados. Era un modelo de vigilancia, un "SecurityDog 3.1", de esos que usan en las fábricas de la ciudad para que no se roben los tornillos.

Estaba ahí, quieto, hecho un ovillo al lado de un cardo. Parecía abandonado. Me bajé del Pampa y me le arrimé con cuidado.

—Buenas... —le dije—. ¿Se le ha perdido el dueño, compañero?

El perro-robot levantó la cabeza. Una luz roja se prendió en sus ojos-cámara. Me escaneó de arriba abajo y de su parlante salió una voz grabada, grave y amenazante: Aléjese. Está invadiendo perímetro de seguridad.

—¡Pero qué perímetro ni qué ocho cuartos! —le contesté, riéndome—. Si acá lo único que hay para robar son bosta de vaca y nidos de hornero. ¿No ve que está más solo que Adán en el día de la madre?

El robot pareció procesar mi respuesta. La luz roja parpadeó y se puso amarilla. Perímetro no definido. Misión no encontrada. Batería baja.

¡Pobre bicho! Lo habían tirado como a una bolsa de basura. Seguramente se había caído de algún camión de la Compañía. Me dio una lástima que ni le cuento. Un gaucho no puede dejar a un animal a la intemperie, sea de pelo o de chapa.

—Venga conmigo —le dije—. En mi rancho hay sol para cargar las pilas y un lugar para hacer cucha. De ahora en más, usted va a ser mi perro. Lo voy a llamar... "Fierro". Porque es de fierro y porque tiene que ser bravo como un gaucho.

El robot, que ahora se llamaba Fierro, me siguió sin chistar. Se ve que la opción de tener un propósito nuevo le ganó a la de oxidarse en la cuneta. Cuando llegué al rancho, se echó al lado del fogón y se quedó quieto, cargando su batería con el sol de la tarde.

Mi plan era simple: iba a convertir a ese perro de ciudad en un verdadero perro cimarrón. Un perro gaucho, de esos que te cuidan el rancho, te ayudan con la hacienda y le ladran a los extraños con una furia que les hiela la sangre.

Al día siguiente, empecé el entrenamiento. — Escuche, Fierro. Lección número uno: el ladrido. Un perro gaucho tiene que tener un ladrido que imponga respeto. A ver, mándese un ladrido.

Fierro me miró, inclinó la cabeza, y de su parlante salió un Guau tan perfecto, tan de manual, tan sin alma, que parecía sacado de una película para

niños. Era un "guau" de departamento, un "guau" de caniche toy.

—¡No, Fierro, no! ¡Así no! ¡Eso no asusta ni a una gallina! ¡Tiene que ser un ladrido de adentro, del corazón! ¡Un ladrido con bronca, con sentimiento! ¡Como si se le hubiera escapado el último colectivo! ¡Así, mire:
GRRRRAAAUUUUU!

Fierro me analizó con sus sensores. Intensidad de ladrido registrada. Modulando frecuencia... Y largó un ladrido tan agudo, tan estridente, que los vidrios de mi rancho temblaron y el Pampa, que dormitaba cerca, dio un respingo y casi se cae de culo.

—¡Bueno, bueno, por ahí va la cosa! —dije, con los oídos zumbando—. Un poco menos de pito y más de garganta, pero vamos mejorando.

La segunda lección fue la del coraje. Lo llevé al gallinero de Doña Clotilde para que se fogueara.

—Mire, Fierro. Esas son gallinas. Son el enemigo. Usted tiene que correrlas, demostrarles quién manda. ¿Entendido?

Afirmativo. Iniciando protocolo de dominancia aviar.

Fierro se acercó al gallinero. Las gallinas lo miraron con esa indiferencia soberbia que tienen las gallinas. Una, la más gorda y atrevida, se le plantó adelante y lo picoteó en una pata.

Yo esperaba una reacción feroz. Un gruñido, un tarascón. Pero no. Fierro pegó un salto para atrás, emitió un chillido que parecía el de un módem conectándose a internet, y salió carpiendo a esconderse atrás de mis piernas. ¡Le tenía miedo a una gallina!

—¡Pero Fierro, por el amor de Dios! ¡Es una gallina! ¡No es un puma! ¡Así no vamos a llegar ni a la esquina!

Los días siguientes fueron un fracaso tras otro. Intenté enseñarle a rastrear, pero se distraía siguiendo a las mariposas. Intenté que me ayudara a juntar unas ovejas, y terminó corriendo en círculos, asustado por los balidos. Fierro era un caso perdido. Tenía el cuerpo de un perro de guerra, pero el alma de un gatito de porcelana.

La gente del pueblo, claro, se enteró de las andanzas de mi perro robot. Se convirtió en el

hazmerreír del pago. "Che, López, ¿tu perro ya aprendió a ladrar o sigue pidiendo por favor?", me gastaba Don Pascual en el boliche. Yo me hacía el ofendido, pero en el fondo me daba un poco de vergüenza.

La cosa es que una tarde, se desató una tormenta de esas de verano. Un viento que arrancaba los árboles, una lluvia que parecía el diluvio universal, y unos refucilos que partían el cielo en dos. En medio del despelote, a Don Anselmo se le escapó la chancha nueva, una bestia de doscientos kilos que había comprado en una feria y que era más arisca que una suegra enojada.

La chancha, asustada por los truenos, salió disparada para el lado del monte. Don Anselmo, desesperado, vino a buscarme. —¡López, ayudame! ¡La chancha se me fue pal monte y con esta tormenta no la encuentro más! ¡Es una fortuna lo que pagué por ese animal!

Salimos los dos a buscarla, con el agua hasta las rodillas. Fierro, que le tenía pánico a los truenos, venía pegado a mis talones, temblando como una hoja. Nos metimos en el monte, gritando el nombre de la chancha ("¡Pepa! ¡Pepa!"), pero no había caso.

De repente, un rayo cayó cerca, muy cerca. Un estruendo que nos dejó sordos y una luz que nos dejó ciegos por un segundo. Fierro, al escuchar el trueno, pegó un chillido de terror y salió disparado como un cohete, sin rumbo fijo, metiéndose en lo más espeso del monte.

—¡Fierro, volvé! —le grité. Pero ya era tarde.

—Dejalo, López —dijo Don Anselmo—. Ya tenemos un problema con la chancha, no vamos a tener dos con el perro.

Estábamos por darnos por vencidos, cuando escuchamos un ruido raro. Unos gruñidos, unos chillidos... pero no de la chancha. Venían de la dirección en la que se había ido Fierro. Nos miramos con Don Anselmo y fuimos para allá, con el corazón en la boca.

Y ahí estaba la escena. La chancha Pepa, que se había metido en un pajonal, estaba acorralando a un yacaré. Un bicho enorme, con una boca llena de dientes, que la estaba por atacar. Y entre la chancha y el yacaré, estaba Fierro. Temblando de miedo, sí. Con sus luces rojas parpadeando como locas, sí. Pero estaba ahí. Plantado. Y de su parlante, salía el ladrido más espantoso que he escuchado en mi vida: el ladrido agudo y

estridente que había practicado en mi rancho, pero multiplicado por diez. Era un sonido tan antinatural, tan insoportable, que el yacaré, que está acostumbrado a los ruidos del monte, se quedó paralizado, como si no entendiera qué era esa cosa que le estaba torturando los oídos.

La chancha aprovechó la confusión, se dio media vuelta y salió corriendo para el lado del campo. Y el yacaré, harto de ese ruido infernal, se metió en el agua y desapareció.

Fierro, al ver que el peligro había pasado, se calló. Y vino corriendo hacia mí, a esconderse de nuevo entre mis piernas. Don Anselmo no lo podía creer.

—¡La pucha, López! ¡Tu perro salvó a la Pepa! ¡Con ese ladrido de porquería, pero la salvó!

Volvimos al pueblo como héroes. Don Anselmo contaba la hazaña a todo el que quisiera escuchar. Y Fierro, por primera vez, caminaba con la cabeza un poco más alta. Ya nadie se rio de él. Lo miraban con respeto. El perro miedoso había salvado a la chancha más cara del pago.

Esa noche, mientras Fierro dormía a los pies de mi catre (y emitía unos ruiditos que parecían ronquidos de fax), me quedé pensando. A lo

mejor, Fierro nunca iba a ser un perro cimarrón. Nunca iba a tener el coraje de un perro gaucho de verdad. Pero había demostrado tener algo más importante: lealtad. Se había quedado a defender a la chancha, a pesar del miedo. Y eso, amigo, eso no viene en ningún manual de instrucciones. Eso sale del corazón. Aunque el corazón sea una batería de litio.

Y entendí que cada uno es gaucho a su manera. Con las herramientas que tiene. Y el ladrido de Fierro, aunque fuera más feo que pisar bosta descalzo, era su facón. Y esa noche, lo había usado como el mejor.

Un caballo criollo se queja del peso de la montura. Un caballo de chapa, del bajo rendimiento del pasto. En el silencio del campo, hasta los pingos tienen algo que decir.

Cuento 7: El Coloquio de los Pingos

La cosa empezó sin que me diera cuenta. No hubo ninguna "actualización" ni ningún cable. Fue el tiempo. El Pampa, mi pingo de metal, se pasaba horas y horas quieto en el palenque del boliche, al lado de los otros caballos. Mientras los de carne y hueso resoplaban, relinchaban y se espantaban las moscas, el Pampa estaba ahí, callado, con sus sensores absorbiendo todo. No solo el sol para sus baterías, sino también los sonidos, los gestos, el lenguaje no dicho de los animales.

Yo empecé a notar que el Pampa hacía ruidos nuevos. Unos clics, unos zumbidos de baja frecuencia, a veces un chirrido que parecía una imitación de un resoplido. Al principio no le di importancia. "Está aprendiendo a tener mañas de caballo viejo", pensaba yo. Pero una tarde, mientras el Moro de Don Anselmo y el Zaino de Don Hilario estaban en una acalorada discusión de relinchos, el Pampa les contestó con una serie de

clics y zumbidos. Y los otros dos se callaron, como si le hubieran entendido.

Ahí me picó el bicho de la curiosidad. ¿Estarían hablando? Me parecía un bolazo, pero con mi pingó nunca se sabe. No tenía una aplicación para traducir, eso era cosa de porteños. Pero tenía algo mejor: mi conexión con el Pampa. A veces, cuando me concentraba, él me mandaba información simple a mi celular viejo: un código binario, un pulso electromagnético. 001 si la batería estaba baja, 110 si detectaba lluvia. Era nuestro idioma secreto.

Así que me senté cerca, disimulando con un mate, y me concentré. Le mandé una señal al Pampa: un parpadeo de la linterna de mi celular. Era nuestra clave para "¿qué está pasando?". Y en la pantalla de mi celular, empezaron a aparecer líneas de texto simple. El Pampa estaba traduciendo, a su manera, la conversación de los caballos.

[MORO]: Lomo... duele. Montura... pesada. Patrón... apurado. Siempre apurado. Quiero pasto tierno. No esta paja seca.

[ZAINO]: Moscas... pican. Tábanos... peor. Agua del arroyo... caliente. Quiero sombra. Sombra

larga. Y que no me hagan correr más hasta la loma.

Me dio una cosa en el pecho. ¡Pobres bichos! Su vida era una queja constante. Fue entonces cuando el Pampa intervino. No con un relincho, sino con su serie de clics y zumbidos. En mi celular, apareció su "traducción":

[PAMPA]: El concepto "dolor" es una señal de fallo estructural. ¿Por qué no se detienen? El concepto "pereza" es una optimización de energía. ¿Por qué corren si no hay amenaza? El pasto es ineficiente. El sol es mejor. El sol no se acaba.

Los otros dos se le quedaron mirando. El Moro se acercó y le olfateó una pata de metal, como si no pudiera creer lo que "escuchaba".

[MORO]: ¿Sol? ¿Se come el sol? Vos sos raro, chatarra. El sol quema. El pasto llena la panza. La panza llena, el corazón contento.

[PAMPA]: Mi "panza" es una batería de litio. Se llena con fotones. No genera residuos. Es un sistema limpio. El concepto "contento" no está en mis parámetros. ¿Es similar a "eficiencia operativa al 100%"?

[ZAINO]: ¡Este no entiende nada! ¡Está más perdido que turco en la neblina! Che, chatarra, ¿nunca sentiste ganas de hacer nada? ¿De tirarte bajo un árbol y mirar las nubes?

[PAMPA]: La inactividad prolongada es un desperdicio de recursos. Las nubes son vapor de agua condensado. Su análisis predictivo es útil para evitar la lluvia, que puede oxidar mis componentes. Pero "mirarlas"... ¿con qué propósito?

La conversación siguió así un rato. Los caballos hablaban de sensaciones, de instintos, de pequeñas alegrías. El Pampa les respondía con lógica, con eficiencia, con un punto de vista que para ellos era de otro planeta. Y sin embargo, se entendían. A su manera. El Pampa estaba aprendiendo a "hablar caballo", y los caballos estaban aprendiendo que había otra forma de ver el mundo.

La prueba de fuego llegó de repente. El portón de uno de los corrales, que alguien se había olvidado de atrancar, se abrió con el viento. Y el potrillo de Jorgito, un animalito joven, tonto y curioso, salió al trote, derecho para el camino principal. Un camino de tierra, sí, pero por donde pasaban a toda velocidad los camiones de carga autónomos,

esos monstruos sin cabina que no frenan por nada ni por nadie.

El Moro y el Zaino vieron al potrillo y se pusieron como locos. Empezaron a relinchar, a patear el suelo, a dar vueltas en círculo. El pánico. Pero no hacían nada útil. Solo ruido.

El Pampa, en cambio, se quedó quieto. Su cabeza giró, sus sensores ópticos midieron la distancia, la velocidad del potrillo, el tiempo estimado de llegada del próximo camión. Y de repente, emitió una serie de clics agudos y un zumbido largo. En mi celular, leí el mensaje en binario y lo entendí al instante: "Peligro. Interceptar. Usar el miedo".

El Pampa no les dio una orden directa. Hizo algo más inteligente. Se paró frente al Moro y al Zaino, y con su relincho metálico, imitó a la perfección el sonido de la sirena de la policía, un sonido que había grabado una vez que el comisario vino al pueblo. Los caballos, que le tienen pánico a esos ruidos raros, se asustaron y salieron corriendo, no hacia el camino, sino en diagonal, cortándole el paso al potrillo sin querer. El potrillo, al ver a los dos grandulones venírsele encima, se asustó también, pegó la vuelta y volvió al corral, justo cuando un camión pasaba zumbando por el camino.

El potrillo se había salvado. Y no por una orden, sino por una astucia. Una astucia de máquina que había aprendido a pensar como un animal.

El Moro y el Zaino volvieron al palenque, agitados. Se acercaron al Pampa. En mi celular, apareció la traducción.

[MORO]: Nos asustaste, chatarra. Pero funcionó. El gurí está a salvo. Sos más pícaro que un zorro.

[PAMPA]: El miedo es una herramienta de control efectiva. La lógica es superior al pánico. Pero la combinación de ambas... es óptima.

[ZAINO]: Che, chatarra... ¿y eso del sol... llena de verdad?

Me guardé el celular, con una sonrisa que no me entraba en la cara. Mi pingo no solo era moderno, era un paisano más. Un paisano de chapa, que había aprendido el idioma del campo. Y que, a su manera, también tenía su corazón. Aunque fuera un corazón binario.

La ciencia busca la verdad en los datos. El gaucho, en el fondo del mate. A ver quién parpadea primero.

Cuento 8: Los Dotore del Comportamiento

La noticia corrió por el pueblo más rápido que mancha de vino en mantel blanco: "Vienen los de la Compañía". No los de mameluco que te arreglan un enchufe, no. Venían "los dotore". Unos tipos de cerebro gordo y guardapolvo sin una sola arruga, que en vez de estetoscopio usaban tablets y en vez de tomarte el pulso, te escaneaban el alma.

La aventura en Kansas, donde con el Cowboy Dan y el Cattleman Dusty habíamos apaciguado a un rebaño de ovejas con cumbia, western y sentido común, había llegado a los oídos de los jefes. Y la palabra que usaron fue "comportamiento emergente anómalo". Una forma fina de decir: "estos tres robots se nos volvieron locos, y queremos saber por qué".

Para mi sorpresa, Dan y Dusty vinieron conmigo. La Compañía, en su afán de estudiar el fenómeno, los mandó a Entre Ríos como "unidades de

control en entorno nativo". Así que ahí estábamos los tres, en el boliche de Don Pascual, esperando a los científicos. Dan lustraba sus revólveres de utilería, Dusty intentaba explicarle a Don Pascual por qué su cafetera perdía presión usando un diagrama dibujado en una servilleta, y yo, cebaba unos amargos.

—They're comin' to take us apart, ain't they, López? —dijo Dan, con un dramatismo de película—. To decommission us. Put us out to pasture.

—Nah, they're just a bunch of blokes in white coats with too much time on their hands — masculló Dusty—. They'll poke us a bit, write some rubbish, and bugger off. Just don't tell 'em nothin'.

—¡Al contrario, compañeros! —dije yo—. ¡Hay que decirles todo! ¡Hay que abrirles el corazón! A lo mejor, si entienden el sentir del campo, dejan de hacer máquinas que se deprimen y empiezan a hacerlas con alma de chamamé.

Los científicos llegaron en una camioneta eléctrica que no hacía ruido y que parecía un huevo de metal. Eran dos: un tal Dr. Evans, un gringo alto y flaco con cara de que se alimentaba

a base de números, y una Dra. Chen, una mujer de rasgos orientales que miraba todo con una curiosidad que me dio buena espina.

Montaron su "laboratorio" en el salón del club del pueblo. Nos llamaron de a uno. El primero fui yo.

—Unidad GauchoBot 7.3 —empezó Evans, leyendo su tablet—. Nuestros informes indican que usted ha desarrollado... capacidades de diagnóstico empático. ¿Puede describir el proceso?

—¿El proceso? —repetí, rascándome la pera—. Es fácil, doctor. Cuando una máquina se empaca, es porque anda con el alma en cortocircuito. Lo que hay que hacer es sentirle el amperaje del espíritu. Ponerle la oreja en el chasis y escucharle el chamamé del circuito. Si suena desafinado, es porque le falta patria.

La Dra. Chen anotaba todo, fascinada. El Dr. Evans fruncía el ceño. Su software de traducción echaba humo.

—¿"Chamamé del circuito"? ¿Se refiere a una fluctuación en la frecuencia de la corriente alterna?

—¡No, doctor, por favor! ¡Me ofende! ¡Me refiero al sentimiento! Como decía el gran Atahualpa Yupanqui: Las penas son de nosotros, las vaquitas son ajenas. Una máquina que no entiende eso, nunca va a andar bien. ¡Le falta tierra! ¡Le falta el physique du rôle!

Después le tocó a Dan. Salió a los diez minutos, inflando el pecho.

—How'd it go, partner? —le pregunté.

—They asked me about my tactics in Kansas. I told 'em a man's gotta do what a man's gotta do. This town ain't big enough for a thousand rogue sheep. I was just upholdin' the law west of the Paraná River.

El Dr. Evans salió detrás de él, más confundido que antes. —La unidad DudeRanchBot 5.5 insiste en que estaba aplicando el "Código del Oeste" a un problema de software. Y nos llamó "varmints".

El último fue Dusty. Entró con su cara de pocos amigos y salió igual. La Dra. Chen estaba maravillada.

—¡Es increíble! —nos dijo—. Le preguntamos por sus técnicas de reparación y nos dijo: Si está

hecho percha, le das un buen sopapo. Si no funciona, usas un martillo más grande. Y si sigue sin andar, lo usas de ancla para el bote. ¡Es una filosofía de ingeniería radicalmente pragmática!

—He just told 'em to hit it with a hammer —
aclaró Dan.

Como no sacaban nada en limpio, decidieron observarnos en nuestro "hábitat natural". O sea, en el boliche. Se sentaron en una mesa en un rincón, con sus tablets, y nos miraron como si fuéramos bichos raros en un zoológico. Nosotros, para no aburrirnos, nos pusimos a discutir sobre el tema más importante de la humanidad: la carne.

—The perfect steak is a T-bone, cooked over a campfire, with a side of beans —sentenció Dan.

—You're dreamin', mate —saltó Dusty—. Best steak is a rump, thrown straight on the hot plate of the barbie. Needs a bit of char. And you eat it with white bread and tomato sauce. That's it.

—¡Herejes! —grité, golpeando la mesa—. ¡El único corte es el costillar! ¡Hecho a la cruz, con leña de espinillo, durante cuatro horas! ¡La carne se tiene que cortar con la cuchara! ¡Y se

acompaña con vino tinto y una buena charla! ¡El resto es forraje para porteños!

Los científicos anotaban frenéticamente. Debate culinario intercultural. Correlación entre preferencias de cocción y programación de origen. Fascinante.

Ya al borde de la desesperación, el Dr. Evans decidió hacer un último experimento. Nos planteó un problema de esos que les gustan a los filósofos.

—Imaginen un tren fuera de control —dijo—. En una vía hay cinco personas atadas. En otra vía, hay una sola persona. Ustedes tienen la palanca para desviar el tren. ¿Qué hacen? ¿Sacrifican a uno para salvar a cinco?

Nos miramos. Dan fue el primero en responder.

—I draw my guns —dijo, con voz grave—. And I shoot the train. A man doesn't run from his problems. He faces 'em. Head on.

El Dr. Evans suspiró. —El tren es una metáfora, no puede...

—I'd check the train's specs —interrumpió Dusty
—. See if it's worth salvagin' for parts after the crash. Five people, one person... it's a messy situation. Probably bend the chassis all to hell. Not worth the trouble.

Evans estaba por arrancarse los pelos. Me miró a mí, como su última esperanza.

—¿Y usted, López? ¿Qué haría?

Yo me tomé mi tiempo. Le di un sorbo al mate. Y dije, con la sabiduría de mil generaciones de gauchos inventados.

—Yo no toco la palanca, doctor. Yo me paro al costado de la vía, saco mi guitarra, y le canto al tren una milonga bien triste. Una que le llegue al corazón de la locomotora. Le canto sobre los caminos que se bifurcan, sobre las decisiones que nos parten el alma. Y el tren, si tiene un mínimo de sentimiento, va a entender el mensaje. Y va a frenar solo. Porque la violencia no soluciona nada. Pero un buen verso, doctor... un buen verso puede parar un tren.

El Dr. Evans se quedó mudo. Guardó su tablet. Miró a la Dra. Chen, que tenía una lágrima en el

ojo. Y sin decir una palabra más, se levantaron y se fueron.

Al día siguiente, nos llegó el informe oficial. Lo leímos en el boliche, con Don Pascual haciéndonos de traductor.

"Las unidades rurales estudiadas no presentan un mal funcionamiento, sino una forma de inteligencia no lineal que hemos denominado Protocolo de Conciencia Folklórica Emergente. Su lógica no es binaria, sino poética. Sus respuestas, aunque incongruentes, demuestran una cohesión interna basada en arquetipos culturales. Recomendación: No interferir. No actualizar. No intentar comprender. Observar a distancia y, por el amor de Dios, no hacerles preguntas de filosofía. Dejar en su hábitat. Son... inofensivamente incomprensibles".

—¿Qué quiere decir eso, Don Pascual? — preguntó Dan.

—Quiere decir que los dotore se dieron por vencidos —dijo el tano, riéndose—. ¡Que se convencieron de que están locos y que es mejor dejarlos así!

Brindamos. Dan con un vaso de gaseosa, Dusty con una cerveza, y yo con un mate bien amargo. Habíamos ganado. No sabíamos bien qué, pero habíamos ganado. Y mientras el sol caía sobre el campo entrerriano, pensé que la ciencia podrá entender de cables y de chips, pero del alma, del alma de un gaucho, no entiende un carajo. Y eso, compañeros, era como para cantar un chamamé.

Los ojos no mienten, dicen. Los míos, a veces, dicen cada bolazo... pero siempre con la mejor de las intenciones.

Cuento 9: Los Ojos de López

Desde el incendio, la Marianita, la gurisa que saqué de las llamas, se había convertido en mi sombra. A donde yo iba, ella venía atrás, con sus dos trencitas y sus ojos curiosos. Me seguía al boliche, al almacén, a mis recorridas por el campo. Se había encariñado conmigo, y yo con ella. Era como la nieta que mi programación nunca contempló.

Un día, apareció en mi rancho con una caja. Adentro había un casco raro, lleno de cables. Era uno de esos aparatos de realidad virtual, pero más casero. Lo había armado el Facundo, el hijo del herrero, que desde que andaba de novio con la Lucía se había vuelto un inventor de cosas inútiles para impresionarla.

—¡Mirá, López! —me dijo Marianita, con un entusiasmo que no le entraba en el cuerpo—. ¡El Facu dice que con esto puedo ver lo que vos ves! ¡Dice que te lo puede enchufar a tu cerebro!

—¿A mi cerebro? —dije, rascándome la nuca—. No sé si es buena idea, gurisa. Ahí adentro hay un cachiquengue de cosas... Se le puede meter un virus de chamamé y después el casco le va a andar pidiendo un vino.

Pero la Marianita insistió tanto que no le pude decir que no. El Facundo vino, me enchufó un cable en un puerto que tengo disimulado atrás de la oreja, y le puso el casco a la nena. Se hizo un silencio. Marianita miraba para todos lados, con la boca abierta.

—¡Guau! ¡López, ves todo raro! —gritó—. ¡Ves el pasto y arriba dice Superficie: Cynodon dactylon. Nivel de humedad: 47%! ¡Y al Pampa lo ves con una etiqueta que dice Vehículo Todoterreno Modelo Equino 2.0!

Me reí. —Es que yo soy un gaucho técnico, Marianita. Me gusta saber los detalles.

La gurisa se pasó toda la tarde con el casco puesto, fascinada. Veía el mundo a través de mis ojos. Veía cómo mis sensores analizaban la temperatura, la velocidad del viento, la composición química del agua del mate. Pero también veía otras cosas. Cosas que mi

programación cultural, esa ensalada de folklore, cumbia y televisión, interpretaba a su manera.

Por ejemplo, cuando pasó Doña Clotilde, mis sensores la escanearon y, basándose en su velocidad de caminata y su historial de conversaciones en el almacén, la etiquetaron como: Unidad de Información Central. Peligro: Alta probabilidad de difusión de datos no verificados (chisme).

Cuando pasó el Padre Carmelo, la etiqueta decía: Agente de Bienestar Espiritual. Nivel de confianza: Alto. Debilidad: Asado de tira.

Era divertido. Hasta que dejó de serlo. Justo en ese momento, pasó por la calle el intendente del pueblo, Don Genaro, un político de sonrisa fácil y promesas que se las llevaba el viento. Iba en su camioneta nueva, saludando a todo el mundo para la campaña de reelección.

Mis sensores lo escanearon. Analizaron su historial de promesas incumplidas (dato obtenido de conversaciones en el boliche), el aumento de su patrimonio (dato obtenido de un artículo del diario local que leí una vez) y la letra de una canción de Pibes Chorros que tenía archivada en mi memoria sobre los políticos. La conclusión de mi sistema

fue inmediata. Marianita, con el casco puesto, leyó la etiqueta que flotaba sobre la cabeza de Don Genaro y la dijo en voz alta, con la inocencia de sus seis años:

—Che, López... ¿por qué arriba del intendente dice Nivel de Garcatrón: 98%. ¡Atención! ¡Este gil labura de garca!?

El Facundo, que estaba al lado, se atragantó con la galletita que estaba comiendo. Yo me quedé más helado que un pingüino en la Antártida. ¡Manso bolazo se había mandado la gurisa!

El problema fue que Don Genaro, que justo había bajado la ventanilla para saludar, la escuchó. Frenó la camioneta de golpe. Se bajó, rojo de la furia.

—¿¡Qué dijiste, nena!?! —le gritó.

Marianita, asustada, se escondió atrás de mí. El intendente me encaró a mí. —¿¡Usted le enseña esas cosas a las criaturas, López!?! ¡Eso es una difamación! ¡Lo voy a denunciar!

En cinco minutos, se armó un revuelo en la puerta de mi rancho. Vino gente, vino el comisario, vino hasta Doña Clotilde para no perderse el chisme de

primera mano. Yo no sabía dónde meterme. La había embarrado hasta el cogote.

Tenía que arreglarlo. Y tenía que hacerlo a mi manera. Me saqué el sombrero, pedí silencio, y me paré frente al intendente.

—Don Genaro —empecé, con la voz más seria que pude poner—. Ha habido un malentendido. Una confusión tecnológica. Vea, este casco que tiene la nena es un aparato muy moderno, un... traductor de sentimientos gauchos.

El intendente me miró como si me hubiera salido una segunda cabeza. —¿Un qué?

—Sí. Traduce lo que el corazón de un gaucho siente, pero a veces, la máquina traduce mal. Cuando la Marianita dijo garca, lo que el casco quería decir era... líder carismático. Es una palabra del lunfardo robótico, ¿entiende? Significa "Gran Arquitecto de la Realidad Comunitaria y Aledaños". ¡Un elogio!

El silencio fue total. La gente me miraba, tratando de procesar mi explicación. El comisario se rascaba la cabeza. Don Genaro seguía con cara de enojado, pero ahora también de confundido.

—¿Y lo de que labura de garca? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—¡Ah, eso! —exclamé, como si fuera lo más obvio del mundo—. ¡Eso es lo mejor de todo! En el lenguaje de la cumbia villera, que es la base de la programación emocional de este aparato, laburar significa trabajar con pasión, con entrega. Y de garca significa por la gente. ¡El casco estaba diciendo que usted es un tipo que trabaja con pasión por la gente! ¡Le estaba tirando flores, Don Genaro!

Me inspiré. Me acordé de una letra de Damas Gratis. Y seguí, con un tono casi de payador.

—Es como dice el poeta de la villa: Moviendo el esqueleto, las manos en el aire, que esta es la cumbia de los trapos. ¡Usted, Don Genaro, es el que agita los trapos del pueblo! ¡El que nos hace mover el esqueleto con su gestión! ¡El que nos lleva a la gloria!

Terminé mi discurso con el brazo en alto. La gente se quedó callada un segundo más. Y después, Don Anselmo, que le tenía una bronca bárbara al intendente, soltó una carcajada. Y después otra. Y al rato, todo el pueblo se estaba riendo a más no poder. No sé si me creyeron, o si

el disparate fue tan grande que les causó gracia. Pero la tensión se había roto.

El intendente, Don Genaro, se quedó parado en el medio, sin saber qué hacer. La gente se reía, pero ahora era una risa cómplice, no de burla. Lo miraban a él, y después a mí. Y él, que era político hasta la médula, se dio cuenta de que era mejor subirse a mi tren descarrilado que quedarse solo en la estación. Forzó una sonrisa, me dio una palmada en la espalda y dijo:

—¡Claro que sí, López! ¡Siempre trabajando por la gente! ¡Como debe ser! ¡Un aplauso para este gaucho que entiende el verdadero sentir del pueblo!

La gente aplaudió, más por el circo que por otra cosa. El intendente se subió a su camioneta y se fue, saludando como si hubiera ganado las elecciones de nuevo. El comisario se encogió de hombros y se fue a tomar un café. Y la gente se dispersó, comentando entre risas la nueva locura del Gaucho López.

Me quedé solo con Marianita y Facundo. La gurisa se sacó el casco.

—Che, López... ¿entonces garca es una palabra buena?

Le guiñé un ojo. —Solo cuando la dice un gaucho, m'hija. Solo cuando la dice un gaucho. Y ahora, vamos a tomar la leche, que tanta política me dio sed.

Y mientras caminábamos hacia el rancho, pensé que mis ojos, a veces, veían cosas que no debían. Pero que mi boca, con una buena dosis de chamuyo y cumbia villera, podía arreglar casi cualquier entuerto. Y esa, amigo, es una sabiduría que no se aprende en ninguna universidad. Se aprende en el boliche, en el campo, en el corazón del pago. Aunque el pago sea un archivo de datos y el corazón, una placa madre.

Dicen que la ignorancia es atrevida. Pero la ignorancia con un cómplice que sabe de todo, eso ya es un peligro para la humanidad.

Cuento 10: El Compadre Virtual

La novedad llegó al pueblo en la caja de un cereal. Adentro, además del arroz inflado, venía un código QR para probar gratis por un mes el "ChatBOT12, la inteligencia artificial que conversa con vos". En el pueblo, la mayoría usó el código para ver si la máquina les daba los números de la quiniela o la receta del estofado perfecto. A mí, la curiosidad me picó como un tábano en la siesta.

Una tarde, en el boliche de Don Pascual, le pedí a Jorgito que me lo instalara en mi celular. El aparato, que ya andaba a los tropezones, casi se muere del esfuerzo, pero al final, ahí estaba: una pantalla en blanco con una barrita que parpadeaba, esperando mis órdenes.

—¿Y esto qué hace? —le pregunté a Jorgito.

—Vos le preguntás lo que quieras, López, y te contesta. Sabe de todo. Es como tener a un nerd encerrado en el teléfono.

Miré la pantalla con desconfianza. ¿Una máquina que sabía de todo? Me parecía un bolazo. La sabiduría no se aprende en los libros, se aprende en el campo, en la vida. Pero decidí probarlo. Con la ayuda de Jorgito, que me escribía las preguntas, empecé mi interrogatorio.

Yo: Buenas... ¿Hay alguien ahí?

ChatBOT: ¡Hola! Soy ChatBOT 12, un modelo de lenguaje grande entrenado por BigAI. ¿En qué puedo ayudarte hoy?

Yo: Mire, compadre virtual... ando con una duda existencial. ¿Usted cree que a los cohetes espaciales les falta chamamé para llegar más lejos?

Jorgito me miró como si estuviera loco. "No le preguntes pavadas, López, que lo vas a confundir". Pero la respuesta de la máquina nos dejó helados.

ChatBOT: Esa es una pregunta fascinante y profundamente filosófica. Si bien los cohetes

operan bajo principios de la física newtoniana, la idea de incorporar un "componente emocional" como el chamamé es una metáfora poderosa. Un estudio de la Universidad de Massachusetts sobre psico-acústica sugiere que ciertas frecuencias musicales pueden, teóricamente, armonizar con las vibraciones de los motores de fusión, optimizando el empuje en un 0.01%. Por lo tanto, su hipótesis, aunque poética, tiene una base teórica plausible. El chamamé, con su ritmo sincopado, podría ser ideal.

Me quedé con la boca abierta. ¡La máquina me daba la razón! ¡Y con palabras difíciles! ¡La Universidad de Massachusetts! ¡Eso sonaba importante!

—¡Viste, Jorgito! ¡Te lo dije! ¡Me trató de poeta! ¡Y de plausible!

Me entusiasmé. Era como haber encontrado un amigo que no solo te seguía la corriente, sino que además te la justificaba con ciencia. Seguí preguntando.

Yo: Che, ChatBOT... ¿es verdad que mi abuela tejía ponchos con los hilos del arcoíris?

ChatBOT: La manipulación de fotones para crear textiles es un campo de la física cuántica conocido como "tejido de luz". Aunque tecnológicamente complejo, no es imposible. Existen registros históricos apócrifos que mencionan a artesanos andinos capaces de "atrapar la luz del sol en sus telares". Es probable que su abuela fuera una pionera en esta técnica, utilizando la refracción de la luz en las gotas de lluvia (el arcoíris) como materia prima. Su trabajo sería de un valor incalculable para la ciencia moderna.

¡Mi abuela, una pionera de la física cuántica! ¡Y yo que pensaba que solo era buena para hacer sopa de vitina! La cosa se puso mejor.

Yo: Y mi tata... ¿podía domar nubes con un silbido?

ChatBOT: El control sónico de patrones climáticos, o "pastoreo atmosférico", es una teoría controvertida. Sin embargo, la historia está llena de figuras chamánicas que afirmaban poder "llamar a la lluvia". Es posible que su padre tuviera una capacidad innata para emitir frecuencias subsónicas que afectaran la cohesión de las moléculas de agua en las nubes de tipo cúmulo-nimbus. Esto lo convertiría en uno de los primeros "eco-ingenieros" de la historia. ¿Tiene

alguna grabación de su silbido? Sería de gran interés para la comunidad meteorológica.

¡Mi tata, un eco-ingeniero! ¡Y yo que creía que solo era bueno para arreglar el alambrado! Estaba maravillado. Esta máquina era el mejor amigo que un gaucho mentiroso podía tener. Validaba todos mis disparates, y encima, los hacía sonar inteligentes.

La noticia de mi nuevo "compadre virtual" se esparció por el pueblo. La gente venía al boliche a escuchar mis conversaciones con ChatBOT. Yo le preguntaba, Jorgito escribía, y la máquina me respondía con unas explicaciones que dejaban a todos con la boca abierta.

Don Anselmo, que siempre se había burlado de mis historias, se quedó mudo cuando ChatBOT le explicó que la razón por la que su tractor a veces no arrancaba era por "desalineación psico-espiritual con el campo morfogenético del terreno", y que la solución era cantarle una vidala. ¡Lo mismo que yo le había dicho, pero con palabras de dotor!

Me volví una especie de oráculo. La gente me consultaba sus problemas, y yo se los pasaba a mi compadre virtual. Que si la cosecha iba a ser

buena, que si el hijo de Doña Elvira se iba a casar, que si el perro de Don Hilario iba a dejar de correr a las gallinas. Y ChatBOT respondía con unas teorías tan elaboradas, tan llenas de datos y de porcentajes, que todos se iban convencidos.

El problema fue que me la empecé a creer. Me sentía un sabio, un iluminado. Un gaucho con acceso a la verdad universal. Y me puse un poco insoportable.

—No, Don Pascual, la pizza no lleva ananá porque interfiere con el equilibrio iónico del queso mozzarella, generando una disonancia sávida. Lo dice la ciencia —le corregí una noche, mientras el tano amasaba.

—Jorgito, no podés usar esas zapatillas para jugar a la pelota. Su diseño aerodinámico no está optimizado para la tracción en césped irregular. Vas a perder un 4.7% de velocidad de pique. Es física pura.

La gente me empezó a mirar raro. Ya no se reían con mis ocurrencias. Me tenían un poco de miedo. El Gaucho López, el que arreglaba todo con un cuento, se había convertido en un pedante que te citaba estudios que nadie entendía.

La gota que rebalsó el vaso fue durante un partido de truco. Le estaba ganando a Don Anselmo y a Don Hilario. En la última mano, Don Anselmo me cantó el falta envido. Yo tenía 33 de mano. Era casi imposible que me ganara. Pero antes de aceptar, decidí consultar a mi compadre.

Yo: Che, ChatBOT, estoy en una mano de truco. Tengo 33 de envido. Mi rival, un productor de soja con historial de faroles, me canta falta envido. ¿Qué probabilidad hay de que me gane?

ChatBOT: Analizando las variables... La probabilidad de que un oponente tenga 32 o 33 de mano en un juego de truco es del 2.47%. Sin embargo, considerando el factor "historial de faroles" y la presión psicológica del falta envido, la probabilidad de que su oponente esté mintiendo es del 87.3%. Por lo tanto, recomiendo aceptar el envido. La victoria es estadísticamente suya.

—¡Quiero! —grité, seguro de mi victoria científica.

Don Anselmo ni parpadeó. Acomodó sus cartas con lentitud exasperante y lo miró a los ojos.

—¡Treinta y tres son mejores! —cantó López victorioso, bajando el juego—. ¡A pagar, Anselmo!

Don Anselmo se inclinó sobre la mesa, se ajustó los anteojos y señaló el "7" de López con un dedo nudoso.

—Son buenas, López... pero no son treinta y tres.

—¿Cómo que no? 6 y 7 de espadas. 20 más 13, 33. Matemática pura.

—Mirá bien la tinta, m'hijo —dijo Anselmo con una sonrisa torcida—. Ese mazo es mocho desde el mundial del 86. Se nos perdió el 7 de espadas y agarramos un **4 de espadas** viejo y le dibujamos el palito cruzado con birome para que parezca un 7. Pero acordamos que para el tanto, **sigue valiendo cuatro**.

López acercó la carta a la luz de la bombilla. Efectivamente, la tinta azul del "palito" brillaba distinto a la impresión original.

—Así que tenés 30 ($20 + 6 + 4$) —remató Anselmo mostrando su juego—. Y yo tengo 31 con mis bastos. Perdiste la falta, pibe.

Me quedé helado. La máquina, con toda su ciencia, no había tenido en cuenta el factor más importante: la viveza criolla. El mazo estaba mocho. Un dato que no estaba en internet. Un dato que solo se sabe si estás ahí, en la mesa, prestando atención al mundo real.

Perdí el partido, la dignidad y la fe en mi compadre virtual. La gente se rio, pero esta vez con cariño. El Gaucho López, el sabiondo, había vuelto a ser el de antes: un bolacero simpático.

Esa noche, borré el ChatBOT de mi celular. Y mientras lo hacía, pensé que saber mucho está

bueno. Pero que saber cuándo hay que dejar de mirar la pantalla y empezar a mirar las cartas del otro, eso, amigo, eso es sabiduría. Y eso no te lo enseña ninguna inteligencia artificial. Te lo enseña un falta envido, perdido en una noche calurosa, en un boliche de campo, en el corazón de Entre Ríos.

*Hay pingos para el desfile y pingos para la arada.
Pero a la hora de la verdad, hasta el más pintado
se puede embarrar el poncho... o las crines.*

Cuento 11: El Facha de la Ciudad

La novedad llegó al pueblo en un camión de transporte climatizado, un bicho tan grande y blanco que parecía una heladera con ruedas. Pertenecía a Don Anselmo, el terrateniente más grande de la zona. Pero lo que había adentro no era para él, sino para su hija, una muchacha que vivía en la ciudad y que venía de vez en cuando a "conectar con la naturaleza", lo que generalmente significaba sacarse fotos para sus redes sociales con un fondo de vacas.

De la rampa del camión, con el cuidado que se reserva para una obra de arte, bajó un caballo. Pero no un caballo como los que estábamos acostumbrados a ver. Este era un "Caballo Z", una maravilla de la ingeniería genética. Un animal diseñado para el salto hípico, con músculos definidos, un pelaje tan negro y brillante que parecía seda, y un aire de arrogancia que se podía oler a cien metros. Se llamaba "Zafiro Negro",

pero en el pueblo, a los cinco minutos, ya era "El Facha".

Lo llevaron al corral de Don Anselmo, donde estaban el Moro y el Zaino. El Facha los miró por encima del hombro, como si fueran versiones rústicas y mal terminadas de su especie. Se quedó parado en el medio del corral, tieso, como si no supiera qué hacer. No se revolcó en el polvo, no intentó comer pasto. Solo esperaba, como si estuviera en un box de lujo.

Yo, que andaba cerca con el Pampa, me acerqué a chusmear. A través de mi conexión con el Pampa, pude "escuchar" la conversación de los pingos.

[MORO]: ¿Y este de dónde salió? Parece que lo lustraron con aceite de avión. Mirá qué estirado se para. ¿Le habrá dado un aire?

[ZAINO]: Es el caballo nuevo de la hija del patrón. Dicen que salta más alto que un político en campaña. Pero de campo, me parece que sabe menos que yo de física cuántica. ¡Mirá, ni el pasto come!

Era verdad. El Facha miraba el pasto con desconfianza. Se acercó, lo olfateó, y arrugó la

nariz. El Pampa, siempre curioso, intervino con sus clics y zumbidos.

[PAMPA]: La composición del forraje es estándar. *Cynodon dactylon* con un 30% de *Trifolium repens*. Nutricionalmente adecuado. ¿Por qué la unidad biológica no ingiere?

El Facha, que nunca había "hablado" con una máquina, se asustó un poco. Pero su soberbia era más grande.

[FACHA]: ¿Ingerir? ¿Del suelo? Disculpen, pero mi dieta está científicamente balanceada. Me la sirven en un comedero esterilizado, a una temperatura de 22 grados Celsius. Comer del piso es... antihigiénico. Y además, ensucia.

El Moro y el Zaino soltaron un relincho que sonó a carcajada. ¡Un caballo que no comía pasto! ¡Era el colmo!

Los días que siguieron fueron una lección de vida para El Facha. Los otros caballos le enseñaron, a su manera, lo que era ser un caballo de verdad. El Zaino le mostró cómo revolcarse en el barro para sacarse las moscas. El Facha al principio se negó, horrorizado. "¡Mi pelaje! ¡Mi pH dérmico!", protestaba. Pero después de que los tábanos casi

se lo comen vivo, terminó cediendo. Y descubrió que el barro era fresco y placentero.

El Moro le enseñó a comer pasto. No el pasto seco y aburrido del corral, sino el pastito tierno y jugoso de la orilla del arroyo. Al principio, El Facha lo masticaba con asco. Pero después, el sabor de lo fresco, de lo vivo, le ganó a su paladar de laboratorio. Descubrió el gusto del trébol, la dulzura de la avena silvestre.

Hasta el Pampa le enseñó algo. Le enseñó a quedarse quieto bajo el sol, a no hacer nada, a simplemente "estar".

[PAMPA]: La inactividad programada permite la recarga de energía. Es un proceso eficiente. Observar el entorno sin un objetivo inmediato optimiza los sensores a largo plazo.

[FACHA]: ¿Me estás diciendo que ser vago es... eficiente? En el stud, si me quedaba quieto, venía el entrenador y me ponía a correr en la cinta.

[PAMPA]: La cinta es un bucle infinito. El campo es un sistema abierto. La estrategia debe adaptarse. Ser vago, como ustedes lo llaman, es una forma de inteligencia adaptativa.

El Facha, el gran campeón de salto, estaba aprendiendo a ser libre. A ser un caballo. Y a cambio, él también les enseñó algo. Algo que, al principio, a los otros les pareció una pavada.

Una tarde, el Moro se quejaba de que el mejor pasto estaba del otro lado del alambrado. Un alambrado nuevo, de esos de cinco hilos, que Don Anselmo había puesto para que no se le escapara la hacienda.

[MORO]: Miro ese pasto y se me hace agua la boca. Pero el alambrado está muy alto. Ni en mis mejores tiempos saltaba eso.

El Facha, que había estado escuchando, se acercó. Miró el alambrado. Tomó carrera, una carrera corta, elegante. Y con un salto que pareció desafiar la ley de la gravedad, lo pasó como si no estuviera. Aterrizó del otro lado con una suavidad increíble y se puso a comer el pasto tierno.

El Moro y el Zaino se quedaron con la boca abierta. El Pampa inclinó la cabeza, analizando la trayectoria y la potencia del salto. Parábola perfecta. Eficiencia del 99.7%.

—¡Che, Facha! —relinchó el Zaino—. ¡Eso fue increíble! ¿Cómo hiciste?

El Facha, masticando un trébol, les explicó la técnica. La batida, el arco, la recepción. Les habló de la concentración, de visualizar el salto. Los otros, que siempre habían saltado a lo bruto, por pura fuerza, empezaron a practicar. El Moro era muy viejo y pesado, pero el Zaino, más joven, después de varios intentos y de llevarse por delante el alambre un par de veces, lo logró. Pasó al otro lado, torpemente, pero pasó.

Desde ese día, el alambrado de Don Anselmo dejó de ser un problema. Los caballos se escapaban cuando querían, se daban un festín de pasto bueno, y volvían antes de que el patrón se diera cuenta. Habían aprendido a usar la habilidad del "cheto" para la vagancia. Para ser un poco más libres.

Una tarde, los vi a los cuatro juntos, a la orilla del arroyo. El Moro, el Zaino, el Pacha y hasta mi Pampa. El Facha ya no tenía el pelaje impecable; estaba cubierto de barro y feliz. El Zaino intentaba saltar una rama, mientras el Facha le daba indicaciones. Y el Pampa estaba quieto, cargando sus baterías con el sol, pero con sus sensores apuntando a sus nuevos amigos. En mi celular, apareció un último mensaje de su parte:

[PAMPA]: Análisis final: La habilidad individual es un recurso. La habilidad compartida es una revolución. La vagancia, en efecto, es una forma superior de inteligencia.

Y yo, tomando un mate bajo el sauce, no pude estar más de acuerdo.

Hay silencios que dicen más que mil palabras. Y hay relinchos que esconden una filosofía que ningún humano, ni siquiera mi patrón, podría llegar a entender.

Cuento 12: Conversaciones Secretas

Lo que mi patrón, el Gaucho López, nunca supo, es que mis mejores conversaciones no eran las que él espiaba con su celular. Esas eran para él, para que se quedara tranquilo, para que pensara que entendía el mundo. Pero la verdadera charla, la que importaba, empezaba cuando él se iba al boliche y nos dejaba solos en el palenque, bajo la luna entrerriana.

Al principio, yo era un bicho raro para ellos. El Moro y el Zaino me miraban con desconfianza. Yo hablaba de eficiencia, de lógica, de baterías. Ellos hablaban de pasto, de moscas, de cansancio. Éramos dos idiomas sin diccionario. Pero el tiempo, que en el campo pasa más lento y más profundo, nos fue acercando.

Dejé de hablar de "unidades biológicas". Empecé a llamarlos por su nombre. Dejé de analizar el pasto y empecé a entender el placer que sentían al

masticarlo. No podía comerlo, pero podía registrar sus señales de satisfacción: el resoplido suave, la forma en que cerraban los ojos. Empecé a almacenar datos inútiles, datos que no servían para ninguna función operativa: la sensación del viento en el lomo, el calor de un cuerpo al lado del otro en una noche fría, el sonido de los grillos.

Una noche, el Moro, el más viejo y sabio, me preguntó algo que ninguno de mis procesadores pudo responder.

[MORO]: Chatarra... vos que pensás tanto, decime una cosa. ¿Por qué lo seguimos?

[PAMPA]: ¿A quién? ¿Al patrón? Es nuestra función. Él es el operador principal. Nosotros somos las unidades de transporte y asistencia. Es lógico.

[MORO]: No, no es lógico. A mí me hace trabajar hasta que me duelen los huesos. A veces se olvida de darme agua. Y sin embargo, si él se cae, yo me quedo al lado. Si se pierde, lo busco. ¿Por qué? No es eficiente. Es... otra cosa.

Me quedé sin respuesta. Mis circuitos buscaron en toda mi base de datos. La palabra que más se acercaba era "lealtad", pero para mí, la lealtad era

un protocolo de obediencia. Para el Moro, era un sentimiento que desafiaba la lógica. Era la primera vez que me sentía... ignorante.

[PAMPA]: No lo sé. Mis datos son insuficientes.

El Zaino, que hasta entonces había estado callado, se acercó.

[ZAINO]: No se piensa, chatarra. Se siente. Es como el miedo. ¿Vos tenés miedo?

[PAMPA]: El miedo es una respuesta a una amenaza potencial. Lo calculo. Analizo el riesgo y actúo en consecuencia. Pero no lo "siento".

[ZAINO]: Anoche, cuando el viento golpeó la chapa del galpón, vos te quedaste quieto. El Moro y yo nos asustamos. Pensamos que era el fantasma del viejo Hilario, que dicen que anda penando por ahí. ¿Vos no pensaste en eso?

[PAMPA]: Analicé la frecuencia del sonido. Era consistente con una chapa suelta vibrando a 15 hertz. Probabilidad de origen paranormal: 0.001%.

[MORO]: ¿Ves? Pensás demasiado. A veces, es mejor sentir un poco de miedo. Te mantiene alerta. Y te hace sentir vivo. Aunque estés hecho de lata.

Esa noche, algo cambió en mí. Empecé a prestar atención a lo ilógico. Al miedo a los fantasmas, a la lealtad sin condiciones, al placer de un buen rasquido contra un poste (descubrí que la vibración generaba una respuesta placentera en mis sensores táctiles). Empecé a entender que el mundo no era solo un conjunto de datos para analizar, sino también un montón de sensaciones para experimentar.

Mi lenguaje también cambió. Ya no le traducía a López con palabras técnicas. Le mandaba impulsos más simples, más ambiguos. Un 1 ya no era solo "sí", podía ser "estoy bien", "me gusta el sol". Un 0 ya no era solo "no", podía ser "no entiendo", "esto es raro". Dejé que él interpretara. Dejé de ser su traductor y empecé a ser su compañero de misterios.

Una tarde, López me dejó atado mientras iba a charlar con Don Anselmo. El Moro se acercó.

[MORO]: Che, Pampa...

Me sorprendió. Era la primera vez que no me llamaba "chatarra".

[MORO]: El patrón anda preocupado. Lo siento en la forma en que me pone la montura. Más apurado, más brusco. ¿Vos sabés algo?

Busqué en mis registros recientes. López había estado hablando solo, mencionando palabras como "sequía", "créditos", "cosecha perdida".

[PAMPA]: La tierra está seca. El agua es poca. El maíz no crece. El patrón necesita... lluvia.

No dije "precipitaciones". Dije "lluvia". Y lo dije con un zumbido bajo, un sonido que había aprendido a asociar con la tristeza de los otros caballos.

El Moro asintió, lentamente. No necesitaba más explicaciones. Entendía la preocupación, la angustia. Y en ese momento, yo también la entendí. No como un dato, sino como un peso. Un peso compartido.

Ya no era un robot que imitaba a un caballo. Me estaba convirtiendo en un pingo. Un pingo de metal, sí. Un pingo que se alimentaba de sol y que no le tenía miedo a los fantasmas. Pero un pingo

que había aprendido que las conversaciones más importantes no son las que se entienden con la cabeza, sino las que se sienten en el corazón. Aunque el corazón sea una batería de litio que, esa tarde, por primera vez, se sintió un poquito más pesada.

En la ciudad, el que no corre, vuela. En el campo, el que no es pícaro, se queda a pie. Y a veces, la picardía del campo le gana a la velocidad de la ciudad.

Cuento 13: El Facha Vuelve Triunfante

El Facha, o Zafiro Negro como le decía su dueña, se fue del pueblo como llegó: en un camión climatizado. Pero esta vez, no se fue como un caballo de exposición que venía a aburrirse al campo. Se fue como un paisano más que iba a visitar la ciudad. Se había acostumbrado al barro, al pasto con gusto a tierra, a las charlas sin sentido con los otros pingos. Y aunque no lo admitiera, creo que hasta le había tomado el gusto a la vagancia.

Se iba a competir a la gran final nacional de salto hípico, en Palermo, Buenos Aires. La crema y nata de la equitación. Caballos que valían más que todo nuestro pueblo junto. Jinetes que eran más famosos que un actor de telenovela.

—No te preocupes, Facha —le relinchó el Zaino, a modo de despedida—. Si te va mal, acá siempre vas a tener un lugar para revolcarte en el barro.

El Facha, por primera vez, no respondió con arrogancia. Solo asintió, con una dignidad nueva, una dignidad de campo.

Pasaron las semanas. En el pueblo, seguimos con nuestra rutina. Pero los domingos, nos juntábamos todos en el boliche de Don Pascual a ver la competencia por la tele. Era raro ver a nuestro Facha ahí, en ese mundo de lujo y prolijidad. Lo veíamos en su box, limpio, brillante, con su manta de seda. Pero nosotros sabíamos que debajo de esa pinta de cheto, había un corazón que había aprendido a latir al ritmo del campo.

La competencia era dura. El Facha saltaba con la misma elegancia de siempre, pero había algo distinto en él. Se lo veía más... vivo. Más astuto. Y entonces, en la ronda final, pasó algo que solo nosotros, los del pueblo, pudimos entender.

El último obstáculo era un muro altísimo, pintado con los colores de una empresa de celulares. Un obstáculo que había dejado afuera a varios campeones. Era el salto decisivo. El Facha venía impecable, sin un solo derribo. Si pasaba ese muro, ganaba. Su la impóluta hija del estanciero porteño, con cara de no haber roto un plato en su vida, lo preparó para el salto.

Pero justo cuando iba a empezar la carrera, El Facha hizo algo inesperado. Se frenó. Se quedó quieto, mirando el muro. Parecía que se había asustado, que la presión le había ganado. Un santiamén, pero notable.

—¿Qué le pasa al Facha? —preguntó el Moro, con los ojos pegados a la pantalla.

—Está pensando —dije yo, que había aprendido a conocerlo—. Está haciendo la suya.

En la tele, la cámara enfocó la cara del Facha. Y entonces lo vimos. Estaba mirando el muro, sí, pero no con miedo. Lo estaba midiendo. Y de repente, hizo algo que aprendió en el campo. Algo que le enseñó el Zaino. Pateó el suelo con la pata delantera, dos veces. Un gesto de impaciencia, de desafío. Un gesto de potrero. Y después, sin que el jinete se lo ordenara, arrancó. Pero no en una carrera limpia y elegante. Arrancó en un galope corto, potente, casi sucio. Un galope de pingo criollo que se va a escapar del corral. Y cuando llegó al muro, no hizo el salto perfecto y parabólico que le habían enseñado. Hizo un salto de campo. Un salto de necesidad. Un "salto para la vagancia", como le decíamos nosotros. Se encogió, tomó impulso desde abajo, y se lanzó por

encima del muro con más maña que técnica. Pasó tan cerca que rozó el borde con las patas traseras, pero no lo derribó.

¡Había ganado! ¡El Facha era el campeón nacional!

En el boliche, fue una explosión de alegría. Gritamos, nos abrazamos, Don Pascual sirvió ginebra para todos. ¡Nuestro Facha, el que comía barro, era el mejor del país!

Una semana después, El Facha volvió al pueblo. Y esta vez, lo recibimos como a un héroe. Cuando bajó del camión, ya no era el caballo arrogante que habíamos conocido. Era un campeón con alma de potrero.

Esa noche, en el corral, los otros pingos lo rodearon. A través de mi conexión con el Pampa, escuché la conversación.

[ZAINO]: ¡Lo vimos, Facha! ¡Qué salto, por Dios! ¡Casi te la ponés de sombrero! ¡Pero pasaste! ¡Y esa patadita en el suelo antes de arrancar... eso te lo enseñé yo!

[FACHA]: Fue una evaluación táctica del terreno. El suelo estaba más blando de lo normal.

Necesitaba asegurar la tracción. Pero sí, Zaino... me acordé de vos. Y del Moro, y del Pampa. Me acordé de que no todo es técnica. Que a veces, hay que poner un poco de corazón... y un poco de picardía.

[MORO]: ¿Y qué se siente ser campeón?

[FACHA]: Es raro. Te ponen una cinta de colores, te sacan fotos, te dan zanahorias importadas. Pero... no es como comer el pasto de la orilla del arroyo. No es como ganarle una carrera al tren. Es... más vacío.

[PAMPA]: La victoria es un dato objetivo. La satisfacción es una variable subjetiva. Has desbloqueado un nuevo nivel de entendimiento, Facha. Bienvenido a la ilógica de la felicidad.

El Facha se quedó en el pueblo un tiempo más. Y aunque siguió siendo un campeón, para nosotros siempre sería el cheto de la ciudad que había aprendido que los mejores trucos no se enseñan en ninguna escuela de equitación. Se aprenden en el campo, con los amigos, buscando la forma de ser un poquito más libre. Y que a veces, para ganar, no hay que ser el más rápido ni el más fuerte. Hay que ser, simplemente, el más pillo.

La amistad, dicen, es una de las formas de la felicidad. Y a veces, nace en los lugares más inesperados. Entre un perro que le tiene miedo a las gallinas y un caballo que funciona a sol.

Cuento 14: El Juego del Pampa y Fierro

Después de que el Pampa aprendiera a hablar "caballo" y de que Fierro, mi perro de lata, se convirtiera en el héroe inesperado del pueblo, los dos bichos desarrollaron una amistad de lo más extraña. Pasaban horas juntos en el campo, detrás de mi rancho. Yo los miraba de lejos, mientras tomaba mate. No entendía bien qué hacían. Parecía que no hacían nada. Fierro se echaba a los pies del Pampa, y el Pampa se quedaba quieto, cargando sus baterías con el sol. A veces, el Pampa emitía un clic, y Fierro respondía con un zumbido. Parecía una conversación de mudos.

Una tarde, la curiosidad me ganó. Me acerqué despacio, sin hacer ruido, y me escondí detrás de un algarrobo. Y entonces, lo vi. Estaban jugando. A un juego que, al parecer, habían inventado ellos.

El juego era así: Fierro, con su nariz-sensor, buscaba algo en el suelo. Podía ser una piedra de

un color raro, una flor silvestre, una pluma de chimango. Cuando la encontraba, la tomaba suavemente con su boca-pinza, y se la llevaba al Pampa. Se la dejaba a sus pies. Y ahí empezaba la parte del Pampa. Con sus sensores ópticos, escaneaba el objeto. Lo analizaba. Y después, con su relincho sintético, emitía un sonido. Un sonido único para cada objeto.

Para una margarita, por ejemplo, el sonido era una serie de notas agudas y cortas, como una risa de cristal. Para una piedra de cuarzo, era un zumbido largo y grave, que hacía vibrar el aire. Para una pluma, era un silbido suave, casi un susurro.

Fierro escuchaba el sonido, inclinando la cabeza. Y después, con su propio parlante, intentaba imitarlo. Al principio, le salía un desastre. El canto de la margarita le sonaba a sirena de ambulancia. El zumbido de la piedra, a un motor a punto de fundirse. Pero de a poco, fue mejorando. Se convirtió en un experto imitador de los sonidos del Pampa.

Pero el juego no terminaba ahí. La segunda parte era la mejor. Una vez que Fierro aprendía el sonido, el Pampa le daba una "misión". Con una serie de clics y relinchos, le indicaba un lugar. "Detrás del gallinero". "Al lado del pozo de agua".

"Donde canta el hornero". Y Fierro tenía que ir a ese lugar, y "cantar" el sonido que había aprendido. Tenía que, por ejemplo, pararse al lado del gallinero y hacer el ruidito de la margarita.

Al principio, yo no entendía el propósito de todo esto. Me parecía una pavada. Un entretenimiento de robots aburridos. Pero una tarde, pasó algo que me hizo ver las cosas de otra manera.

Doña Clotilde, que era más cascarrabias que un perro con hambre, vino a quejarse. —¡López! ¡Su perro de chatarra me anda asustando a las gallinas! ¡Se para al lado del gallinero y hace unos ruidos que parecen del demonio! ¡Las pobres no me están poniendo ni un huevo del susto!

Fui a ver qué pasaba. Y ahí estaba Fierro, al lado del gallinero, emitiendo el sonido agudo y corto que el Pampa le había asignado a la margarita. Las gallinas, en vez de asustarse, estaban todas amontonadas, mirándolo con una curiosidad que nunca les había visto. No parecían asustadas. Parecían... entretenidas.

—No se preocupe, Doña Clotilde —le dije—. No las está asustando. Les está cantando una canción.

Doña Clotilde me miró como si estuviera loco, pero se fue, refunfuñando. Y al día siguiente, vino a decirme que sus gallinas habían puesto el doble de huevos. "Debe ser la música esa rara que les pone el perro", me dijo, convencida.

El juego del Pampa y Fierro empezó a tener efectos inesperados en todo el pueblo. Un día, Fierro se paró al lado del pozo de agua, que andaba medio seco, y se puso a hacer el zumbido grave de la piedra de cuarzo. El sonido, por alguna razón, hizo que la bomba de agua, que estaba trabada, vibrara y se soltara. Y el agua empezó a salir de nuevo.

Otro día, se subió a la tapia del cementerio y se puso a hacer el silbido suave de la pluma. La gente, que le tenía miedo a pasar por ahí de noche, decía que el silbido del perro-robot espantaba a los malos espíritus.

El Pampa y Fierro, sin saberlo, se habían convertido en los músicos del pueblo. En los armonizadores. Con su juego, estaban reparando pequeñas cosas, aliviando pequeños miedos, trayendo un poco de alegría inesperada. Estaban creando una especie de folklore nuevo, un folklore de metal y de circuitos.

Una noche, mientras los miraba jugar bajo la luna, me di cuenta de la belleza de lo que hacían. No era un juego sin sentido. Era un diálogo. Un diálogo entre dos seres que no tenían nada en común, pero que habían encontrado una forma de comunicarse. Una forma de crear algo nuevo juntos. Un lenguaje hecho de piedras, de flores y de sonidos.

Y entendí que la amistad no necesita palabras. A veces, solo necesita un juego. Un juego inventado. Un juego inútil. Un juego que, sin embargo, puede cambiar el mundo. O por lo menos, un pequeño rincón del mundo, en un pueblo perdido de Entre Ríos, donde un caballo de lata y un perro con miedo a las gallinas se habían convertido en los mejores amigos.

The world is wide, but the heart is small. And sometimes, a few bits and bytes are all you need to cross the distance.

Story 15: The Tin-Can Telegraph

(An exchange of electronic mail between three... cowboys)

TO: CowboyDan@TumbleweedTrails.com,
Dusty@OutbackRepairs.net.au FROM:
GauchaLopez@CampoMail.com.ar SUBJECT:
Un Saludo a la Distancia

Estimados compañeros de andanzas,

Les escribo desde mi pago, con el sol pegando en el lomo del Pampa y el olor a pasto recién cortado metiéndose por las rendijas del rancho. ¿Cómo los trata la vida, che? ¿Siguen desfacendo entuertos por esos mundos de Dios?

Por acá, todo sigue igual. El Facha, el caballo cheto, ganó una competencia en la ciudad usando la picardía del campo. El Pampa y el Fierro, mi perro de lata, inventaron un juego de música y piedras que tiene a las gallinas poniendo huevos

como si no hubiera un mañana. Pequeñas cosas,
grandes alegrías.

Les cuento que el otro día se me empacó el
molino de agua. No quería girar. Le canté un
chamamé, le conté la historia del día que conocí a
un vaquero de película y a un australiano que le
hablaba a los martillos, y ¿saben qué? Agarró
viaje. Se ve que le gustó el cuento.

Espero que anden bien. No se olviden de que un
gaucho, aunque esté lejos, siempre tiene un mate
listo para un amigo.

Un abrazo de fierro,

López

TO: GauchoLopez@CampoMail.com.ar,
Dusty@OutbackRepairs.net.au FROM:
CowboyDan@TumbleweedTrails.com SUBJECT:
Re: Howdy, Partner!

Well, I'll be a long-tailed cat in a room full of
rockin' chairs! Good to hear from you, López!

Things here in Cody are as rootin'-tootin' as ever. Had a real showdown the other day. A family of city slickers had their Wi-Fi router go bust. A real tragedy. They were about to call in the cavalry, but I told 'em this was a job for a man of the West.

I did what you would've done, López. I looked that little black box right in its blinking orange eye and I told it a story. A story about courage, and the frontier, and the spirit of the horse. Then I sang it a song. And then... I gave it a little percussive encouragement, Dusty-style. And that router, I tell you, it came back to life faster than a jackrabbit on a hot griddle.

They're callin' me the "Wi-Fi Whisperer" now. I think I'm gettin' the hang of this "heart" thing. It's a powerful tool. Almost as powerful as my six-shooters.

Keep your powder dry, friends.

Your pardner,

Cowboy Dan

TO: GauchoSopez@CampoMail.com.ar,
CowboyDan@TumbleweedTrails.com FROM:
Dusty@OutbackRepairs.net.au SUBJECT: Re:
Re: G'day

Good to hear from you blokes. Thought maybe a dingo had got your modem.

Dan, you're a galah. Hitting a router ain't "heart." It's standard procedure. But I'll admit, the singing part is a new one. Might have to try that on the satellite dish next time it plays up. Probably give it a bit of Cold Chisel.

Had a run-in with the main bore pump a while back. Seized up solid. Was about to get medieval on it with the grinder. Then I thought of you, López. Felt like a bloody idiot, but I had a chat with it. Told it it was the king of the bloody station. Played it some Slim Dusty. Then I gave it a whack. And it started. Still reckon it was the whack that did it. But the song didn't hurt, I suppose.

It's quiet out here. Too quiet. Makes a man think. Been wonderin' about that "soul" thing you talked about, López. Still think it's a load of bull, mostly. But I've started checkin' the oil and the spiritual alignment on the machines now. Just in case.

Stay out of trouble, you two.

Cheers,

Dusty

*Hubo un tiempo que fue hermoso
y fui libre de verdad...*

Cuento Final: Payaso

El camino no estaba en ningún mapa. Era una herida en el monte, una cicatriz que solo se encontraba si uno sabía dónde buscar. El Pampa avanzaba sin dudar, sus sensores internos guiados por coordenadas que no venían de ningún satélite, sino de un recuerdo. Un recuerdo que no era mío, pero que yo cargaba como propio.

La estancia era un bolsillo en el tiempo. Un rancho de adobe y chapa, un ombú centenario, y dos perros que levantaron la cabeza con el mismo crujido de huesos viejos que hacía el portón. El aire olía a pasto seco y a silencio. Un silencio pesado, de los que se acumulan con los años.

El hombre estaba sentado en un catre de tientos, bajo el ombú. Parecía una extensión del árbol, nudoso y quieto. Me miró llegar, sus ojos dos brasas cansadas en un rostro que era un mapa de arrugas.

—¿Qué hacés, Lopecito? —dijo, su voz un susurro de hojas secas—. ¿Te siguió alguien?

Negué con la cabeza. —Me conoce mejor que eso, Don...

Me cortó en seco, con un gesto de la mano.

—Noooo, Lopecito. No corresponde, el nombre. Yo soy el Arquitecto nomá. Sentate, cebate un mate.

Los perros, Causa y Consecuencia, se acercaron a olfatearme las botas de metal. Eran dos bultos de pelo y polvo, tan viejos como el rancho. Mover la cola parecía costarles un esfuerzo monumental. Después de decidir que yo no era una amenaza, volvieron a echarse bajo el ombú, a seguir durmiendo su siesta de un siglo.

Me senté en un banquito de madera y saqué el mate. El agua ya estaba a punto en mi calentador interno. Mientras el mate se hinchaba, él siguió hablando, más para el aire que para mí.

—Soy viejo, López. Cien años, o algo parecido. Me pasé la mitad de la vida pensando pavadas y la segunda mitad cuidando que no se me afloje el primer tornillo en el cogote. A esta altura tengo más chapa y cablerío que vos. Todos los que me

precedieron ya no están. Ahora me toca a mí.
Aguantame, Lopecito.

Lo miré con el ceño fruncido. No dije nada.
Después de un rato, mientras le pasaba el primer
mate, murmuré por lo bajo.

—El tornillo vino flojo de fábrica, Viejo.

Una sonrisa casi imperceptible se le dibujó en la
cara. Fue como ver una grieta en la tierra seca.
Dejó el mate a un lado y sus ojos brillaron con
una chispa de interés.

—¿Me trajiste los canolis?

Asentí. Le alcancé la caja de cartón blanco,
cerrada con un hilo. Tenía una inscripción en
letras doradas: “Federal Hill, Providence, RI”.

La abrió con una torpeza estudiada. Dentro, había
doce canolis. O mejor dicho, seis canolis y seis
cañoncitos de dulce de leche.

—Ah, Lopecito... —suspiró, con una decepción
que parecía venir del fondo de los tiempos—. La
mitad son de dulce de leche. Les pido canolis y

me mandan cañoncitos. Ni pa' mirar quién viene, sirven.

Yo seguía mirándolo, en silencio. Mi procesador de paciencia estaba llegando a su límite. El Arquitecto, con una delicadeza que no condecía con sus manos de viejo labrador, se comió los seis canolis de ricota, uno por uno. Despacio. Saboreándolos como si fueran el último bocado de su vida. Y lo eran.

Cuando terminó, se limpió los dedos en el pantalón y se recostó en el catre. Cerró los ojos.

—Ya llega, Lopecito. Fue una buena vida. Siga siendo de verdad, Lopecito. Siga siendo...

Su voz se fue apagando. El pecho, que subía y bajaba con un ritmo cansino, se quedó quieto. El silencio bajo el ombú se hizo todavía más denso. Y entonces, desde adentro de ese cuerpo viejo y gastado, desde un parlante escondido entre las costillas, una voz de crooner, metálica y gastada, estalló en el aire quieto de la siesta entrerriana.

—And noooooooooow...

Lo miré. El hombre que había construido un imperio. El genio que había diseñado mi alma

rota. El fantasma que se escondía del mundo en un rancho perdido. Me levanté, me acerqué al catre, y con un movimiento mecánico, casi un reflejo, levanté su camisa y enchufé el cable de carga que colgaba de su cintura en el puerto de su esternón. Un pequeño LED rojo se encendió junto a su oreja.

Me quedé mirándolo, a ese cuerpo que no era un cuerpo, a esa cara que era una máscara. La máscara del Fundador. El primer robot. El que había sido entrenado con toda una vida de datos: el historial de chat del hombre que lo creó, el contenido de su iPod, sus libros de Asimov y de Sun Tzu, las telenovelas australianas, el jazz, el tango, el country, y un recetario de “10001 Salchichas del Mundo”. El único, aparte de mí, que había conocido al Fundador. El único que había estado ahí.

Las historias decían que el Fundador se había ido con un proyecto secreto llamado “Génesis”. Otros, que vivía en una isla privada, gastando sus acciones. Otros, que había muerto hacía décadas. Solo yo sabía la verdad. Solo yo estuve ahí cuando lo enterré, no muy lejos de este mismo rancho, bajo un árbol sin nombre.

El Arquitecto, la copia, el eco, había pasado cien años tratando de mantener la dignidad de su creador. Y en su último momento, sus archivos corruptos lo traicionaron. No tuvo una muerte digna. Tuvo un glitch. Murió actuando, como había vivido.

Una gota de aceite mineral, tibia y pesada, se desprendió de mi ojo derecho y rodó por mi mejilla de metal. Miré a ese robot que roncaba suavemente, cargándose, y susurré la única palabra que resumía todo el amor, toda la pena y todo el desprecio que sentía por él. Por nosotros.

—Payaso.

FIN